

**Rosa Villada**

# LABERINTO de SUEÑOS

*Los Libros de Fabulas Extrañas*



# **Laberinto de sueños**

Rosa Villada

A mis hijos, Sergio, Ana y Violeta

*“A lo oscuro, por lo más oscuro; a lo desconocido,  
por lo más desconocido”*

Lema alquimista de la Edad Media

*“... Y me trajisteis aquí para contar las estrellas,  
para bañarme en el río y para hacer dibujos en la arena”*

León Felipe

## Capítulo I

Era la primera vez que veía a un muerto. Raimundo Carbajal contempló el cuerpo sin vida de aquel anciano como si no fuera el de su padre. Al principio lo miró sin sentir nada, pero conforme sus ojos se iban posando en las arrugas de aquel rostro familiar, experimentó un gran resentimiento. Desde lo más profundo de su interior surgió una especie de rencor creciente, que se fue transformando en odio. Ese sentimiento le asustó. Pero enseguida se justificó diciéndose que, al fin y al cabo, aquel no era su padre de verdad y, por tanto, no existía ninguna razón por la que no pudiera odiarlo. Pensó que quizás siempre lo había odiado. Pero hasta ese momento no se había permitido experimentar libremente esa sensación. Mirando al cadáver con frialdad, inspiró profundamente y expulsó el aire por la boca, sintiendo una gran liberación. Sólo habían transcurrido unas horas desde que se enterase de que aquel hombre no era su verdadero padre. El mismo viejo se lo había confesado en su lecho de muerte. No había querido llevarse a la tumba el secreto que con tanto esmero había guardado durante los últimos 33 años. Lo último que Raimundo había esperado oír ese día era una confesión semejante. Nunca dudó de que Tomás Carbajal, más conocido como “El Brujo”, fuera su padre. ¿Por qué había de dudarlo? Ningún niño alberga dudas sobre la autenticidad de sus progenitores. Y tampoco él lo había hecho, a pesar de que ni su rostro ni su figura habían tenido nunca ningún parecido con aquel hombre. Raimundo fue siempre un chico muy guapo. Su pelo lacio, de color rubio ceniza, y sus ojos azules, hacían juego con su talla esbelta y su buen porte, que en nada se parecía a la imagen tosca de Tomás Carbajal: cabello rizado, tez morena, escasa estatura y cuerpo entrado en carnes. Pero esas diferencias físicas también

existen en otras muchas familias. Tampoco dudó Raimundo ante las enormes discrepancias que mantenía con su padre, en cuanto al carácter y a la forma de entender la vida. Tomás Carbajal siempre había sido un perdedor y un conformista, algo que el chico no podía soportar. Sobre todo porque por las venas de Raimundo, ya desde pequeño, corría sangre de una desmesurada ambición y ansias de dominio, que le enfrentarían muchas veces con aquel al que creía su padre.

A solas con el cadáver del anciano, en aquella vieja casa en la que habían vivido juntos, Raimundo recapituló sobre lo que Tomás le había contado antes de morir. Al menos en algo no le había mentado. Era verdad que su madre había muerto de parto. Aunque su madre verdadera no fuera la Paca, la mujer de Tomás que, según le dijeron, había fallecido porque ya era muy mayor para tener hijos cuando lo parió a él. Su auténtica madre era muy joven cuando le tuvo. Apenas una adolescente de 16 años, que trabajaba como criada en un pazo gallego. Su verdadero padre era el cabeza de la adinerada familia a la que servía la joven. El hombre, cuya identidad no le había sido desvelada por Tomás, estaba ya entrado en años cuando se encaprichó obsesivamente con la muchacha y la dejó preñada. Al morir ésta en el parto, con el fin de evitar un escándalo familiar y social, recurrió al Brujo para que le buscara una familia que criase a Raimundo como si fuera su hijo. Tomás, que por aquel entonces trabajaba en el campo y ejercía como curandero en una aldea cercana al pazo, acababa de perder a su mujer y decidió quedarse con el chico. Después de recibir una serie de señales y de consultar con el tarot, Tomás interpretó que aquel niño, que de forma tan extraña aparecía en su vida, era en realidad un regalo del cielo que le hacía su mujer desde el más allá, en compensación por no haberle dado ningún hijo mientras vivía. Fue entonces cuando el verdadero padre de Raimundo, valiéndose de sus muchas influencias, arregló todos los papeles legales para que el crío figurase como hijo legítimo del brujo y de su fallecida mujer. Y fue también entonces cuando le proporcionó a Tomás un trabajo, como portero de una finca urbana, en un pueblo de la costa mediterránea. Hasta ese lugar se trasladaron Tomás y el recién nacido, para

iniciar una nueva vida como padre e hijo. Y allí, en esa portería en la que ahora velaba el cadáver del viejo, había vivido Raimundo con el que creía su padre, hasta el día en que se trasladó a la Gran Ciudad para estudiar la carrera de Derecho.

Nunca supo Raimundo de dónde sacaba su padre el dinero para costearle los estudios universitarios y pagar los gastos del colegio mayor en el que residía, uno de los más prestigiosos de la Gran Ciudad. Ahora, mientras contemplaba el cuerpo sin vida de Tomás, le vino a la memoria cómo cada vez que le había preguntado por el asunto económico, su padre le respondía que no debía preocuparse de nada. Esa conversación siempre terminaba de la misma manera. Cuando Tomás le decía que su madre y él habían estado ahorrando dinero toda su vida, para poder darle a su hijo los estudios y la educación que ellos no habían tenido. Ahora comprendía Raimundo de dónde salía el dinero. Ahora sabía que su verdadero padre lo había dispuesto todo para que a él no le faltase de nada. Lo más curioso, y Raimundo no entendía por qué, es que Tomás nunca se había beneficiado personalmente de aquel dinero. Aunque a él le mandaba suficiente para que cubriera sus gastos con holgura, Tomás Carbajal vivió siempre de forma extremadamente austera y, en ocasiones, hasta rozando la miseria. Nunca quiso abandonar la vivienda ubicada en el sótano de la finca en la que trabajaba de portero. Cuando el ataúd con el cuerpo de Tomás saliera de aquella casa, se habría cumplido su deseo de que sólo le sacarían de allí “con los pies por delante”.

Ahora, al recordar esa frase tan repetida por Tomás, Raimundo se echó a llorar. Fue una reacción inesperada que le pilló por sorpresa. Él nunca lloraba. Jamás se permitía un gesto de debilidad como aquel. Inquieto, miró alrededor de aquella habitación en penumbra, para comprobar, innecesariamente, que no le había visto nadie. Tampoco había llorado al recibir en su bufete la llamada de un hombre, que se identificó como un amigo de su padre, para decirle que Tomás se estaba muriendo y deseaba verlo para hablar con él. A Raimundo le fastidió esa llamada. Le venía muy mal dejar en ese momento el despacho, y viajar desde la Gran Ciudad a la costa

levantina. Sin embargo, la urgencia que se detectaba en la voz de aquel desconocido y, sobre todo, el mensaje que le dio de parte de su padre: "Tiene que confesarle algo muy importante antes de morir", hizo que Raimundo tomase el primer tren con destino a la ciudad donde había pasado su infancia y su adolescencia.

De forma repentina, los recuerdos acudieron en tropel a la mente de Raimundo. Más que recuerdos eran imágenes vívidas de algunos momentos que había pasado entre las cuatro paredes de aquel sótano. ¡Dios, cómo odiaba esa casa! Cómo aborrecía ese minúsculo espacio maloliente por la humedad, y en el que apenas entraba la luz. Cuando alguno de sus compañeros de colegio quería ir a su casa al terminar las clases, Raimundo siempre ponía alguna excusa, porque no quería que sus amigos vieran dónde vivía. En una ocasión, y ante la imposibilidad de evitar que uno de sus amigos fuera hasta allí, le mintió diciendo que no había nadie en su casa pero que, si quería, podían esperar en la portería a que llegase su familia. Aquel día, Raimundo se acostó avergonzado porque su padre, sin que nadie le dijera nada, había intuido la situación y se había comportado ante él y su compañero de clase, como si sólo fuera el portero de la finca donde vivía, y no su padre. Aunque Raimundo pasó toda la noche llorando de rabia y humillación, nunca hablaron de aquello. Tomás no hablaba casi nunca de nada. No había forma de discutir con él, y los reproches que le lanzaba Raimundo, se estrellaban siempre ante un muro de silencio. ¡Cómo odiaba los silencios de su padre! ¡Cómo aborrecía sus miradas compasivas y sus maneras condescendientes! Al reencontrarse ahora con esos sentimientos, continuaron asomándose a su memoria muchas de las vivencias que experimentó en aquel lugar.

Como el juramento que se hizo un día de que, cuando saliera de aquella casa, nunca volvería a vivir en un sótano. Jamás volvería a mirar a las personas desde abajo. En ningún momento de su vida volvería a ver las piernas de la gente al mirar por una ventana. Al recordar el momento en que se hizo ese juramento, las lágrimas volvieron a asomarse a los ojos de Raimundo y nuevamente experimentó la rabia que sintió entonces. ¡Cómo olvidar aquella noche! Él tendría unos catorce o quince años, y



se había quedado a estudiar un examen que llevaba el día siguiente. Era primavera, pero hacía un calor sofocante. La luz del flexo que iluminaba sus apuntes hacía que el bochorno fuera aún más inaguantable. Ya de madrugada, Raimundo interrumpió por unos momentos sus estudios y se subió a una silla para abrir la ventana, situada al nivel de la acera de la calle. Esa era la única ventana exterior de la que disponía la vivienda, porque las otras dos habitaciones de la casa eran interiores y no tenían ventilación. Aquella ventana de cristales sucios casi siempre permanecía cerrada. Cuando Raimundo la abrió esa madrugada, un soplo de aire fresco le llegó desde la calle. Cerró los ojos e inspiró profundamente, tratando de refrescarse un poco con el relente de la noche. Aún permanecía con los ojos cerrados cuando notó cómo un líquido caliente le salpicaba el rostro. Tras unos momentos de incertidumbre, Raimundo abrió los ojos y al instante vio cómo un borracho le meaba en la cara. Junto con aquel líquido amarillento y asqueroso, el olor a orina mezclado con alcohol le abofeteó el rostro. Cuando pudo reaccionar, Raimundo empezó a chillar. Los gritos asustaron al borracho y éste, tambaleándose, se apartó de la ventana aún con su sexo flácido en la mano. De pronto comprendió lo que había pasado, y al ver al joven que gritaba, con el rostro empapado en meados, se alejó dando tumbos mientras se reía a grandes carcajadas. Al intentar bajar rápidamente, Raimundo se cayó de la silla y, tirado en el suelo, empezó a llorar con rabia. Así lo sorprendió su padre, que se había despertado al oír los gritos. Con la preocupación reflejada en su mirada, Tomás corrió hacia donde estaba su hijo y le preguntó de forma apresurada:

-¿Qué te ha pasado?

-¡Déjame en paz!- le respondió Raimundo, mientras se levantaba rápidamente y salía corriendo a encerrarse en su habitación.

Tomás no insistió en hablar con él. Sabía que era inútil, que no se podía hablar con Raimundo cuando se encontraba en ese estado de furia. Con su acostumbrada resignación, el hombre se volvió a la cama y desde allí escuchó a su hijo llorar, mientras a él también se le saltaban las lágrimas.

Al recordar aquel incidente, Raimundo volvió a sentir la misma cólera que experimentó aquella noche. Miró el cuerpo inmóvil del que había creído su padre. Se fijó en su rostro sereno, y en que iba vestido con el único traje que tuvo en toda su vida. El mismo que ahora le servía de mortaja. Sin proponérselo, percibió una mezcla de cariño y odio por aquel viejo. Un poco desconcertado por este sentimiento extraño, Raimundo pensó que al día siguiente, cuando Tomás Carbajal fuera enterrado, él podría marcharse definitivamente de aquel lugar, para no volver nunca más.

## Capítulo II

Cuando Teresa Campoamor bajó del tren, lo primero que vio fue el mar de aquella pequeña ciudad costera. Al contemplarlo, le recordó al Caribe de su amada Cuba, aunque quizás su azul fuera distinto, menos intenso. Dejó su escaso equipaje en la consigna de la estación, y se dispuso a buscar la dirección de Tomás Carbajal, a quien su abuela le había encargado, encarecidamente, que le llevase una carta. A Teresa le extrañó un poco la insistencia de la anciana para que cumpliera el encargo, hasta el punto de que le hizo jurar, en su lecho de muerte, que no dejaría de llevarla. Y allí estaba, en una ciudad desconocida y en un país que no era el suyo, para cumplir el juramento que le había hecho a su abuela. Esperanza Milagros: la persona que más había influido en su vida; la mujer que la había educado y cuidado, después de que los padres de Teresa murieran en un accidente de tráfico, cuando ella sólo tenía cinco años. Si no hubiera sido por aquella persona extraordinaria, Teresa no sabía lo que hubiera sido de ella. No sólo le debía su cuidado y educación, sino también todo su aprendizaje de la hechicería. Porque su abuela no era una persona común. Tenía conocimientos sobre las plantas, sobre los sueños, y sobre el funcionamiento del universo. Todos la conocían como “La Hechicera”, y ahora, tras su muerte, los conocimientos que le había transmitido su abuela habían pasado a formar parte de la herencia de Teresa. Ahora, había dejado de ser la aprendiz para convertirse en maestra. Algún día, ella misma debería traspasar esos conocimientos a otra persona, puesto que no le pertenecían. A lo largo de su vida, su abuela se encargaba de recordarle, un día sí y otro también, que podía disponer de cualquier cosa que existiera en el mundo, pero que nada de lo que tenía era suyo en realidad. Pertenecía

al gran depósito del universo, y lo que tomaba con una mano, debía soltarlo con la otra para que esta posesión no se volviera en su contra. Su abuela le había enseñado que todo en el universo fluye y que la vida supone un constante movimiento en el que hay que confiar.

Mientras seguía las indicaciones que le habían dado para llegar hasta la casa de Tomás Carbajal, Teresa sintió una gran nostalgia de su abuela y lamentó que hubiera abandonado este mundo sin haber podido volver a su Galicia natal. Esperanza Milagros era el nombre que le había puesto su madre, porque nació a pesar de que le habían diagnosticado que no podía tener hijos. Llegó al mundo en una aldea gallega, Lameiros, 83 años atrás. Pero sus padres emigraron a Cuba siendo ella una adolescente. Cuando se fue a vivir a La Habana, ya había dado muestras de tener poderes para la sanación. En Galicia había aprendido con un curandero, el mismo que enseñó a Tomás Carbajal, el uso de las plantas para aliviar los dolores del cuerpo y los males del espíritu. Y después, cuando llegó a Cuba, se inició en la santería convirtiéndose en una lyalocha. Aunque todo el mundo se refería a ella como “La Hechicera”, por sus orígenes españoles. Fue allí, en La Habana, donde Esperanza Milagros se casó con un marinero. Pero el matrimonio no fue muy afortunado y al poco tiempo el hombre desapareció, por el mismo mar que había llegado, dejando a su joven esposa con una hija recién nacida. Su abuela solía decir que el mar le trajo a su marido, y el mar se lo llevó. Y que ella le agradecía al mar que lo hubiera traído, ya que concibió una hija, pero le agradecía aún más que se lo hubiera llevado. Nunca se preocupó por saber si Sebastián, pues así se llamaba el abuelo de Teresa, había sido tragado por las olas o se encontraba vivo en algún lugar. Esperanza Milagros lo enterró en su pensamiento y dio por muerto a aquel hombre que, de una forma tan fugaz pero tan importante, había pasado por su vida. Ignoraba Teresa si su abuela había tenido más amores a lo largo de su existencia. En cierta ocasión le confesó que había estado muy enamorada de un hombre, pero que no era su destino vivir con él. Ambos se habían reconocido en esta vida, pues ya se conocían de otras, pero los dos

sabían que no estarían juntos. Ahora, mientras caminaba hacia la casa de Tomás Carbajal, Teresa se preguntó si no sería ése el hombre del que se había enamorado su abuela. Muy excitada, revivió una conversación que tuvo con la anciana, en una de las pocas veces en las que Esperanza Milagros se permitió hablar de un asunto tan íntimo. Sus palabras resonaban ahora en el recuerdo de su nieta. Sobre todo la respuesta que dio a Teresa cuando ella le preguntó:

-¿Cómo sabíais que no era vuestro destino estar juntos?

-Porque esas cosas se saben, mi niña -dijo la anciana-

-¿Pero no os podíais haber equivocado? ¿No podíais luchar contra las circunstancias que os separaban para manteneros juntos?-insistió Teresa-

-Claro que no –respondió extrañada la mujer- ¿Cómo íbamos a luchar contra el destino? Éramos jóvenes, pero no tontos. Ambos sabíamos que no había nada que hacer. Sólo los idiotas luchan contra su destino. Esa es una batalla perdida. Los hombres corrientes luchan todo el tiempo, y creen que pueden cambiar algo, pero nada puede cambiarse y la lucha te deja flojo, sin fuerzas para vivir, sin energía.

-Pero las cosas sí pueden cambiarse, abuela –añadió Teresa- A lo largo de la historia, los hombres y los pueblos han cambiado sus propios destinos

-Claro que no, mi niña. ¿De dónde has sacado una idea tan descabellada? Los hombres no cambian nada que no esté previsto de antemano que vaya a cambiar. Todos los movimientos forman parte de sus destinos, están escritos con anterioridad. Por eso siempre te digo que la cabra tira al monte. Porque las fuerzas que nos guían van poniendo a nuestra disposición las cosas y las personas que necesitamos para cumplir con nuestro destino, pero no hay forma de influir sobre lo que está escrito. No se puede escapar a los designios del destino.

-¿Y cómo sabemos cual es nuestro destino? –preguntó Teresa-

-Lo sabemos, eso es todo. No hay forma de saber cómo lo sabemos. Cada uno de nosotros tiene algo que hacer en esta vida, y lo vamos descubriendo mientras vivimos. Solo que la mayoría de la gente se pierde buscando cosas que no necesita, y

transitando por caminos que no son los suyos. Y así, la vida se les va escapando y agotan su tiempo sin saber qué han venido a hacer aquí. Nosotros lo sabíamos, y aunque nos amábamos con pasión, supimos que no era nuestro destino estar juntos. Y lo aceptamos, porque en la vida hay cosas más importantes que el amor..

-¿Cómo que hay cosas más importantes que el amor? -saltó Teresa- Tu siempre me has dicho que el amor es lo que mueve el mundo, que es lo más importante que hay.

-El amor mueve el mundo –concluyó la mujer- pero lo más importante es cumplir con tu destino.

-¡Pues no lo entiendo... ! –insistió Teresa-

-Ya lo entenderás, mi niña, ya lo entenderás.

Recapitulando sobre aquella conversación, Teresa no se dio cuenta de que había llegado a la dirección indicada. A la casa donde vivía Tomás Carbajal, al que su abuela se había referido como “El Brujo” Entró al portal, y cuando se disponía a bajar las escaleras que conducían al sótano no pudo hacerlo porque se dio de bruces con unos hombres que llevaban a hombros un ataúd. Dio media vuelta y salió a la calle para dejar paso al féretro. Mientras los hombres introducían el ataúd en un coche fúnebre, Teresa se fijó en la presencia de un joven muy guapo y de otro señor mayor. Se dirigió a este último y le preguntó:

-Perdone que le moleste, pero estoy buscando a Tomás Carbajal.

-Pues llega tarde, está a punto de iniciar su último viaje- le respondió el viejo indicándole el ataúd.

Teresa no supo qué decir. El desconcierto se reflejó en su cara. No contaba con eso. No contaba con haber llegado a aquella ciudad desconocida, cumpliendo el juramento que le había hecho a su abuela, para entregar la carta a un muerto. Se quedó parada, y sin saber qué decir. El hombre que la había informado se dio cuenta de la confusión de la joven, y le preguntó a su vez:

-¿Lo conocía?

-No –respondió Teresa- yo no, pero mi abuela sí. Traía una carta para él.

-Puede dársela a su hijo, es ése de allí- dijo el hombre, señalando a Raimundo-

-No, no creo que deba dársela—vaciló Teresa- era una carta personal, y no creo que la deba leer nadie más.

Siguiendo un repentino impulso, Teresa le preguntó al viejo:

-¿Puedo ir con usted al cementerio?

-Claro —dijo el hombre- venga conmigo, tengo el coche ahí.

El viaje hacia el camposanto transcurría en silencio, hasta que Teresa lo rompió al preguntar al anciano:

-¿De qué ha muerto?

-No sé, no tenía mucho trato con él. Era un hombre muy reservado. Siempre estaba solo. Yo soy jubilado, y vivo en este barrio. Lo conocí porque uno de mis nietos, Juan, no tenía apetito y cada vez estaba más débil. Alguien me habló de “El Brujo”. Decían que tenía poderes y como al chico los médicos no le veían nada, y cada vez estaba peor, se lo traje a él, a ver si le curaba.

-¿Y le curó?- se interesó Teresa.

-¡Ya lo creo que le curó! —respondió el hombre- ¡Menudo mocetón está hecho! Y lo más curioso es que no le dio nada para que se tomase. Sólo le hacía pases con las manos, y hablaba con el chaval. Desde luego, no hay duda de que tenía poderes. Sin embargo —añadió con un tono de tristeza en la voz- no le han servido para curarse a él mismo.

-No hay poderes contra la muerte- sentenció Teresa

-Si claro, supongo que no —asintió el hombre- debió morir de viejo

-¿Sabe cuantos años tenía? —se interesó la joven

-Si, eso sí lo sé. Cumplió 83 años el 24 de junio, el día de San Juan. Lo recuerdo porque como mi nieto se llama Juan, le comentó que el día del santo del chiquillo era el de su cumpleaños, y que cumplía 83.

Al oír estas palabras, un escalofrío recorrió la columna vertebral de Teresa. Su abuela había nacido el mismo día y el mismo año que Tomás Carbajal. Cuando pudo superar su asombro, se atrevió a preguntar:

-¿No sabrá, por casualidad, donde nació?

-Sé que fue en algún lugar de Galicia. Me lo dijo, pero no recuerdo cómo se llamaba...

Bueno, ya hemos llegado –dijo el hombre- si tiene interés en saberlo, puede preguntárselo ahora a su hijo, seguro que él se lo puede decir... Aunque a mí me parece que es una persona muy antipática –añadió en voz baja mientras entraban al cementerio- nada que ver con su padre, diría yo.

Sin misa y sin ningún ceremonial, el ataúd que contenía los restos de Tomás Carbajal fue introducido en un nicho. Mientras los operarios de la funeraria lo hacían, Teresa observó al hijo del difunto, intentando descubrir en él algún atisbo de sentimiento por la muerte de su padre. Lo miró, y se encontró con unos ojos de azul intenso, en los que no se reflejaba nada parecido al dolor. Cuando lo estaba observando, Raimundo levantó la mirada y se encontró brevemente con los ojos negros de Teresa. Tenían un brillo tan intenso y tan profundo, que le crearon cierta inquietud. También Teresa experimentó una sacudida al cruzarse su mirada con la de aquel joven, pero fue por la frialdad que detectó en sus ojos. Cuando terminó el entierro, Teresa se despidió del viejo y se acercó a Raimundo para darle el pésame.

-Lamento la muerte de su padre –le dijo mientras le tendía la mano-

-¿Era amiga suya? –preguntó Raimundo-

-No –respondió ella- yo no le conocía, pero mi abuela sí. Lo siento –añadió, intentando entablar conversación- sé por experiencia que perder a los padres es una experiencia muy dolorosa...

-No era mi padre –la interrumpió Raimundo-

-Perdón –dijo Teresa sorprendida- me habían dicho... Creí que era su padre...

-Yo también lo creí, pero no era mi padre –concluyó mientras se daba la vuelta y se alejaba a toda prisa del cementerio, dejando a Teresa con la palabra en la boca.





## Capítulo III

Cuando Teresa regresó a la estación para recuperar su equipaje, y sacar un billete de tren que la llevase hasta la Gran Ciudad, divisó a lo lejos a Raimundo Carbajal, pero no sólo no hizo nada por encontrarse con él, sino que lo evitó. Su comportamiento en el cementerio le había parecido muy grosero, y no quería volver a hablar con aquel hombre. Aunque, por otra parte, se moría de ganas por hacerle mil preguntas, porque sus últimas palabras, diciéndole que Tomás Carbajal no era su padre, le habían provocado un gran desconcierto. A decir verdad, Teresa no entendía nada. Había dejado su amada Cuba y emprendido un viaje hacia un lugar desconocido, para cumplir el juramento que le había hecho a su abuela en el lecho de muerte, y entregar una carta a una persona que ya no existía. ¿Qué debía hacer ahora? Miró a su alrededor, y al hacerse consciente de su soledad en aquella estación anónima, le volvió a pasar aquello que ya le había ocurrido en otras ocasiones. Era como si algo con vida propia saliera de su cuerpo, para contemplar la escena desde el exterior. Como si se tratase de una representación teatral, vio a todas y cada una de las personas que había en aquella estación. Los vio como actores de un drama ajeno, como si representasen, sin saberlo, un papel que les había sido asignado. En esos momentos llegó un tren, y vio más gente apresurada, subiendo y bajando, cargando con sus equipajes. Eran como autómatas. Se comportaban como si estuvieran vivos, pero algo en sus movimientos los delataba como sonámbulos. Como si vivieran inmersos en un mundo de sueños del que no eran conscientes. Teresa se estremeció al ver la irrealidad de aquella escena, y trató de evitar esa clase de visión que le ocurría, cada vez con más frecuencia, sin que ella pudiera controlarlo. Pero el cuadro y

la sensación de observarlo todo desde fuera, persistieron aún con más intensidad.

Ahora era ella misma la que estaba en el foco de la escena. Actuando como protagonista y, simultáneamente, ausente, viviéndola sólo como testigo. Sintió como si algo por dentro se resquebrajara, como si estuviera partida en dos. Una parte tiraba de ella para hacerle vivir la escena de la estación. Pero otra parte la sujetaba para que se mantuviera al margen, y para que contemplase la vivencia con la misma distancia que un espectador observa desde su butaca una representación teatral. Sintió un ligero mareo, y el contacto de una mano firme en su hombro la hizo volver con todo su ser a la realidad de aquella estación de ferrocarril. Era Raimundo Carbajal el que le hablaba -¿Se encuentra bien?- le preguntó.

-Si, no se preocupe. Desde que salí de La Habana he estado viajando, y aún no he podido descansar. En cuanto duerma un poco me encontraré bien -le respondió Teresa-

Ambos se miraron y se hizo un silencio que les resultó embarazoso. Como si le costase mucho hablar, Raimundo dijo al fin:

-Le quería pedir disculpas por lo de antes. Mi comportamiento en el cementerio no fue muy correcto. ¿Me ha dicho que su abuela conocía a... mi padre?- dijo balbuceando.

-Si –le contestó Teresa de mala gana- mi abuela murió hace un mes y me dio una carta para que se la trajera a su... bueno, al Brujo, a Tomás Carbajal. He venido a traérsela.

-¿Desde Cuba? ¿Ha venido desde La Habana a traer una carta? –se sorprendió Raimundo-

-Pues sí –respondió Teresa un poco molesta- Esa era la voluntad de mi abuela y yo la estoy cumpliendo. No creo que sea tan raro

-Debe ser una carta muy importante –se interesó de repente Raimundo-

-No sé, como usted comprenderá no la he abierto, así que no sé lo que pone – respondió Teresa con un tono de mal humor-

Nuevamente, un molesto silencio se interpuso entre ambos.

“Este tío es la leche –pensó Teresa- primero me deja plantada en el cementerio sin querer hablar, me suelta que el hombre que acaban de enterrar no es su padre, y ahora pretende que le dé la carta que traía para él. ¡Es increíble!

“¿Qué historia será esa de la carta –pensó Raimundo- ¿Debería pedírsela abiertamente? Resulta muy raro que alguien haga un viaje tan largo sólo para traer una carta que se puede mandar por correo. Esta chica es muy extraña. ¿En qué líos estaría metido el viejo? Y ¿cómo lo ha llamado? ¿Ha dicho el Brujo? Nunca he oído que nadie le llamase así”.

Al repetir para sus adentros la denominación de “El brujo” que le había dado la chica, algún recuerdo enterrado en la infancia de Raimundo luchó por salir al exterior. Sin embargo, los altavoces de la estación anunciaron en esos momentos la llegada del tren que debía tomar. Cuando fue a despedirse de Teresa, vio que esta cogía su equipaje y se disponía a dirigirse al andén. Antes de que él dijera nada, la joven le dijo: -También es mi tren.

Asintiendo con la cabeza, Raimundo caminó en silencio al lado de Teresa, mientras pensaba que no iba a ser tan fácil desprenderse de su compañía. Sin embargo, la joven no mostraba el más mínimo interés por proseguir la conversación con él.

Cuando subieron al tren, ambos descubrieron con fastidio que sus asientos, junto a la ventanilla, estaban uno frente al otro. Nada más acomodar su equipaje, Teresa se sentó y, casi inmediatamente, se quedó dormida. Raimundo, que hasta ese momento se había mostrado muy interesado en mirar el paisaje, pasó a observar a Teresa descaradamente, aprovechando que la joven no podía darse cuenta de que la estaba examinando. Lo primero que llamó su atención era el color blanco de su pelo. Algo poco habitual –pensó- en una persona cuya edad no debía superar los veintipocos años. Raimundo se preguntó por qué una mujer tan joven tenía el pelo de una anciana. Sin embargo, convino en que el color blanco de su cabellera rizada no la hacía parecer mayor. Al contrario, esos bucles que le llegaban hasta los hombros le daban cierto aire infantil. Y también irreal, como si fuera un personaje sacado de un

cuento de hadas. Aunque tenía los ojos cerrados, Raimundo recordaba la profundidad de su mirada y contempló el color negro azabache de sus pestañas, que contrastaban vivamente con el blanco de los cabellos. Había que reconocer que aquella joven cubana de piel morena era muy atractiva. Aunque su belleza se saliera de los cánones que imperaban en aquellos tiempos, y de los ambientes donde él se movía en la Gran Ciudad. Allí todas las chicas eran iguales. Parecía como si las hubieran cortado con el mismo patrón. Todas las mujeres con las que él trataba se parecían entre ellas. Se peinaban igual, vestían igual, olían de la misma manera y tenían el mismo aspecto. A veces le costaba recordar sus nombres, porque todas se parecían. Quizás por eso no había podido intimar con ninguna más allá de unas pocas noches de placer.

Enseguida se cansaba de ellas, porque no tenían nada que decirse. Eran como figuritas decorativas. Bellas por fuera pero huecas por dentro. Aunque reconoció que tampoco él ofrecía mucho más de lo que aquellas mujeres le daban. Aprovechando la impunidad que le ofrecía el sueño de Teresa, continuó examinando a la joven. Su mirada recorrió aquel cuerpo dormido, deteniéndose en cada uno de sus rincones. Mientras la observaba, pensó que era una mujer menuda, pero muy bien proporcionada. Sin quererlo, notó cómo el deseo se apoderaba de él y cómo le empezaba a crecer su sexo en la entrepierna. Muy excitado, cruzó las piernas para disimular. Sin embargo, no podía controlar su erección, que amenazaba con salirse del pantalón. Un poco avergonzado, se levantó para encaminarse al servicio. Avanzó por el pasillo del tren, mirando de reojo a los viajeros que iban sentados a ambos lados, con la esperanza de que nadie reparara en su embarazosa situación. Pero nadie parecía darse cuenta, porque cada uno estaba enfrascado en su propia vida. Nada más llegar al servicio se abrió la bragueta, y en cuanto agarró con la mano su miembro viril, sin necesidad de estimulación ninguna, se corrió. Utilizó las toallas de papel que había junto al lavabo para limpiarse. Y luego, mientras se enjuagaba las manos, interrogó en voz alta al rostro que le devolvía el espejo, entre divertido y preocupado.

-“¿Se puede saber qué te pasa? ¡Con lo que te cuesta excitarte con una mujer en la cama, y ahora mira!”

Cuando volvió a su asiento, Raimundo, que había recuperado otra vez su apariencia fría y respetable, vio que Teresa se había despertado. Y sin saber muy bien por qué, inició una animada conversación con ella. La chica se mostró muy reservada al principio, pero poco a poco bajó la guardia y participó del mismo entusiasmo. En apenas unos minutos, los dos se sorprendieron hablando como si fueran viejos amigos. Así fue como Raimundo le desveló que Tomás le había llamado, antes de morir, para confesarle que en realidad no era su verdadero padre. También le contó que vivía solo, y que ejercía como abogado en la Gran Ciudad, aunque en el futuro se dedicaría a la política. Le explicó que pertenecía a un partido y que el máximo dirigente del mismo lo había propuesto como sucesor del presidente del Territorio. Teresa escuchaba con cierta fascinación infantil. Todo aquello era nuevo para ella. Su abuela le había advertido muy seriamente de que se alejase de todo lo que oliera a política. Siempre le había dicho que se mantuviera al margen, porque los políticos eran gente muy nociva, de la peor especie. “Ahí tienes a Fidel –solía decirle- antes era un revolucionario, y en cuanto llegó al poder se convirtió en un dictador y un tirano”. Por eso Teresa nunca se había interesado por la política. Su abuela le repetía continuamente: “No huyas del mundo, vive en él, pero mantente al margen. Las peleas mundanas son para los que aspiran al poder mundano. Y esa clase de poder sólo sirve para controlar a los demás ¿Y a quien carallo le importa eso? Nadie en su sano juicio perdería ni un solo minuto de su vida en controlar a otras personas. Eso sería perder el tiempo de la manera más estúpida”.

Mientras escuchaba a Raimundo, la joven recordó el razonamiento de su abuela y lo interrumpió.

-Mi abuela siempre decía que el poder sólo sirve para controlar a los demás, y que ninguna persona en su sano juicio querría hacer algo así.

Las palabras de la joven desconcertaron a Raimundo, que además estaba un poco molesto por la interrupción

-Yo no diría eso –respondió- el poder sirve para que las cosas se hagan a tu modo.

Para cambiarlas y, en definitiva, para mejorarlas

-¿Y si en lugar de mejorarlas las empeoras? –insistió ella-

-No, eso no es posible. No en una democracia, si los políticos gobiernan mal, cuando llegan las elecciones los ciudadanos los echan y ponen a otros en su lugar.

-En Cuba no hay elecciones... -dijo Teresa-

-Porque no es una democracia, sino una dictadura –la interrumpió Raimundo-

-Sí, eso decía mi abuela. Pero también decía que en los países democráticos no estaban mejor, porque el poder es igual en todas partes, sólo quiere controlar, y eso está reñido con la libertad de las personas.

Raimundo pensó que aquella joven tenía unos planteamientos bastante ingenuos. Sin embargo, cuanto más hablaba con ella más le gustaba. Con sus amigas habituales la conversación no habría durado tanto. Entre otras cosas porque ninguna de ellas se habría atrevido a poner en duda su punto de vista. Y desde luego, a ninguna se le hubiera ocurrido ponerse a pensar si el poder está reñido o no con el ejercicio de la libertad personal. Sus amigas iban buscando, precisamente, hombres poderosos.

El viaje proseguía y quedaba ya muy poco para llegar a la Gran Ciudad.

Raimundo se interesó por saber cuánto tiempo iba a quedarse Teresa allí. Aunque le costaba trabajo confesárselo, había pasado un buen rato hablando con aquella extraña chica, y tal vez le gustaría volver a verla. Pero Teresa no tenía las ideas muy claras.

-La verdad es que no sé qué hacer. Mi abuela me enseñó a vivir al día, sin hacer planes para el futuro. Ni siquiera para el futuro más inmediato. Cuando venía en el avión desde La Habana hasta la Gran Ciudad, tuve la sensación de que dejaba Cuba para mucho tiempo. Ya no tengo a nadie allí. Vendí la casa en la que vivía con mi abuela, porque una vez que ella ya no estaba, yo no me veía viviendo allí. Además, mi

abuela me dijo que había acabado un ciclo vital para mí, y ahora debía seguir por mi cuenta. Estoy un poco confusa –reconoció- Pensé que tu padre... bueno “El Brujo”, orientaría mis pasos hacia algún lugar. ¿Por qué si no me iba a mandar mi abuela que le trajera una carta que podría haberle hecho llegar por correo? Pero no contaba con que estaría muerto... Y ahora ya no sé qué hacer.

-Si, lo de la carta no tiene ni pies ni cabeza. ¿No has pensado abrirla? –preguntó Raimundo-

-¡Claro que no! –respondió con ímpetu Teresa- No va dirigida a mí.

-Ya, pero dadas las circunstancias, quizás deberías hacerlo para saber por qué te mandó tu abuela a este país.

-No sé, de momento visitaré la Gran Ciudad y ya me llegará alguna señal que me indique el camino que he de seguir –respondió Teresa con una amplia sonrisa- Mi abuela siempre decía que cuando no sabías qué hacer, lo mejor era no hacer nada y esperar a que algo te lo indicara.

Al oírla, Raimundo se alegró al saber que se quedaría algún tiempo en la Gran Ciudad, pero lo de esperar una señal le puso los pelos de punta, y le reafirmó en su impresión de que aquella era una chica muy rara. ¿Qué era eso de esperar señales? No entendía de qué le hablaba. ¿Y si la joven estuviera mal de la cabeza y se hubiera escapado de un psiquiátrico? –pensó- Apenas llevaba equipaje para haber hecho un viaje tan largo, y la historia de la carta era muy extraña. De pronto se acordó de que había vuelto a referirse a su padre como “El Brujo”, y con gran interés le preguntó:

-¿Por qué has llamado a mi padre “El Brujo”?

- Porque era un brujo –respondió Teresa con gran convicción y muy extrañada por la pregunta-

Raimundo no pudo más y soltó una sonora carcajada, que hizo levantar la cabeza a los pasajeros que viajaban en el mismo vagón. Su reacción molestó a Teresa, que hizo un gesto de desaprobación. Cuando pudo recuperarse de la risa, Raimundo se disculpó.



-Perdona, pero es que lo que has dicho me resulta muy gracioso ¡el viejo un brujo!

Cada vez más enfadada, Teresa le respondió de forma airada

-Si, tu padre, o lo que fuera, era un brujo. ¿No sabes lo que es eso? Mi abuela me contó que Tomás Carbajal era un hechicero muy poderoso. Mi abuela también era hechicera. “Y yo también lo soy” —estuvo a punto de gritarle, pero no lo hizo y continuó hablando:

-Si no me crees, puedes preguntárselo al hombre que había esta mañana en su casa. Mientras íbamos al cementerio, él me confirmó que tu padre había curado a su nieto. Porque parte de sus poderes consistían en curar a la gente. ¿No lo sabías? —preguntó Teresa con retintín- ¿No sabías que tu padre era un hechicero? ¿Qué clase de hijo has sido tú?

Esta última pregunta se clavó como una flecha envenenada en su corazón. Al margen de que Tomás fuera su verdadero padre o no, él no había sido un buen hijo. Las palabras de Teresa le trajeron a la memoria confusas imágenes de su infancia. En esos momentos recordó que él casi nunca había estado enfermo. Pero una vez, jugando con otros críos, se había caído sobre los barrotes en punta de una verja, y se había hecho un gran boquete a la altura del ombligo, del que todavía conservaba la cicatriz. Ahora recordaba que fue su padre el que le curó, que nunca fueron al médico, y que el viejo no se separó de su cama, ni de noche ni de día, mientras canturreaba cosas que Raimundo no entendía, y le aplicaba en la herida emplastos de hojas que olían muy mal. También recordó cómo algunas veces paraban ante su puerta coches impresionantes, de los que bajaban personas de aspecto distinguido, que iban a visitar a su padre. Pero eso ocurrió en una época en la que él era pequeño, porque luego, cuando fue creciendo, ya no recordaba nada similar. Tan absorto estaba en sus pensamientos, que no se dio cuenta de la pregunta que le estaba haciendo Teresa, por lo que la joven tuvo que volverla a repetir:

-Aunque veo que no sabes mucho de la persona que te ha criado, quizás puedas decirme donde nació.

-Si, eso sí lo sé, porque siempre repetía con nostalgia que nunca volvería allí. Nació en una aldea de la provincia de Lugo: Lameiros.

Cuando oyó el nombre, a Teresa le dio un vuelco el corazón. Era el mismo lugar donde había nacido su abuela. Con una alegría infantil reflejada en su rostro, le dijo a Raimundo:

-Pues ahí es hacia donde tengo que ir. Descansaré algún día en la Gran Ciudad, y después viajaré a esa aldea –afirmó entusiasmada- Porque, por si no lo sabes, mi abuela también nació allí. Y además nació el mismo día y el mismo año que tu padre: el 24 de junio de 1918, en la festividad de San Juan y en plena celebración del solsticio de verano ¿No es asombroso? –preguntó a Raimundo-

-¡Es increíble! –respondió éste con poca convicción-

## Capítulo IV

Diego Castillo se miró al espejo y no le gustó nada el reflejo que éste le devolvió. Tenía unas profundas ojeras y se vio con menos pelo que nunca. Las entradas que se habían iniciado en sus sienes varios años atrás, amenazaban ahora con convertirse en una calvicie en toda regla. Aún medio dormido, se acercó más al espejo como si no pudiera creer lo que estaba viendo. Notó el cansancio reflejado en su rostro e hizo una mueca de contrariedad. Decían que la cara era el espejo del alma y, si esto era verdad, no se podía decir que su alma gozase de muy buena salud.

¿Pero quien se preocupaba del alma en estos tiempos? “Nadie” –dijo en voz alta, respondiendo a sus pensamientos- Sin dejar de observar las arrugas de su rostro, comenzó a afeitarse. Poco a poco, cubrió la parte inferior de su cara con la espuma blanca, y se alejó del espejo para ver el efecto. ¿Y si se dejase barba? No, nunca la había llevado y eso le haría parecer aún mayor. Él se consideraba todavía una persona joven, y no entendía por qué, a sus 55 años, tenía que abandonar la actividad política que había venido desarrollando en los últimos 25 años. Este pensamiento le alteraba, lo que provocó que le temblase el pulso y se cortase con la cuchilla.

-¡Mierda! –gritó, mientras un hilillo de sangre le discurría por la comisura del labio- Cuando pensaba en que debía dejar la dirección del Partido y el Gobierno del Territorio, en manos de alguien como Raimundo Carbajal, no podía evitar la rabia y la indignación. ¿Cómo era posible que alguien en su sano juicio intentase convencerle para que le nombrara su sucesor? Lo malo es que no le habían dejado elección, y la cosa ya no tenía remedio...

-A no ser... –dijo en voz alta mirándose al espejo, mientras terminaba de quitarse la espuma de la cara- a no ser que funcione mi encargo. Y funcionará. Estoy seguro de que funcionará. Este sistema nunca me ha fallado. Aunque jamás había llegado tan lejos –reconoció con cierta preocupación-

Con frialdad, mantuvo la mirada al rostro que había reflejado en el espejo, y siguió hablando consigo mismo.

-Si, no me mires de esa forma. Tú estuviste de acuerdo. ¿Acaso había otra solución? Sabes muy bien que no la había, que ése era el último recurso. Además, no voy a ser el primero y, seguramente, tampoco seré el último. ¿Qué culpa tengo yo de que las cosas funcionen de esta manera? ¡Tener que recurrir a algo así, después de todo lo que yo le he dado al Partido! Porque no ha sido el Partido el que ha ganado seis elecciones seguidas: he sido yo, Diego Castillo, el que he conseguido las victorias – dijo finalizando el monólogo mientras se metía en la ducha-

El contacto con el agua caliente le sentó bien. Últimamente no dormía mucho. Tenía que reconocer que estaba preocupado, y eso le alteraba el sueño. Pero, sobre todo, estaba cabreado. Muy cabreado. La culpa la tenían las encuestas. O mejor dicho, los imbéciles que se las creían. Todos los sondeos le daban como perdedor en las próximas elecciones, y por eso el Partido le obligaba a nombrar un sucesor. No se podían permitir el lujo de perder votos en el Territorio. Estaba en juego el futuro Gobierno de la nación, y era la hora de cambiar de candidato, de poner a alguien más joven que no estuviera quemado. Eso es lo que le habían dicho, sin tener en cuenta que si el Territorio había alcanzado los niveles de progreso que ahora tenía, se lo debían a él, y sólo a él. Mientras salía de la ducha y se dirigía al armario para coger un traje, y una corbata que le hiciera juego con la camisa, Diego recordó la desagradable conversación que mantuvo tiempo atrás con Jaime Espinosa, y la falta de tacto que éste había demostrado para imponer su criterio. La sangre le hirvió en las venas al recapitular sobre aquella reunión. Sobre todo cuando Espinosa puso encima de la

mesa la encuesta del CIS, y otras dos que había encargado el Partido, y le dijo sin tapujos:

- No vas a ganar las próximas elecciones, Diego, así que no te empeñes. O te retiras, o te retiramos. Es algo que ya está decidido, no me voy a jugar el futuro Gobierno de la nación perdiendo votos en el Territorio. Tu tiempo se ha acabado, y la gente quiere caras nuevas. Perdona la sinceridad, pero no me voy a andar por las ramas. Tenemos la suerte de contar con el sucesor idóneo: Raimundo Carbajal. Así que, o te retiras y le facilitas el camino o, sencillamente, te retiramos nosotros. Como muy bien sabes la competencia para nombrar candidatos territoriales la tiene la dirección nacional del partido. Eso no hace falta que te lo diga. Y, además de la competencia, tengo los apoyos suficientes para llevar a cabo el relevo. Con tu colaboración o sin ella.

Recordando esta conversación, Diego notó cómo la rabia se apoderaba de nuevo de él. Y no sólo sintió repugnancia hacia Jaime Espinosa, sino que también experimentó cierto enfado consigo mismo, por la imagen de debilidad que le ofreció. Y, sobre todo, por haber dado a Espinosa la oportunidad de disfrutar, al negarle lo que él le pedía.

-Yo puedo remontar los malos resultados que me otorgan las encuestas –le respondió- no sería la primera vez...

-No, esta vez no puedes –le cortó tajantemente el dirigente nacional- Esa es la cuestión. Y, además, ya no queda tiempo. Sólo falta un año para las elecciones, y hay que promocionar al nuevo candidato. Muy pronto cumplirás 25 años como presidente del Gobierno del Territorio. Hemos pensado que esas bodas de plata son un buen momento para anunciar tu próxima retirada y el nombre de tu sucesor. Así hasta parecerá que has sido tú quien lo ha decidido –afirmó Espinosa mientras le daba un golpecito en la espalda, y exhibía una irónica sonrisa-

Cómo le odió Diego en esos momentos. Tuvo que contener su ira para no golpearlo allí mismo ¿Pero quien se creía que era? ¿Acaso había olvidado aquel cretino que si había llegado como máximo dirigente a la dirección nacional, no era por méritos propios, sino gracias al dinero y las influencias de su suegro? ¿Quién era Jaime

Espinosa? Jaime Espinosa no era nadie. Sólo un medicucho ambicioso que había dado un braguetazo, casándose con la hija del senador Morcillo para entrar en política. ¿Pero qué méritos tenía? Ninguno. Siempre había sido un segundón, y ahora pretendía llegar a la presidencia del Gobierno... Eso era algo que, a todas luces, le correspondía a él. Y este cabrón de Espinosa, no sólo le había arrebatado ese derecho, sino que pretendía acabar con su carrera política, haciendo que renunciase al Gobierno del Territorio. Algo que él se había ganado a pulso, y a lo que se había dedicado en cuerpo y alma durante los últimos 25 años. En un frenético intento por defender lo que era suyo, Diego Castillo fue consciente de que se estaba humillando al preguntar:

-¿Y no hay posibilidad de que yo conserve la dirección territorial del Partido, aunque no sea el candidato en las elecciones?

-¿Estás de broma? –respondió Espinosa- Vaya, no sabía que estabas tan desesperado –añadió con un tono irónico en la voz- Sabes perfectamente que eso no es posible. Que eso no funciona. Parece mentira que me propongas algo así. ¿No recuerdas cómo acabó la última experiencia que tuvimos en el Partido de dirección bicéfala? Ni hablar. Eso ni se plantea. Tú te vas, desapareces de la escena política un tiempo, y si llego a la presidencia del Gobierno, te aseguro que no me olvidaré de ti... Aunque no te tomes mis palabras como una promesa –añadió mientras empujaba a Diego hacia la puerta de su despacho, a modo de despedida- los tiempos cambian muy deprisa, y la gente quiere caras nuevas. Tú has sabido moverte muy bien por las pantanosas aguas de la política, y no vas a tener problemas económicos. Además, siempre puedes volver a la abogacía. Con tus contactos podrías hacer muy buenos negocios... Tan buenos como los que has hecho hasta ahora –concluyó Espinosa con un tono malicioso en la voz.

Al recordar ahora esta conversación, a Diego se le puso otra vez mala sangre. Sabía que todo lo que se había dicho en esa reunión era de dominio público en el partido. Ya se había encargado Espinosa de que así fuera. Y también sabía cómo se

habían burlado de él, por no querer abandonar la dirección territorial, y estar dispuesto a mantenerla, aún a costa de que Raimundo Carbajal fuera el candidato. ¡Pero ya veríamos al final quien se reía más!

-El que ríe el último ríe mejor –dijo en voz alta mientras se anudaba la corbata- Ya me reiré yo cuando vengan a pedirme que acepte ser el candidato –añadió mientras se daba un último vistazo de aprobación ante el espejo.

Como todos los días, a Diego le esperaba en la cocina Mauricio, tomando el café que le había servido Antonia, la mujer que llevaba más de 20 años al servicio de la casa. Cuando ésta le vio entrar, se miró el reloj y dijo con extrañeza:

-Hoy baja con media hora de retraso. Qué raro, con lo puntual que es usted. La señora hace ya un rato que se fue. Me encargó que le preguntase si vendría a comer

-No, Antonia, no vendré –respondió Diego antes de llevarse a los labios la humeante taza de café que le acababa de dar la sirvienta- Hoy almuerzo con los empresarios.

¿Cómo vamos de tiempo? –preguntó a su chófer- esta noche no he pegado ojo. Me he dormido casi al amanecer, y por eso me he retrasado.

-Vamos mal –contestó Mauricio consultando su reloj- hoy tiene la cita semanal, y ya llegamos tarde. Habrá que correr.

-Pues corramos –dijo Diego mientras dejaba rápidamente la taza, y se dirigían al coche oficial que le esperaba en la puerta del chalet donde vivía. Una vez instalado en el asiento de atrás, intercambió con su chófer algunas frases intrascendentes sobre el tráfico y el buen tiempo que hacía.

Le caía muy bien Mauricio. Con gran satisfacción, recordó aquella fecha histórica en la que apareció en el marcador del coche la cifra de un millón de kilómetros recorridos. Para celebrarlo, ese día fue Diego el que hizo de chófer y Mauricio se sentó en el asiento de atrás. Pero la cualidad que más le gustaba de su conductor era la discreción. Sólo hablaba cuando se le preguntaba. El resto del tiempo era sordo y mudo. Y si alguna vez tuvo que mirar para otro lado, hizo como si no se diera cuenta de nada. Su conductor había visto y oído de todo dentro de aquel coche,

porque llevaban ya muchos años juntos, pero jamás había cometido ninguna indiscreción. Y eso es lo que él necesitaba: gente de la que se pudiera fiar. Si Mauricio hubiera querido gastarle una putada, lo habría podido hacer sin ningún problema. Alguna correría también habían pasado juntos. Como cuando estuvieron en aquella fiesta de disfraces, en la que todos terminaron desnudos. Claro que su chófer ignoraba que él había mandado grabar a todo el que participase en la juerga; incluyendo al propio Mauricio. Aunque no era el caso de su conductor, había por ahí gente sin escrúpulos que estaba dispuesta a utilizar cualquier cosa para acabar con su carrera política, y era bueno tener siempre un as en la manga. Así, si alguno tenía la tentación de contar algo, él siempre podía disuadirlos esgrimiendo la grabación. Se rió para sus adentros al pensar en la cantidad de cintas que había ido acumulando a lo largo del tiempo. Naturalmente, su intención era la de utilizarlas en casos de extrema emergencia, y sólo con la intención de darles una lección a aquellos indeseables que piensan que en política vale todo. Lástima que no tuviera ninguna grabación de Jaime Espinosa o de Raimundo Carbajal. Pero esa gente aún estudiaba primaria cuando él ya era presidente del Territorio. Estaban fuera de su alcance, y no había habido manera de pillarles en ningún sarao del que pudieran avergonzarse. De forma muy distinta hubiera discurrido la conversación con Espinosa, si él hubiera tenido en su poder alguna grabación o cualquier otro documento que comprometiera al dirigente nacional de su partido. Pero no había conseguido nada. Y no sería por no haberlo intentado. Si algo había aprendido en estos 25 años de ejercicio de la política, era que todo el mundo tenía un precio. Y también alguna página oscura en su vida que quería ocultar. Algunos lo reconocían con facilidad y no era complicado entenderse con ellos. Pero otros, los que iban de puros, tenían cierta dificultad para reconocerlo. Aunque al final terminaban pasando por el aro. Diego Castillo sonrió al recordar la cantidad de enemigos políticos que había desactivado por este sistema, y que habían terminado pasándose a su lado. Y hasta ocupando puestos de responsabilidad en su Gobierno.



Para él las ideologías pertenecían al pasado. El sólo veía a personas con ambición política. Lo demás era un cuento.

Con sólo diez minutos de retraso sobre el horario previsto, Mauricio aparcó el coche oficial ante la sede del Gobierno del Territorio. Ya en las escaleras, y antes de que Diego subiera a su despacho, situado en la primera planta del edificio, Guillermo Maestre, su máximo colaborador y hombre de confianza, le estaba esperando.

-La cita semanal está en la antesala del despacho. ¿La recibes allí o la hago pasar al salón privado? –le preguntó mientras corría tras Diego escaleras arriba-

-Pásala al salón privado y prepárame un informe con las subvenciones que nos hayan pedido todos los empresarios con los que voy a comer. Que figuren las cantidades que ya les hemos dado, y las que aún tienen pendientes.

-Otra cosa –añadió Guillermo mientras seguía a la carrera a su jefe por los pasillos del Palacio- ha llamado Paloma. Dice que la llames, que es urgente.

-Bien, pues pásame con ella ¿Y los periódicos?

-Los tienes sobre la mesa –concluyó su secretario antes de volver sobre sus pasos para conducir a la visita semanal al salón privado.

Mientras entraba en el despacho oficial y se quitaba la chaqueta, Diego pensó qué tripa se le habría roto a su mujer para reclamarle con tanta urgencia. De sobra sabía Paloma lo que le molestaba que le llamase al despacho. Si quería algo, podía habérselo dicho esa mañana antes de salir a la calle. Hacía ya varios años que el matrimonio dormía en habitaciones separadas. Concretamente, desde que sus dos hijas, María y Marta, se habían ido a estudiar a un colegio en Suiza. Su matrimonio como tal había terminado mucho antes, pero por las chicas, y por el puesto que ocupaba Diego, habían decidido disimular. No parecía muy acertado defender la cohesión de la familia, y luego estar cada uno por su lado. Así que fingieron continuar con su vida marital, hasta que sus hijas se marcharon a estudiar al extranjero. Después de ese momento se instalaron en habitaciones separadas, aunque acordaron seguir manteniendo las apariencias de cara a la galería. Así, a todos los efectos,

Paloma Buendía seguía siendo su mujer, la madre de sus hijas, y la primera dama del Territorio. Algo que, por otra parte, a ella le encantaba. Aunque también había estudiado Derecho, Paloma nunca llegó a ejercerlo. Primero por cuidar a sus hijas, y luego porque pasó a participar activamente en la vida del Partido, y en todo lo que pudiera favorecer la reelección como presidente de su marido. Al fin y al cabo, tal y como lo habían hablado muchas veces, el hecho de que Diego fuera presidente era algo que beneficiaba a toda la familia. Y todos, como una piña, contribuían a mantener su estatus político y social, en defensa de su patrimonio familiar.

Diego echó un vistazo a los periódicos mientras esperaba que le pasasen la llamada con su mujer, sin embargo no pudo evitar que su mente se trasladase varios años atrás, al día en que su matrimonio quedó roto definitivamente. Lo recordaba con total nitidez. Fue en ese mismo despacho donde Paloma lo sorprendió en actitud cariñosa con un miembro de su gobierno. Sólo había sido un gesto, una simple caricia que no se pudo aguantar, y su mujer tuvo que entrar en ese preciso momento. Ella había oído hablar de las tendencias homosexuales de Diego, antes de que contrajeran matrimonio, pero él le había prometido que estaban totalmente superadas, y que sólo eran una reminiscencia de juventud, de los años en los que había estudiado con los jesuitas. Aclarado el tema, Paloma le creyó y nunca más se volvió a hablar del asunto. Sin embargo, al sorprenderle acariciando a su colaborador, un homosexual declarado, su mujer no quiso oír ya ninguna otra explicación, y dio por concluida su vida marital. Ni siquiera tuvo en cuenta el hecho de que Diego cesó inmediatamente a aquel joven del que se había enamorado como un adolescente, hasta llegar a la obsesión. Nada consiguió hacer que Paloma entrara en razones. Y desde entonces, ambos habían mantenido una especie de asociación, encaminada a no perder esa posición de poder que tantos beneficios económicos y sociales aportaba al patrimonio familiar. Por lo que a la vida íntima se refería, cada uno iba por su lado, siempre con el compromiso ineludible de la discreción. Ese compromiso y las buenas relaciones que mantenía con su mujer no habían sido obstáculo, sin embargo, para que Diego la hubiera hecho

vigilar en alguna ocasión, sin que Paloma lo supiera, y guardase en una caja fuerte algunas fotos y cartas comprometedoras para ella. Evidentemente, sólo por si alguna vez su mujer perdía la cabeza y pretendía dejarle plantado para irse con alguno de los jovencitos con los que solía intimar. Aunque hasta el momento nada tenía que temer sobre el comportamiento discreto y el buen juicio de su mujer, siempre era bueno tener un as en la manga, por lo que pudiera pasar.

Los pensamientos de Diego fueron interrumpidos por el sonido del teléfono. Era Paloma, para recordarle que no olvidase la sesión de fotos que tenían por la tarde, con esa revista del corazón, de tirada nacional, que hacía reportajes a los políticos más relevantes del país en sus domicilios particulares. Diego se molestó con su mujer. De sobra sabía Paloma que esa entrevista estaba incluida en la agenda del día, y que a él no se le olvidaban esas cosas. Tras la breve conversación que mantuvieron, colgó el teléfono, un poco malhumorado, y después de dar unas instrucciones al personal de su secretaría, se encaminó hacia el salón privado para asistir a la cita semanal. Así es como se denominaba en su entorno, a la consulta que todas las semanas mantenía Diego con su vidente particular. Mientras se celebraba, todo el mundo en el Palacio sabía que esa cita, que debía mantenerse en secreto, era sagrada para él, y que no podía ser interrumpido bajo ningún concepto. Aunque Diego era católico creyente y practicante, toda su vida política y personal había estado marcada por las orientaciones recibidas en esa cita semanal. Y en esos momentos, más que nunca, necesitaba el apoyo de todas las fuerzas disponibles para llevar a cabo sus propósitos, y no ser desplazado del lugar que le correspondía por méritos propios.

## Capítulo V

Enriqueta Beltrán aguardaba pacientemente la llegada de Diego Castillo. La estancia donde lo hacía le resultaba totalmente familiar. Eran ya muchos los años que llevaba acudiendo puntualmente a la cita semanal con el político. Al principio de su relación, era él quien visitaba esporádicamente la casa de la vidente. Pero con el tiempo, Diego se fue aficionando cada vez más a consultar con ella sobre decisiones políticas trascendentes que debía tomar. Y en los últimos años, ese asesoramiento se había hecho extensible a toda clase de cuestiones cotidianas, que afectaban no sólo a su vida política, sino también a su vida personal. Enriqueta Beltrán le había vaticinado todas y cada de sus victorias electorales, y también le había aconsejado sobre los pasos que debía seguir para vencer a sus rivales políticos, llegando a realizar algunos conjuros contra ellos. Siempre en el más absoluto de los secretos, pues no resultaba conveniente que alguien se enterara de que Diego Castillo dependía tanto de los consejos de una vieja bruja como ella, cuyo mundo chocaba frontalmente con los ambientes de supuesta racionalidad en los que se desenvolvía el político. Sin embargo, últimamente Enriqueta estaba preocupada por Diego. No se podía decir que éste estuviera en su mejor momento. Su buena estrella empezaba a declinar, pero el político no quería aceptarlo de ninguna manera. Hasta se negaba a oír las predicciones de la vidente cuando el Tarot le prevenía sobre futuros fracasos políticos, o le auguraba negras expectativas personales. ¿Pero qué podía hacer? Ella ya estaba vieja. Sabía que no le quedaba mucha vida. Hacía ya tiempo que no ejercía sus poderes con nadie. Ya no pasaba consulta en su casa y, prácticamente, vivía sólo del

talón que le entregaba Guillermo Maestre, tras la visita semanal a Diego Castillo. Ella había querido zafarse de esas consultas. No le gustaba la evolución que estaban siguiendo los acontecimientos. No le gustaba la dependencia que el político tenía de sus predicciones esotéricas. Y tampoco le gustaba lo que veía a través de los ojos de Diego Castillo. Y menos aún, tras la gestión que éste le había encargado con relación a un rival político, que amenazaba con quitarle el puesto. Al principio se negó, alegando que ella ya no tenía poder suficiente para llevar a cabo lo que le pedía. Fue entonces cuando Diego Castillo le exigió que buscara a alguien que pudiera hacerlo. Y para ello, amenazó a Enriqueta con descubrir ciertos sucesos de su pasado, cuando ella vivía en Cuba, que provocaron su huida de La Habana, y su emigración a España. Aquel conflicto era algo tan lejano en el tiempo, que Enriqueta nunca pensó que Diego Castillo lo descubriría. Y mucho menos que lo emplearía en su contra. Ella sabía que el político la había investigado, como hacía con todo el mundo, incluso con sus familiares más allegados. Pero jamás se le pasó por la imaginación que las prácticas de magia negra que ejerció durante su juventud, pudieran perseguirla durante tanto tiempo. Aunque, en realidad, no debía extrañarse, puesto que sabía de sobra que en el universo nada se pierde. Y que el mal que uno hace, siempre vuelve hacia quien lo ha originado. También sabía que ahora no podía escapar al papel que le había tocado jugar en la trama urdida por Diego Castillo. Intentó persuadirle, pero fue inútil. Aquel hombre estaba lleno de arrogancia y sediento de poder, como lo estuvo ella misma en su juventud, y se mostraba dispuesto a lo que fuera para que nadie le arrebatase lo que él creía que le pertenecía por derecho propio. Por eso terminó accediendo a sus pretensiones y se puso en contacto con un santero cubano, que ya tenía experiencia en ese tipo de encargos, y que estuvo dispuesto a cumplir los requerimientos de Diego Castillo, a cambio de una importante cantidad de dinero.

La entrada del político en la estancia puso fin a los pensamientos de Enriqueta. Diego la saludó con su fingida afectividad de siempre, y ambos se sentaron en una pequeña mesa camilla que había en la habitación, junto a una ventana. De un viejo

bolso, Enriqueta sacó una gastada baraja del Tarot de Marsella, envuelta en una tela negra. Con manos temblorosas, depositó las cartas sobre la mesa y empezó a barajarlas, pero Diego Castillo la interrumpió

-No, no quiero que me eches las cartas. Últimamente no sé lo que haces, pero siempre me salen malas.

-No soy yo quien determino las cartas que deben salir –respondió Enriqueta con seriedad, mirando a los ojos del político de forma penetrante-

-Ya, ya, pero de todas formas no me las eches –dijo Diego- sólo quiero que hablemos de mi encargo. Ten en cuenta que no puede fallar, y que tiene que ser el día que te he dicho, y no otro.

-Eso ya está claro –afirmó Enriqueta mientras continuaba barajando las cartas- pero necesito la foto y algún objeto de ese joven.

-La foto no es problema, y el objeto tampoco. Aún no lo tengo –añadió- pero lo tendré mañana. Mi chófer te lo llevará a tu casa. ¿Llegará a tiempo a La Habana, no?

-Sí, llegará –afirmó la anciana-

-Bien, pues si no hay ninguna otra novedad, nos vemos la próxima semana. Hoy voy con retraso y tengo la agenda hasta arriba, así que no me puedo entretener –dijo mientras se levantaba y se dirigía a la puerta- Espera a que Guillermo te traiga el talón... Y luego –añadió con una sonrisa- si todo sale bien tendrás una cantidad extra. Vamos, alegre esa cara ¿no eres tú la que debería darme ánimos a mí? –concluyó antes de marcharse-

Enriqueta suspiró profundamente, y con su mano izquierda cortó el mazo que había estado barajando. Del montón que quedaba a su derecha levantó una carta. Era el arcano número trece: la muerte. La mujer no pudo evitar un estremecimiento. Contempló con su vista cansada la figura de aquel esqueleto de perfil, que con la ayuda de una enorme guadaña de hoja roja y mango amarillo, iba segando de derecha a izquierda –en sentido contrario al movimiento de las agujas del reloj- cabezas, manos y huesos. Al ver la representación del “arcano sin nombre”, que es como se

denominaba también a esta carta, a Enriqueta le vino a la cabeza una frase del Libro Tibetano de los Muertos: “Moriréis igual que habéis vivido”. Con gesto rápido, la anciana empezó a recoger la baraja del tarot, al ver que Guillermo se acercaba hacia ella con un cheque en la mano. Enriqueta envolvió las cartas en la gastada tela negra donde las traía, y las metió en su bolso. Sin decir palabra, cogió el talón que le daban y se marchó de la estancia arrastrando los pies, pero con paso decidido hacia la calle. A la salida del Palacio la esperaba el chófer de Diego Castillo para llevarla a su casa. Pero la mujer rechazó la oferta con un gesto, y se alejó a paso lento por la acera. Aunque se sentía muy cansada, necesitaba respirar un poco de aire fresco. El ambiente denso de aquel lugar le estaba provocando cierto malestar en la boca del estómago.

A Diego Castillo, sin embargo, le había reconfortado la visita de Enriqueta y se sentía de muy buen humor. Durante el resto de la mañana despachó los asuntos pendientes, con la agradable sensación de saber que todo estaba bajo control. Como siempre. Al día siguiente estaba citado para comer con Raimundo Carbajal y, de forma casual, le propondría un intercambio de corbatas, para poder quedarse con el objeto del joven que necesitaba. Sin embargo, algo en su interior empañaba su alegría. Cuando se aseaba antes de ir al almuerzo que tenía previsto con los empresarios, se preguntó a qué se podía deber esa molesta sensación. De pronto lo supo: era Enriqueta. Estaba muy rara últimamente. Desde luego, no era la vidente que conoció hace unos años. Ahora se la veía vieja y cansada. Ya no tenía nada que ver con aquella mujer que siempre le había animado en su carrera, y tan bien le había aconsejado para vencer a sus rivales políticos. “Quizás sea el momento de jubilarla” – pensó en voz alta- “Cuando termine todo esto, le daré una gratificación y prescindiré de sus servicios” –concluyó, mientras se ponía la chaqueta y bajaba al encuentro de su chófer-. Mauricio le esperaba hablando con Guillermo Maestre. Cuando Diego llegó, su secretario le preguntó:

-¿Qué le pasaba hoy a la vieja? Ha cogido el talón sin decir palabra, y se ha marchado con una cara de funeral de la hostia.

-Pues eso, que está vieja –respondió Diego- y vamos a tener que ir pensando en sustituirla, porque últimamente no está muy inspirada.

El trayecto hacia el restaurante lo hicieron comentando los datos sobre subvenciones que Guillermo le había preparado. Cuando llegaron al lugar donde se celebraría el almuerzo, un pequeño grupo de influyentes empresarios del Territorio, entre los que se encontraban varios propietarios de medios de comunicación, le aguardaban ya tomando una cerveza. Tras las bromas y saludos de rigor, pasaron a un comedor privado y se sentaron en torno a una gran mesa redonda. En cuanto el maitre les tomó nota del plato que cada uno tomaría tras los aperitivos, Diego entró de lleno en la conversación, y solicitó a sus invitados el apoyo que en otras ocasiones le habían brindado, para presentarse a la reelección como presidente del Territorio. Mientras Diego hablaba, Guillermo, que había permanecido de pie, repartía una carpeta a cada comensal. En su interior figuraban dos documentos. El primero, común para todos, era el texto que debían firmar, avalando la elección de Diego como candidato. Y en el segundo documento, individualizado, se recogían todas las cantidades que cada empresario había recibido del Gobierno del Territorio, a través de subvenciones o de otros conceptos. Conforme los invitados iban examinando el contenido de las carpetas, se intercambiaban miradas entre ellos, mientras escuchaban las palabras de Diego. Cuando éste terminó de hablar, se produjo un embarazoso silencio. Finalmente, un empresario de la construcción con pelo canoso y bigote, se decidió a tomar la palabra:

- Creo que hablo en nombre de todos si te digo que tienes nuestro apoyo incondicional. Como siempre lo has tenido. No era necesario que nos recordaras el dinero que recibimos de tu Gobierno –dijo, con una sonrisa forzada, esgrimiendo el folio que había sacado de su carpeta- De sobra sabes que ése es un factor que



tenemos muy presente. Tu quieres seguir gobernando, y a nosotros nos interesa que tú sigas gobernando.

Sus palabras fueron celebradas con bromas y murmullos de asentimiento. Diego Castillo sonrió, y dejó que aquel hombre continuase hablando. Se hizo de nuevo el silencio, y el empresario retomó la palabra, con cierto titubeo en la voz.

-Pero no es a nosotros a los que debes convencer para presentarte a la reelección. Nosotros ya estamos convencidos. Según circula por ahí, es en tu partido donde no quieren que te presentes...

Tras las afirmaciones del empresario, todas las miradas se concentraron con expectación en Diego Castillo. Pero el político continuó en silencio, sin borrar la sonrisa de su rostro. El hombre de pelo canoso y bigote continuó hablando cada vez más azorado

-...Y hasta dicen que ya te han buscado un sustituto. Un abogado joven, que no tiene experiencia política. ¿Es eso posible? –preguntó con voz temblorosa-

-Veo que estás muy bien informado –intervino Diego Castillo sin perder la compostura- pero esos rumores sólo son verdades a medias. Y ya sabéis que una verdad a medias es peor que una mentira.

-Pues nos alegramos de que sea mentira –dijo el propietario de un periódico con gesto de alivio- porque estamos muy preocupados. Espero que nos lo aclares porque, para qué te voy a engañar, en el mundo empresarial y en los mentideros políticos no se habla de otra cosa.

Diego Castillo volvió a intervenir, y con tono tajante preguntó:

-¿Vosotros creéis que si yo no tuviera el beneplácito de mi partido para presentarme a la reelección, se estaría celebrando esta comida?

Los comensales se miraron unos a otros, y el político continuó hablando:

-Seamos claros. A todos, absolutamente a todos los que estáis aquí sentados, os interesa que yo siga al frente del Gobierno del Territorio. Todos somos viejos conocidos, y nos hemos entendido bien a lo largo de los últimos años. Si otro ocupase

mi lugar, tendríais que empezar de cero. Pero no os preocupéis –añadió- porque eso no va a ocurrir. Vosotros a lo vuestro, que de mi partido me encargo yo.

Los empresarios celebraron con murmullos de aprobación las palabras de Diego Castillo, pero el primero que había intervenido habló de nuevo:

-Entonces, presidente, ¿nos garantizas que tu partido no quiere nombrar a otro candidato?

-Mi partido es muy grande –respondió Diego con evidente tono de mal humor- puede que haya alguien pensando en jubilarme pero, ¿tú me ves tomando el sol como jubilado?

Todos los empresarios, excepto el que había hablado, rieron la ocurrencia del presidente. Pero el hombre de pelo canoso insistió:

-Ya, pero es que a mí me han dicho que hay un abogado, Raimundo Carbajal, que será nombrado candidato por la dirección nacional de tu partido...

-Si te han dicho eso te han engañado –le cortó Diego Castillo, visiblemente enfadado- Ese joven es una persona muy eficiente, que seguramente formará parte de mi nuevo Gobierno cuando yo –dijo recalcando la última palabra- vuelva a ganar las próximas elecciones. Y, naturalmente, espero contar contigo para que eso ocurra. Y ahora, señores –añadió cortante- hablemos de otra cosa. De los proyectos que tenéis en marcha para que este territorio siga creando cada vez más riqueza y trabajo para todos.

-Yo propongo un brindis –dijo otro empresario mientras se ponía de pie y levantaba su copa de vino- porque Diego Castillo gane las elecciones. Porque si él gana, nosotros también ganamos.

Las palabras fueron acogidas con risas, y todos los comensales se pusieron en pie, haciendo chocar sus copas. Tras el brindis, el almuerzo continuó en un ambiente de cordialidad y comentarios intrascendentes. La reunión terminó bajo una nube de humo, procedente de los puros que fumaban los empresarios, mientras apuraban su whisky con hielo.

Después de las despedidas, el coche oficial llevó a Diego Castillo a su casa, donde unos periodistas iban a realizar la sesión fotográfica en su domicilio particular. Cuando él llegó, Paloma ya se había vestido para la ocasión y daba instrucciones al servicio para que todo estuviera en orden, y preparasen café y té con pastas para ofrecer a los periodistas. Antes de subir a cambiarse de ropa, Diego contempló de arriba abajo a su mujer y le hizo darse una vuelta, para ver si el atuendo que había elegido merecía su aprobación.

-Sabes que me molesta mucho que controles lo que me pongo. Yo no pertenezco a tu Gobierno – le recriminó-

Diego sonrió sin dejar de examinarla. Sabía perfectamente por qué Paloma le hacía ese comentario. Era algo que habían discutido mucho, pero le daba lo mismo. Él siempre había controlado la imagen y el vestuario de los miembros de su Gobierno. Especialmente de las mujeres. Sabía que éstas, en privado, le acusaban de machista, pero no estaba dispuesto a consentir que ninguna de sus consejeras pareciera una puta. En varias ocasiones había tenido que llamar la atención a alguna, por ir excesivamente pintada o por llevar un vestuario más propio de un burdel que de un Consejo de Gobierno. Si les gustaba, bien; y si no, que se quedasen en su casa. En su fuero interno pensaba que las mujeres no estaban dotadas para la política. Eran demasiado inestables. Sin embargo, en estos tiempos, no sólo era imposible prescindir de ellas, sino que había que tenerlas muy en cuenta. No se podían ganar unas elecciones sin el apoyo del voto femenino. Él lo sabía perfectamente, y Paloma desempeñaba un importante papel a la hora de recabar ese apoyo electoral de las mujeres. Por eso, ignoró su comentario y le dijo para fastidiarla:

-La falda está demasiado corta.

-No es verdad –respondió airada su mujer- se lleva así. Y además, yo no soy una de tus monjas.

Diego Castillo escuchó este último comentario ya desde su dormitorio, mientras empezaba a quitarse rápidamente la chaqueta, y se desanudaba la corbata. Al oírlo,

soltó una sonora carcajada. Paloma intentaba herirle, al echarle en cara la estrecha y atípica relación que mantenía con el clero. Pero a él le resbalaban todo ese tipo de comentarios. Tenía muy claro cual era su objetivo, y si para conseguirlo tenía que aliarse con el diablo se aliaba. Y si tenía que contentar a los curas, pues lo hacía. Mientras cambiaba su clásico traje por una indumentaria más informal, pensó que las autoridades eclesiásticas no podían tener ninguna queja con él. Las iglesias del Territorio eran las que más se habían rehabilitado de todo el país. Si hasta había obligado a los empresarios a que financiaran la restauración de imágenes, retablos y pinturas de arte sacro. No pudo evitar reírse en voz alta, al recordar las caras que habían puesto algunos de estos empresarios cuando les “sugirió” la idea. Y cómo, a los que se mostraron reacios, les tuvo que explicar que las recalificaciones de terrenos y las adjudicaciones de obras que tenían pendientes de aprobación, dependían en gran medida de su generosidad para recuperar el patrimonio religioso del territorio. “Ay Señor –suspiró- ¿dónde estaría ahora ese patrimonio si no hubiera sido por mí?”.

Cuando Diego Castillo bajó a la planta de abajo, su mujer recibía ya en la puerta a los periodistas que acababan de llegar: un joven con melenas, que llevaba una bolsa y dos cámaras fotográficas colgadas al cuello, y una chica, algo mayor que el fotógrafo, cuyas gafas le daban cierto aire de enteradilla. Nada más pasar al salón, la periodista se fijó en la fotografía de una anciana, que estaba enmarcada sobre una mesita, y preguntó al presidente:

-¿Es alguien de su familia?

Sin poder disimular la satisfacción que le causaba aquella pregunta, Diego respondió meneando la cabeza:

-Sí y no. Es una mujer anónima. Una de las muchas mujeres que me he encontrado recorriendo el Territorio. Esta anciana, y los que son como ella, son la única y verdadera razón por la que me he dedicado a la política. Yo trabajo por y para ellos – añadió con lentitud, mientras la periodista tomaba frenéticamente notas en una libreta- por eso aunque no es de mi familia, su foto tiene un lugar preferente en mi casa...

Mientras Diego continuaba con su discurso, Paloma pensó en la cantidad de periodistas que habían hecho esa misma pregunta, ante esa misma foto, a lo largo de los últimos 25 años. Y como ella ya se conocía de memoria la respuesta, dejó allí a su marido y salió al jardín con el fotógrafo, para elegir los mejores lugares donde se podían hacer las fotos.

## Capítulo VI

Sentada en el autobús que la llevaría hasta la aldea donde nació su abuela, Teresa Campoamor iba pendiente del paisaje que se precipitaba a través del cristal de la ventanilla. Había oído tantas veces a la anciana hablar de los bosques gallegos, que la joven no quería perderse ningún detalle. El día era soleado, y desde la carretera se adivinaba, a través de los eucaliptos, la fértil vegetación de esos grandes y verdes espacios boscosos. Ahora, viendo aquel derroche de especies arbóreas, y aquella abundancia de flora, Teresa sintió deseos de adentrarse cuanto antes en la espesura de aquellos bosques, y comprendió la nostalgia de su abuela hacia su tierra natal. “La morriña” de su Galicia, como la denominaba Esperanza Milagros. Sin apartar la vista de aquel paisaje, Teresa lo comparó con el de La Habana. Allí todo era cálido y luminoso. Sin embargo, una parte de su espíritu se sintió terriblemente atraída por la oscuridad y la fecundidad de aquellos bosques. Como si su interior albergase algún misterio escondido que era imposible hallar en ningún otro lugar. Conforme se iban acercando a Lameiros, Teresa se mostraba más inquieta, pero a la vez más segura. Tenía el convencimiento de que hacía bien viajando hasta allí, porque algo tendría que decirle ese sitio. Su abuela le había enseñado cómo debía escuchar para que los lugares le revelasen sus secretos. La anciana la había instruido en el arte de la meditación. Le había dicho que cuando consigues acallar los pensamientos que acuden a tu mente, entonces puedes entender el lenguaje del universo. Porque sólo en esos momentos en que logras vaciar tu mente, eres capaz de escuchar cómo te habla todo lo que está vivo. Su abuela le había recalado, una y otra vez, que nunca debía sentirse sola porque ella, como el resto de los seres humanos, formaba parte de

un universo que, al sintonizar con él, te ayudaba y protegía. Al recordar aquellas palabras, la joven se sintió reconfortada en su interior.

Ciertamente, los acontecimientos ocurridos en las últimas semanas la habían desconcertado. No sabía muy bien qué hacer, ni qué se esperaba que hiciera. Sin embargo, en esos momentos tenía la absoluta certeza de que estaba haciendo lo correcto. Sentía que si existía algún lugar en el mundo que le pudiera hablar y orientar sobre los pasos que debía seguir, ese lugar estaba allí mismo. Ella no había nacido en aquellas tierras, era la primera vez que las veía. Pero algo en su interior le hacía sentirse como en casa. Su abuela siempre le había dicho que cuando estuviera inquieta, debía acallar sus pensamientos y mantenerse en calma. “No pienses –solía repetirle- porque la mayoría de los pensamientos no nos pertenecen; sólo nos invaden, o los tomamos prestados de aquí y de allí. Déjalos pasar, mira cómo se alejan de ti y concéntrate en tu interior para que aflore la intuición. Si te dejas llevar por los pensamientos te equivocarás. Pero si permites que la intuición te guíe, acertarás”. Por eso Teresa llegó a la aldea donde había nacido su abuela, totalmente decidida a permitir que fuera la intuición la que guiase sus pasos futuros.

Cuando bajó del autobús, contempló fascinada cómo un montón de vacas rodeaban al vehículo. Cogió su escaso equipaje y se encaminó a la calle principal de aquel pequeño núcleo urbano. Allí pudo ver de cerca, por primera vez, esa típica construcción gallega, el hórreo, de la que tanto le había hablado su abuela. En el único bar que encontró a su paso, preguntó a una anciana dónde podía encontrar alojamiento. Allí mismo le ofrecieron una habitación en la planta superior del edificio, y Teresa aceptó quedarse en ella. Según le explicó la mujer, con marcado acento gallego, utilizaban la parte alta de la casa para alquilar habitaciones a los peregrinos que hacían el Camino de Santiago. Cuando le preguntó a Teresa si ella también era peregrina, la joven respondió que no. Aunque inmediatamente rectificó y dijo:

- Todos somos peregrinos en esta vida y, naturalmente, yo también lo soy.

- Entonces, cuando llegues a Santiago –añadió la anciana- dale al apóstol un abrazo por mí. Yo ya soy vieja y no puedo andar, pero sigo haciendo el Camino a través de todos los peregrinos que pasan por aquí. Algunos, luego me mandan las fotos que se han hecho ante la catedral de Santiago. La millor catedral del mundo –dijo al tiempo que se santiguaba-

Al marcharse la anciana, Teresa echó un vistazo a la habitación. Los pocos muebles que tenía eran antiguos y la cama demasiado alta. Pero parecía confortable. Sin deshacer el equipaje, se tumbó en ella y cerró los ojos mientras se decía: “Bien, pues ya estás aquí”. En su mente aún resonaban las últimas palabras que le había dicho la anciana sobre el Camino. Pensó que ésta debía tener unos 80 años, y quizás hubiera conocido a su abuela. Sin embargo, Teresa decidió que, de momento, era mejor no preguntarle nada. No sabía cuanto tiempo iba a permanecer allí. Lo mejor era que la mujer siguiera pensando que estaba haciendo la peregrinación a Compostela. Ella conocía muy bien lo que era el Camino de Santiago. Su abuela le había hablado de él cientos de veces. Le había dicho que lo de menos era quién estaba enterrado en la cripta de la catedral.

- La iglesia católica siempre se apropia de todo, y donde antes había una celebración pagana, ella siempre coloca a un santo. Pero las corrientes de energía que circulan por esa ruta, ya existían antes que los papas. Y yo -añadía orgullosa- yo he tenido la suerte de nacer en uno de los lugares que forman parte de ese Camino ancestral y extraordinario, que miles y miles de personas recorren desde hace siglos-

Como si la estuviera escuchando en esos momentos, Teresa se acordó de la recomendación que un día le hizo su abuela:

-Si alguna vez recorres el Camino de Santiago, debes hacerlo andando. Porque sólo así las energías telúricas que existen en la tierra, podrán penetrar desde los pies a todo tu cuerpo y despertar tu consciencia dormida. El Camino es un lugar mágico, y son muchas las vivencias que podrás tener, si permites que te hable.



Dejando que estos recuerdos calasen en su interior, Teresa se levantó de la cama de un saltó y miró el reloj. Aunque aquel interminable viaje en autobús desde la Gran Ciudad la había dejado casi exhausta, no podía esperar hasta el día siguiente para dar un paseo por aquellos bosques. Sólo había tomado un bocadillo durante una parada, pero como no tenía hambre, pensó que ya cenaría por la noche. Calculó que todavía quedaban un par de horas de luz solar, y metiendo en una pequeña mochila una linterna y un botellín de agua, que rellenó en el lavabo de la habitación, salió a la calle. La aldea era muy pequeña, así que no tuvo que andar mucho tiempo para salir de ella. Muy cerca de la carretera, en una elevación del terreno junto a una curva, algo llamó su atención. Era un antiguo cruceiro de piedra, que estaba junto a un roble centenario de grandes proporciones. Al verlo, recordó que su abuela le había hablado de esa señal en el Camino, y de cómo ella, durante el tiempo que vivió en Lameiros, solía sentarse a la sombra de aquel árbol. Enseguida tuvo tentaciones de hacer lo mismo, pero antes dejó la mochila junto al roble, y miró detenidamente el cruceiro. Tal y como le había contado su abuela, simbolizaba la vida y la muerte. En los cuatro lados de su base, había tallados martillos, clavos y espinas, que representaban al calvario de Jesús. En otro de los lados había una calavera, símbolo universal de la muerte. Elevando su mirada hacia arriba, vio una cruz con dos tallas bien distintas. A un lado estaba Cristo crucificado, y al otro una mujer preñada y un ángel. Con gran emoción, Teresa puso sus manos extendidas sobre el cruceiro, y no pudo evitar que se le saltasen las lágrimas. Porque allí, en aquella cruz de piedra que algún iniciado debió tallar varios siglos atrás, se encontraba simbolizado el misterio de la dualidad de la existencia. La vida y la muerte juntas, inseparable una de otra. Sin pensárselo más, abandonó su pretensión inicial de adentrarse en el bosque, y se sentó junto al roble, apoyando la espalda en su tronco. Desde donde estaba, podía ver la parte del cruceiro que representaba a la vida, porque la imagen del crucificado quedaba al otro lado. Cruzó las piernas y se puso lo más cómoda posible, con la intención de contemplar la talla de aquella mujer preñada y la cabeza y alas del ángel que estaba junto a ella.

Aquel era un hermoso lugar, y se sentía a gusto y protegida a la vera del majestuoso árbol. Se preguntó cuantos peregrinos habrían hecho un alto en el Camino, para escuchar el mensaje silencioso que gritaban las piedras de aquel cruceiro y el roble que crecía junto a él. Ambos eran los representantes de dos reinos vivos, mineral y vegetal, que habitaban junto con los animales y el hombre en este planeta que tenemos que compartir. Teresa se sintió en perfecta comunión con el entorno, y experimentó en su interior, con toda intensidad, lo que tanto le había comentado su abuela. Que ella no era ni más ni mejor que aquel árbol y aquellas piedras. Que todos somos seres vivos y, por tanto, estamos hechos de la misma energía, aunque nuestra vibración sea diferente. Que todos nos alimentamos de la misma fuente y que sólo cuando comprendemos con nuestro íntimo entendimiento que esto es así, entenderemos que la piedra, el árbol y nosotros somos lo mismo. Sin saber cómo, Teresa notó una ligera vibración por todo su cuerpo, y sintió que esa misma sacudida recorría también la corteza de aquel roble y cada una de las moléculas de la piedra del cruceiro. Experimentó un leve mareo y un cosquilleo en la parte alta de la cabeza, y volvió a contemplar la escena desde afuera, como si no formase parte de ella. Cerró los ojos, y entonces pasaron rápidamente por su mente, como si se tratase de una película, imágenes de ese mismo lugar a lo largo de los siglos. Primero sin el roble y el cruceiro, después vio a los hombres que plantaron aquel árbol, y al que talló aquellas piedras. Vio a miles de peregrinos que hacían el Camino de Santiago pasando por aquel lugar. Sus atuendos eran distintos, iban evolucionando a través de los años, pero sus rostros eran muy similares. Tanto, que parecían las mismas personas dando vueltas. Como si estuvieran perdidas en las arenas del tiempo. Vio cómo un hombre mayor mataba a una mujer joven, amparándose en la oscuridad de la noche, y la enterraba junto al árbol. Y supo que la mujer llevaba un hijo del asesino en sus entrañas. Vio a gente que viajaba en grupo y encendía una hoguera junto al cruceiro para calentarse del frío invierno. Vio cómo la nieve cubría la escena. Y después vio cómo volvía a crecer la hierba verde donde antes estaba la tierra helada. Y vio a dos

jóvenes desnudos, amándose bajo el roble. Y tuvo la certeza de que se trataba de su abuela y de Tomás Carbajal. Vio muchos jóvenes y ancianos con mochila, que pasaban de largo sin reparar en aquella señal del Camino. Y vio cómo otros se detenían y escuchaban el mensaje que les transmitía la naturaleza y la piedra. Y también se vio a ella misma. Se vio sentada con las piernas cruzadas junto a aquel roble, mirando el cruceiro. Y vio que su abuela estaba con ella, a su lado, hablándole despacio. Sin dejar de observar la escena desde fuera, Teresa escuchó con toda nitidez la voz de la anciana dentro de su cabeza, y entendió lo que ésta le estaba diciendo: Que la muerte no existía en realidad. Sólo se producía un cambio en la conciencia, una vez liberada de la envoltura del cuerpo. Le dijo que ella se encontraba bien, y que ahora Teresa debía hacer algo por sí misma, porque ése era el papel que el destino le había asignado en esa trama. La joven escuchó cómo su abuela le ordenaba que abriera la carta que había traído desde Cuba. Y, antes de que la imagen borrosa de la anciana desapareciera de la escena, aún la oyó murmurar: “La vida en la tierra es como un laberinto de sueños, donde los caminos de unos se entrecruzan con los de otros. Pero nosotros no decidimos nuestro papel, sólo somos los actores de esa trama del universo.”

Una fuerte sacudida en su cuerpo hizo que Teresa volviera a vivir el suceso desde la posición que ocupaba junto al árbol. Ya no veía los acontecimientos desde afuera, como si se tratase de una representación, sino que nuevamente los experimentaba en su dimensión corporal. Un poco aturdida por lo que había pasado, la joven estiró las piernas y se levantó. Se sacudió los pantalones vaqueros que llevaba puestos, y dio unos pasos alrededor del cruceiro para desentumecer los músculos y aclarar un poco sus ideas. Su abuela había tratado de conducirla, en muchas ocasiones, a un estado de conciencia similar al que acababa de vivir. Pero, a pesar de sus esfuerzos, nunca lo había conseguido del todo. Y sin embargo ahora, ella sola, lo había logrado. Muy nerviosa, quiso pensar ¿qué había hecho para lograrlo? No lo sabía. En realidad no había hecho nada especial. Sólo se había sentado

tranquilamente a la vera de aquel roble. Intentó reflexionar pero de pronto se frenó en seco y dijo en voz alta:

-No, ella siempre me repetía que no intentase comprender con la mente estos sucesos. Que sólo los atestiguase, pero que no quisiera entenderlos, porque la vida es un misterio, y no un problema que haya que resolver.

Mucho más tranquila, respiró varias veces profundamente, y dirigiéndose al cruceiro y al árbol les dijo:

-Vaya, vosotros si que habéis visto cosas desde aquí. Sin embargo, la mayoría de la gente que ha pasado por vuestro lado os ha ignorado. Muy pocos han entendido vuestro mensaje. Si se hubieran detenido un poco a observar, quizás les habríais mostrado todo lo que me habéis enseñado a mí. Mi abuela llevaba razón –añadió de pronto, como si hubiera descubierto algo muy importante- no he sido yo la que he hecho nada. Sois vosotros los que me habéis hablado con vuestro lenguaje silencioso. Yo sólo me he sentado a observar en calma. Y al hacerlo, algo se ha abierto dentro de mí y por esa puerta han entrado todas esas imágenes, escondidas en algún lugar donde conviven el espacio y el tiempo. Y sin embargo –prosiguió- vosotros tampoco habéis hecho nada especial. Vosotros estáis ahí, en el mismo sitio, desde hace casi cuatro siglos. ¡Como todo lo demás! –añadió mientras giraba sobre sí misma, mirando a su alrededor con los brazos extendidos- Mi abuela tenía razón. Todo lo que existe en la tierra nos habla del misterio de la vida continuamente. Está delante de nuestras narices. El problema es que nosotros ni vemos ni escuchamos.

Teresa se sintió muy contenta con su descubrimiento. En realidad ya lo sabía. Su abuela se lo había repetido infinidad de veces, y ella lo comprendía perfectamente con su intelecto. Pero nunca hasta ese momento lo había experimentado en su interior. Ahora veía la diferencia entre conocer y saber. El conocimiento era algo que se comprendía a través de la mente. Pero saber era otra cosa. Se sabía con el cuerpo. El cuerpo era más sabio que la mente. La mente era engañosa, pero el cuerpo no. El cuerpo no tenía capacidad para mentir. A veces uno quería sonreír, pero los labios

sólo reflejaban una mueca. Y cuando la tristeza o la alegría moraban en nuestro interior, nada podía evitar que los ojos, esas ventanas del alma, pudieran reflejar los sentimientos que llevamos dentro. Teresa estaba tan contenta con la experiencia que acababa de vivir, que por un momento había olvidado el mensaje de su abuela.

-¡La carta –dijo de pronto- tengo que leer esa carta!

Con rapidez, recogió del suelo la pequeña mochila que había llevado, y se dispuso a volver a su alojamiento en Lameiros, donde tenía guardada la carta que su abuela le había dado para “El Brujo”. Antes de ponerse en camino, Teresa se despidió del cruceiro y del roble. Con las palmas abiertas, puso sus manos sobre la piedra y después sobre la corteza del árbol. Hablando en voz baja, les agradeció que hubieran compartido su sabiduría con ella. Su abuela le había enseñado que, siempre que se va uno de un lugar, hay que dar las gracias a ese sitio y a todos los seres que habitan en él, por habernos acogido. Con sincera gratitud, la joven se despidió de aquel paisaje y, sin saber muy bien por qué, cuando había emprendido el camino de regreso hacia la aldea, volvió la mirada hacia el lugar y afirmó con gran convicción: “Volveré”.

Cuando llegó a su alojamiento, el sol estaba a punto de ponerse y pronto empezaría a anochecer. Al pasar por el bar, se encontró con la anciana que lo regentaba, y ésta le informó de la hora de la cena y del menú, que compartiría con otros peregrinos que se alojaban allí. Sin detenerse a darle conversación a la mujer, Teresa subió corriendo las escaleras hasta su habitación. Visiblemente excitada, revolvió su equipaje hasta que encontró la carta. Con ella en la mano, se sentó en la cama y pensó que ésa era la mejor ocasión del día para abrirla. Si su abuela hubiera estado allí, le habría dicho que aquella era la hora más adecuada para leerla, y le habría recordado que el crepúsculo es un momento de mucho poder. ¡Cómo la echaba de menos! Cuánto habría disfrutado su abuela aquella tarde con ella, regresando a la aldea que la había visto nacer. Pero la mujer que tanto había representado en su vida, ya no estaba en este mundo. Teresa sabía perfectamente que, estuviera donde estuviera, ella siempre iba a contar con la ayuda de la anciana. Como había ocurrido

esa misma tarde. Pero también sabía que ahora estaba sola y le tocaba poner en práctica todo lo que su abuela le enseñó. Y que incluso ella misma, en un futuro no muy lejano, debería transmitir todos sus conocimientos a alguna otra persona, para que no se perdieran, porque ésa era la Ley. Conteniendo la respiración, la joven abrió el sobre y sacó de él unos folios. Reconoció enseguida en ellos la letra irregular y menuda de su abuela, y comenzó a leer. Mientras lo hacía, iba cambiando la expresión de su rostro hasta que su semblante reflejó un gesto de gran preocupación. Cuando terminó la lectura de la carta, verbalizó inmediatamente la decisión que acababa de tomar: “¡Dios mío, mañana mismo volveré a la Gran Ciudad!”.

## Capítulo VII

El comedor privado del Palacio donde Diego Castillo almorzaba con sus invitados estaba ya preparado para recibir a Raimundo Carbajal. El propio Diego había elegido el menú, tal y como hacía habitualmente. Ese comedor se había instalado hacía relativamente poco tiempo. Antes, Diego siempre utilizaba para sus almuerzos políticos o de negocios, que tantas veces coincidían, los salones privados de algún restaurante de confianza. Pero a lo largo del tiempo se dio cuenta de que muchos encuentros que él quería mantener en el anonimato, terminaban por conocerse públicamente o en ámbitos del partido que a él no le interesaba que se supieran. Esto le hizo plantearse la necesidad de instalar un comedor en el propio Palacio, donde podía mantener en secreto almuerzos de carácter político, empresarial, o incluso relativos a su vida privada. Todo ello dentro de un ambiente de gran discreción. Pero además, comer allí tenía otra ventaja, ya que Diego había hecho instalar en esa sala un sofisticado y clandestino sistema de grabación, tanto en audio como en video, que le permitía inmortalizar las palabras y los gestos de sus invitados. Sin que, naturalmente, ellos lo supieran. Consultando nerviosamente su reloj, Diego entró en la estancia acompañado de Guillermo Maestre. Tras echar un vistazo a la mesa, que ya estaba preparada, y dar su aprobación, eligió el vino que iban a tomar, de una carta que le ofrecía su máximo colaborador. Con evidente excitación, le preguntó a éste si todo estaba dispuesto. A lo que Guillermo respondió afirmativamente.

-¿El fotógrafo también? –insistió Diego-

-Que si, que no te preocupes –asintió Guillermo-

-Ya sabes que las fotos deben revelarse de forma inmediata –añadió el político mientras seguía revisando que todo estuviera en orden- y que Mauricio debe estar preparado para llevar el paquete a Enriqueta.

-Que no te preocupes, que está todo controlado...

Las palabras de Guillermo fueron interrumpidas por el sonido de su teléfono móvil.

Atendió la llamada unos instantes, y mientras desconectaba el aparato informó a Diego de que Raimundo Carbajal ya había llegado, y le estaban acompañando hasta allí. Casi de forma inmediata alguien llamó a la puerta. Era una secretaria acompañando a su invitado. Al verlo, Diego forzó una amplia sonrisa mientras salía a su encuentro con la mano extendida.

-Mi querido Raimundo –dijo mientras le estrechaba la mano y le abrazaba con fingida cordialidad- ¿Cómo estás?.

-Estoy bien –respondió lacónicamente Raimundo-

-Te veo estupendamente –añadió Diego mientras le observaba de arriba abajo dando un paso atrás-

Sin embargo, el gesto risueño del político cambió repentinamente en una mueca de contrariedad, al comprobar que Raimundo no llevaba corbata. El joven había optado por una forma de vestir más informal, y llevaba un jersey gris marengo con cuello de pico, por el que asomaba una camisa de un suave color salmón, con el botón de arriba desabrochado. Con un gesto de decepción reflejado en el rostro, Diego no pudo reprimir el comentario:

-Vaya, veo que no llevas corbata.

-No –dijo Raimundo un poco perplejo- ¿debería llevarla?

-No, claro, ha sido culpa mía. Tendría que haberte avisado. Es... por las fotos –añadió improvisando, y un poco molesto consigo mismo por su torpeza-

-¿Qué fotos? –preguntó el joven- no sabía que iba a haber fotos. Creía que ésta era una comida privada.



-¡Pues claro, hombre! –afirmó Diego, mientras le conducía hasta la mesa y retomaba el control de la situación- No tiene ninguna importancia.

Dirigiéndose a Guillermo, que había saludado al joven y se disponía a abandonar el comedor, Diego le ordenó que cuando llegase el fotógrafo, trajeran una corbata para Raimundo.

-Aprovechando que estás aquí –explicó a su invitado- el fotógrafo oficial te hará algunas fotos. Son para el archivo, ya sabes. Y bueno, –añadió forzando una sonrisa- espero que no tengas inconveniente en posar conmigo. No creo que tengamos ninguna foto juntos y el momento del relevo se acerca. Habrá que tenerlo todo dispuesto, ¿no?

A Raimundo le agradó este último comentario de Diego, y no pudo disimularlo. Aunque la invitación que éste le había hecho para comer los dos solos “y sin testigos”, según le había recalcado, podía estar dentro de la normalidad, Raimundo no acababa de fiarse de aquel hombre. Sabía perfectamente por el propio Jaime Espinosa, que Diego no había acogido la idea de que él fuera su sucesor con ningún entusiasmo. Sino más bien todo lo contrario. Por eso asistía a aquel almuerzo con una gran dosis de desconfianza. Incluso se había planteado la posibilidad de poner una excusa y no acudir. Sin embargo, después de mucho analizar la situación, como era su costumbre, pensó que no tenía nada que perder. Sobre todo cuando lo consultó con Espinosa, y éste le aseguró que la decisión de que Diego Castillo no fuera candidato y él ocupase su lugar, ya estaba tomada desde arriba. Y a Diego sólo le quedaba la opción de aceptarla. Le gustase o no. “Puede ser interesante ver cómo respira ese cabrón -le había dicho Espinosa- come con él, y luego te pasas por el partido y me lo comentas. Daré instrucciones para que me veas en cuanto llegues, y no te hagan esperar”. Escuchando ahora las palabras de Diego, Raimundo pensó que quizás había sido demasiado suspicaz. Poco a poco se fue relajando y empezó a participar en una intrascendente, pero cordial, conversación con su anfitrión.

Mientras comían, Diego Castillo parecía estar en su salsa relatando a Raimundo su habitual repertorio de anécdotas, que había acumulado en sus muchos años al frente del Gobierno del Territorio. Sin embargo, por dentro, estaba inquieto y no dejaba de maquinarse cómo iba a conseguir del joven la prenda que necesitaba. El muy imbécil no se había puesto corbata, y él no había previsto esa eventualidad. ¡Cómo podía haber tenido un fallo tan imperdonable! La cuestión es que el tiempo iba pasando, el fotógrafo estaba a punto de llegar, y no se le ocurría qué podía hacer para conseguir su propósito. Mientras escuchaba a Raimundo, al que el vino le había ido soltando la lengua, miró de reojo su reloj para ver la hora, y entonces se le ocurrió. Muy satisfecho de sí mismo, Diego se apresuró a poner en práctica su plan, para acabar cuanto antes con aquella estúpida comida. “¡Cómo no se me habrá ocurrido antes!” –pensó muy complacido-

-Muy bien, Raimundo, muy bien. Dentro de unos años –dijo- serás tú el que invite a comer a tu sucesor. Porque yo no tengo ninguna duda de que, contigo como candidato, seguiremos ganando elección tras elección...

-Eso espero –le interrumpió el joven, que ya se empezaba a notar ligeramente bebido-

-Y quizás hasta que no llegue ese momento no comprendas bien cual es mi estado de ánimo ahora –añadió Diego haciendo una teatral pausa- No creas que me encuentro triste. Al revés, estoy contento y complacido. Contento porque sé que todo por lo que he luchado y todo lo que he conseguido, se queda en buenas manos: las tuyas...

-Muchas gracias –balbuceó Raimundo, pero Diego hizo un gesto con la mano para que no le interrumpiera-

-...Y complacido porque me voy con la satisfacción del deber cumplido. ¿Y cual es ese deber último que debo cumplir? –se preguntó, apuntando él mismo la respuesta-

Facilitar tu acceso a mi puesto. Por eso he querido comer a solas contigo, para asegurarte que cuentas con mi más fiel colaboración para que seas el nuevo presidente del Territorio. Seguramente te habrán dicho que yo me opongo a que seas mi sucesor –añadió dejando la frase en el aire-

-Bueno, no exactamente... –dijo Raimundo, un poco desconcertado por el giro que estaba tomando la conversación-

-No importa, no importa. No hace falta que digas nada –le cortó Diego con un gesto- yo ya estaba en este partido cuando tu aún ibas con pantalones cortos, y sé muy bien cómo funciona. Por eso he querido decirte personalmente, y sin testigos, que todo lo que te hayan dicho es mentira, y que puedes contar conmigo.

Visiblemente satisfecho de su discurso, y sin dar tiempo a que Raimundo dijera nada, Diego Castillo se puso en pie, y mientras se dirigía a hablar por un teléfono interior, ubicado al otro lado de la sala, le dijo al joven:

-Y ahora permíteme que te haga un regalo como prueba de mi amistad.

Casi de inmediato apareció Guillermo Maestre en la habitación con un estuche alargado en la mano. Se lo dio a Diego y, sin decir palabra, volvió a ausentarse. Este lo abrió despacio, para crear expectación, y sacó de él un magnífico reloj de pulsera, que ofreció con una amplia sonrisa a Raimundo. El joven lo tomó y comprobó que era un Rólex de acero y oro. Diego se apresuró a comunicarle que su precio superaba los cuatro mil euros.

-Te lo agradezco mucho –dijo Raimundo mientras seguía contemplando el espléndido reloj- pero no puedo aceptar un regalo tan caro.

-Claro que si –respondió el político- mira lo que pone al dorso.

El joven dio la vuelta y leyó en voz alta una inscripción: “25 años de Progreso”.

Entonces Diego le explicó que ése era uno de los veinticinco relojes exclusivos que había adquirido la institución para regalar a personas ilustres, coincidiendo con las bodas de plata de su Gobierno en el Territorio.

-Y quiero que el primero de estos relojes sea para ti. Como verás –le indicó- son modelos únicos y van numerados. El tuyo lleva el número uno. ¿Quién mejor que mi sucesor podría llevar este reloj?

Raimundo se sintió realmente halagado, pero aún así respondió:

-Lo lógico es que fueras tú quien tuviera este primer modelo.

-Te confesaré un secreto –añadió Diego bajando la voz- la casa Rólex me ha regalado otro con mi nombre grabado. Es lo menos que podía hacer después de haberles encargado un pedido tan caro.

Como Raimundo aún parecía dudar, Diego le animó a probárselo, y el joven así lo hizo dejando sobre la mesa el reloj que llevaba puesto. Inmediatamente, Diego alargó el brazo y lo cogió, al tiempo que decía a su invitado:

-Nada, nada, no se hable más. Te lo quedas y yo me quedo con el que traías. Así será un cambio, y no podrás poner como excusa que no puedes aceptar un regalo tan caro. Ya no es un regalo, ahora se trata de un canje –concluyó metiéndose en el bolsillo el reloj de Raimundo y dando por finalizada la conversación-

Como si hubieran estado esperando este momento tras la puerta, apareció nuevamente Guillermo Maestre acompañado de un fotógrafo. Su llegada fue muy celebrada por Diego, y éste empezó a comentar con él los mejores lugares para hacer las fotos, mientras que Raimundo se ponía la corbata que le acababan de facilitar, frente a un pequeño espejo que había en la sala. Cuando todo estuvo dispuesto, Diego y el joven posaron juntos de pie, sentados, estrechándose las manos y hasta dándose un abrazo. La sesión continuó con varias fotos a Raimundo solo, mientras éste, obedientemente, se dejaba colocar en distintas posiciones. Cuando parecía que ya habían terminado, Diego sugirió que se trasladasen a su despacho para que el fotógrafo pudiera retratar al joven sentado a su mesa, junto a la bandera del Territorio. Raimundo se resistió un poco, pero finalmente accedió. Al sentarse en aquel cómodo sillón, experimentó una íntima satisfacción que intentó disimular poniendo un gesto de seriedad. Pues lo que menos le habría gustado es que en la foto saliera un rostro sonriente, reflejando el placer que había sentido por dentro.

Acabada la sesión fotográfica, Diego se despidió de Raimundo, alegando que tenía mucho trabajo, y una agenda repleta de visitas para esa tarde.

-Ya verás, ya verás lo sacrificado que es este puesto cuando lo ocupes –dijo mientras acompañaba al joven por las escaleras, hasta la puerta de la calle, seguido a una prudente distancia de su fiel colaborador.-

Cuando Raimundo estuvo ya fuera del Palacio, Diego apremió a Guillermo para que revelasen las fotos cuanto antes, y se las pasase a su despacho en cuanto las tuviera.

-¿Has visto qué cara de gusto ponía cuando se ha sentado en mi mesa? –dijo a Guillermo mientras éste asentía sonriendo- ¡Será maricón!

Al salir de la sede del Gobierno territorial, Raimundo Carbajal decidió caminar lentamente hacia el Partido, donde debía ver a Jaime Espinosa. No quedaba demasiado lejos, y a él le venía bien pasear un rato para que se fueran amortiguando los efectos del vino, y también para reflexionar un poco sobre el almuerzo que acababa de mantener con Diego Castillo. La verdad es que, además de mareado, se sentía un poco desconcertado. El comportamiento de Diego con él había sido impecable. Lo que habría que saber es si la colaboración que éste le había ofrecido era sincera. Quizás sí lo fuera. Diego sería un cabrón, pero no se podía decir que fuera tonto. Y era muy posible que al darse cuenta de que la decisión sobre su retirada ya estaba adoptada, y no había nada que hacer, hubiera decidido aceptarla y colaborar de buena gana. Mientras continuaba con estos pensamientos, notó que algo le oprimía en el cuello y se acercó la mano en un gesto mecánico. Fue entonces cuando se dio cuenta de que no había devuelto la corbata que le habían dejado para las fotos, y a continuación, se acordó del regalo que le había hecho su anfitrión. Muy satisfecho, alzó la mano izquierda para admirar el reloj, y en esos momentos le vino a la cabeza una historia que le había contado Espinosa. Según éste, Diego tenía la costumbre de regalar relojes a todo el mundo, con el escudo de la institución, en sus recorridos por el Territorio. Pero lo hacía de una forma singular. El mismo llevaba uno de esos relojes puesto en su muñeca, y cuando quería dárselo a alguien, le decía que era el suyo. Así, la persona en cuestión –que en la mayoría de los casos era anciana- se quedaba muy satisfecha y orgullosa al comprobar que tenía el reloj del mismísimo

presidente. Y que éste, había tenido la gran deferencia de quitárselo de su mano, para ponérselo en la suya. Acabada la visita a ese pueblo, Diego sacaba de su coche otro reloj similar –“pues lleva en el maletero más que un viajante”, le había dicho Espinosa- y de nuevo se lo ponía en su muñeca para volver a regalárselo a otra persona, en el pueblo siguiente, siempre con el mismo cuento. Al recordar esta historia, Raimundo no pudo evitar una sonrisa. “Menos mal –pensó- que conmigo no ha hecho lo mismo. Si se hubiera quitado el Rólex de su mano, habría sospechado que me creía estúpido, y estaba tratando de engañarme. Pero no –se dijo, mirándolo nuevamente- tampoco había que ser tan suspicaz. El reloj ya era suyo y, en realidad, Diego llevaba razón cuando decía que era a él a quien le correspondía llevarlo. “Y esto es sólo el principio” –continuó pensando mientras andaba- Y entonces, sin saber muy bien por qué, le vino a la memoria aquella escena de su adolescencia que tanto le había traumatizado. Con la cabeza alta y rabia contenida murmuró: “Ningún borracho volverá a mearme nunca en la cara. Nadie volverá a humillar jamás al futuro presidente”.

Con el Rólex en su muñeca y sintiéndose internamente como un triunfador, llegó Raimundo Carbajal a la sede del Partido. Mientras, su viejo reloj y su fotografía eran llevados en un paquete a casa de Enriqueta Beltrán. Desde allí, iniciarían un rápido viaje hasta La Habana.

## Capítulo VIII

Raimundo Carbajal fue conducido al despacho de Jaime Espinosa en cuanto llegó a la sede del Partido. El dirigente le recibió con un abrazo, y tras los saludos de rigor, ambos se sentaron en el sofá que había en un rincón de la estancia, mientras Espinosa pedía que les trajeran unos cafés.

-Es el quinto que me tomo hoy, y eso que el médico me ha dicho que no pase de tres. No sé por qué los cuento, debo tener una vena masoquista –se justificó Espinosa- Bueno, tú dirás, me tienes en ascuas. ¿Para qué te quería ese cabrón?

Jaime Espinosa odiaba a Diego Castillo, y no se molestaba en disimularlo. Por eso utilizaba toda clase de apelativos peyorativos, cada vez que se refería a él.

Rápidamente, Raimundo le relató el encuentro que habían tenido, incluyendo la sesión fotográfica y las palabras tranquilizadoras de Diego, sobre la colaboración que le ofrecía para facilitarle la sucesión. Sin embargo, Raimundo no hizo ninguna referencia al Rólex que le había regalado. Y tampoco le contó a Espinosa que, según Diego Castillo, todo lo que en el Partido decían sobre su oposición a la candidatura de Raimundo, era mentira. A decir verdad, no había ningún motivo para que el joven ocultase esta parte de la información, ni tampoco el regalo del reloj. Raimundo consideró más prudente no avivar más el fuego de la ya explosiva relación entre Diego Castillo y Jaime Espinosa. El dirigente nacional, sin embargo, no se quedó conforme con la explicación que le estaba dando, y reflexionó en voz alta:

-No sé, no sé, no me fío de este pájaro. Está claro que te ha engañado, porque lo que me dices no concuerda con la información que yo tengo.

-No sé a que información te refieres. Apenas quedan unos días para la convención del Partido, en la que tiene que anunciar su renuncia y mi sucesión. Supongo que ya lo ha asumido y, aunque no lo haga a gusto, habrá querido quedar bien conmigo. Al fin y al cabo, él no puede hacer nada. ¿O si puede? –preguntó Raimundo mientras su rostro reflejaba un gesto de inquietud-

-No, por ese lado puedes estar tranquilo. Sabes que en el equipo de dirección no nos fiamos de él, porque desde el Gobierno del Territorio se ha dedicado a joder al Partido, a su Partido –dijo recalcando las últimas palabras- todo lo que ha podido. Incluso ha pactado a nuestras espaldas con nuestros rivales políticos, y no queremos en nuestras filas a un traidor así. Por eso está acordado, y así se le ha comunicado, que si en la Convención de los 25 años no cumple nuestras instrucciones, al día siguiente la Ejecutiva saldría desautorizándolo públicamente, y proponiéndote a ti como candidato oficial.

-¿Entonces qué es lo que te preocupa? –preguntó Raimundo-

-No lo sé, pero no me fío: es mejor que te lo diga. Antes de invitarte a comer, tuvo un almuerzo con varios empresarios con los que mantiene, digamos “negocios”, dentro del Territorio, para pedirles el apoyo para su reelección como candidato. Uno de ellos, que es el que me lo ha contado, le preguntó si era verdad que el Partido se oponía a que él asumiera de nuevo la candidatura, e incluso apuntó tu nombre como su posible sucesor. Y el hijoputa ése, no sólo lo negó, sino que les aseguró que el candidato iba a ser él, sin ningún género de duda. Eso es lo que me preocupa.

-¿Pero qué dices? –afirmó Raimundo visiblemente molesto- Eso no puede ser así. Seguro que te han informado mal. ¿Por qué iba a mentirles de esa forma tan descarada?

-No lo sé –respondió Espinosa- no tiene ninguna lógica, pero el marica este no hace nada gratis. Si montó esa comida de empresarios, para decirles lo que les dijo, su liebre llevará. Y te aseguro que la información es correcta. Como te he dicho, es de primera mano, así que yo la doy por buena.



La conversación con Espinosa iba poniendo a Raimundo de muy mal humor. Sobre todo porque en esos momentos se sentía como un imbécil, al haberse dejado engañar por las palabras y las buenas maneras de Diego Castillo. ¿Pero qué es lo que pretendía?. Preso de esa agresividad que con frecuencia se apoderaba de él, Raimundo perdió las formas y se levantó del sofá gritando y paseándose nerviosamente por la habitación, ante la mirada atónita de Jaime Espinosa, que le pedía que se tranquilizase.

-¡Cómo que me tranquilice! –saltó el joven- si se ha reído de mí en mis propias narices. ¡Y pensar que he creído todo lo que me ha dicho!

Viendo la desorbitada reacción de ira de Raimundo, Espinosa pensó, por un momento, si no se habrían equivocado eligiendo al joven para sustituir a Diego Castillo. La cuestión no era eliminar a un tirano ingobernable para poner a otro. De cualquier forma –reflexionó- ya era demasiado tarde para dar marcha atrás, y lo prioritario ahora era quitar a Diego de la presidencia. Para ese objetivo serviría muy bien Raimundo Carbajal y luego... Luego ya se vería. Dirigiéndose al joven, que continuaba muy alterado, Espinosa intentó quitarle hierro al asunto

-Bueno hombre –dijo poniéndose también de pie- no te lo tomes así. No sé qué coño ha pretendido el cabrón ese al convocar a los empresarios. Pero sea lo que sea, te aseguro que no le vamos a dejar. No te preocupes –añadió dándole golpecitos en la espalda a Raimundo- vete tranquilo y confía en mí. Dentro de unos días serás propuesto oficialmente como el candidato del Partido para la presidencia del Territorio. Empezaremos a promocionarte y, unos meses después, ganarás las elecciones, serás el nuevo presidente, y Diego Castillo pasará a la historia.

Cuando Raimundo se sintió más tranquilo, Jaime le despidió en la puerta de su despacho. Al quedarse solo otra vez, pensó que, en un futuro, habría que vigilar muy de cerca de aquel joven, porque no le había gustado nada la transformación que había sufrido ante sus ojos. Le había costado mucho trabajo convencer a algunos miembros de la Ejecutiva para quitarse de en medio a Diego Castillo. Si no hubiera sido porque

las encuestas indicaban, una y otra vez, que éste perdería el Gobierno del Territorio, y por otras cosas más que no pensaba desvelar, él nunca habría obtenido el beneplácito de todos para proponer a otro candidato que sustituyera al veterano político. Y ahora que lo había conseguido, no estaba dispuesto a que un niño como Raimundo Carbajal, que por lo visto se había creído el rey del mambo, le estropease la posibilidad de convertirse en el futuro presidente del Gobierno. Para que él alcanzase ese puesto, era imprescindible que Raimundo ganase las elecciones en el Territorio. Y no iba a consentir que al chulín ése se le subiera el cargo a la cabeza, y empezase a actuar por su cuenta. Si él le iba a servir en bandeja el Gobierno del Territorio a Raimundo, era, ni más ni menos, para utilizar al joven como un hombre de paja que trabajase a su favor. Sin embargo, la reacción violenta que había observado en él esa tarde, le hacía pensar que, tras su apariencia inofensiva y angelical, se escondía una personalidad fría, calculadora y ambiciosa, que no le había gustado un pelo. Mientras pedía que le trajeran otro café -"el sexto", contó para sus adentros- Jaime Espinosa se sintió más tranquilo al pensar que él era el único del Partido que, a través de su suegro, conocía los orígenes de Raimundo Carbajal. Sabía que era un bastardo y que había sido criado en un sótano por un curandero. Su suegro, que conoció al verdadero padre de Raimundo, le había proporcionado abundante información sobre la procedencia del joven. Y ahora él se alegraba de tener esos conocimientos, porque quizás tuviera que echar mano de ellos para frenar la ambición del nuevo candidato. - Quien sabe- dijo en voz alta- la información es poder. Y a mí no me importaría tener que utilizar ésta para sujetar al cachorro.

Cuando Raimundo salió de la sede del Partido, llamó a su secretaria por el teléfono móvil para informarle de que ya no volvería por el bufete. Entre unas cosas y otras se había hecho muy tarde, y la entrevista con Espinosa le había puesto de muy mal humor. Jaime llevaba razón cuando decía que Diego Castillo tramaba algo, pero ¿el qué?. No tenía ninguna lógica lo que le había dicho a los empresarios. Sólo faltaban unos días para la Convención, y éstos iban a descubrir entonces que el

presidente les había engañado, en cuanto anunciase su retirada y le propusiera a él como el próximo candidato. “¿Para qué molestarse tanto en una mentira que se va a descubrir enseguida?”, se preguntó mientras caminaba cabizbajo, rumbo a su apartamento.

Cuando llegó hasta el moderno edificio donde vivía, el portero de la finca le dijo que la asistente que le hacía la limpieza semanal no había podido ir ese día porque estaba enferma. Esta información, que agradeció al conserje con un gruñido casi imperceptible, le pareció un gran contratiempo. Eso suponía que cuando abriera la puerta de su apartamento, se lo encontraría sucio y desordenado. Además de que tendría toda la ropa sin planchar, y ya no le quedaba casi ninguna camisa limpia. Con muy mala cara entró en su casa y, dirigiéndose directamente hacia el dormitorio, se dejó caer en la cama pensando que ahora no tendría más remedio que poner un poco de orden en aquella pocilga. Sin embargo, continuó tumbado pensando en su almuerzo con Diego Castillo, y al poco rato se quedó dormido.

El viaje de vuelta a la Gran Ciudad también había resultado agotador para Teresa Campoamor, aunque se le hizo más corto que el que había realizado, en sentido contrario, sólo un día antes. Mientras se instalaba en la habitación del hostel que acababa de coger, por tiempo indefinido, la joven pensó que desde que había llegado a España no había hecho más que viajar de un sitio para otro. Jamás se le había pasado por la imaginación, cuando se subió a un avión en La Habana, que su estancia en este país iba a ser tan ajetreada. Nunca hubiera podido imaginar que traer una carta a Tomás Carbajal, cumpliendo el último deseo de su abuela, se convirtiera en algo tan complicado. Se podía decir que en los pocos días que llevaba fuera de Cuba, había tenido vivencias más impactantes que las que le habían ocurrido allí en los últimos años. Y es que su vida se había desarrollado de una forma bastante

tranquila, y siempre bajo el amparo y la protección de su abuela. Pero ahora estaba sola, en un país desconocido y con una importantísima misión que le había caído por obra y gracia del destino, de la que no se podía evadir. Cuando terminó de colocar la poca ropa que llevaba en su equipaje dentro del armario de la habitación, Teresa miró la estancia con detenimiento. Era sencilla, pero amplia y acogedora. Todo el mobiliario, nuevo y en tonos claros, estaba integrado por una cama, la mesilla, un armario empotrado, una mesa, con un gran espejo encima, y una silla. Pero lo que más le gustaba a la joven era su luminosidad, y la pequeña terraza que tenía, dando a una gran avenida. También se sintió muy satisfecha de que el cuarto de baño fuera amplio, y tuviera una gran bañera. No sabía cuanto tiempo tendría que permanecer en esa habitación. Pero lo que estaba claro es que durante varios días ése iba a ser su hogar, y necesitaba que aquel sitio le resultase agradable. Afortunadamente, pensó que el dinero no iba a ser un problema para ella. También de eso se había ocupado su abuela al dejarle en herencia, no sólo la casa donde vivían y todas sus pertenencias, que ella había vendido, sino lo que Teresa consideraba como una pequeña fortuna, ya que la anciana siempre había vivido con su nieta de forma austera. Teresa aún era una niña cuando sus padres fallecieron en accidente de tráfico, mientras viajaban en un autobús. Recordando ahora esos tristes momentos, la joven pensó que cuando murieron sus padres, ella nunca se había sentido huérfana. Sin embargo ahora, desde que había muerto su abuela, un profundo sentimiento de desamparo y de soledad se había apoderado de su alma. Sin querer abandonarse a esa sensación de desvalimiento, Teresa se miró en el espejo de la habitación y dijo en voz alta:

-Bueno, ya está bien de compadecerte de ti misma. No hay tiempo para eso. Tienes que llamar a ese chico.

De su pequeña mochila, Teresa sacó una tarjeta de visita que le había dado Raimundo Carbajal, cuando se despidieron en la estación al llegar a la Gran Ciudad, unos días atrás. Con ella en la mano, y antes de decidirse a marcar el teléfono, la joven se preguntó qué pensaría aquel muchacho cuando oyera su voz. Por unos

instantes meditó qué era lo que le iba a decir, y no se le ocurrió otra cosa mejor que proponerle abiertamente una cita. Pero, ¿y si él no quería verla y ponía una excusa? Teresa se inquietó ante ese pensamiento, y de forma inmediata lo rechazó. Ella tenía que ver a Raimundo Carbajal, y tenía que verlo cuanto antes. No había tiempo para tonterías. Con una gran preocupación reflejada en el rostro, la joven sacó de la mochila la carta que le había dado su abuela para llevársela a “El Brujo”, y volvió a leerla en voz alta. Estaba fechada en La Habana, y decía:

*Querido Tomás:*

*Me estoy muriendo. Sé que no voy a durar mucho tiempo. Noto, a cada momento, cómo la energía se escapa de mi viejo cuerpo y ya casi no me quedan fuerzas para nada. Me voy sin haber podido volver a nuestra querida tierra. Pero eso era algo que tu y yo sabíamos que ocurriría. Será mi nieta la que regrese por mí. A lo largo de estos años te he hablado mucho de Teresa, que ha sido la luz de mi vida y también, como sabes, mi aprendiz. Cuando yo muera te llevará esta carta y, con ella, la noticia de que un santero que conozco ha recibido el encargo de realizar un hechizo mortal contra tu hijo, para evitar que acceda a algún puesto político. Tu sabrás mejor que yo quien puede querer que desaparezca. Sé que será pronto, aunque no conozco la fecha concreta. Puedes contar con mi nieta para que te ayude a neutralizar el hechizo mortal. No le he dicho nada a ella sobre el contenido de esta carta, pues prefiero que seas tú quien lo haga, cuando decidas si necesitas o no la ayuda de Teresa. Sé lo importante que es ese rapazo para ti, al que no podrías querer más si fuera tu propio hijo.*

*Como siempre, recibe todo mi amor, hasta que nuestras almas vuelvan a encontrarse.*

A Teresa volvieron a saltársele las lágrimas al releer la carta firmada por su abuela. Sin embargo, no había tiempo para llantos. Mientras se sonaba la nariz con un pañuelo de papel, se preguntó por qué lloraba: ¿Por la ausencia de su abuela? ¿Por la muerte de Tomás Carbajal? ¿O por lo que pudiera pasarle a alguien a quien apenas conocía? Respirando profundamente, se interrogó en su interior y concluyó que, en realidad, lloraba por ella misma. Por si no tenía poder suficiente para evitar que Raimundo Carbajal muriera. Ya no era una aprendiz, ahora se había convertido en maestra. Había sido iniciada por su abuela en la hechicería, y sabía perfectamente qué es lo que tenía que hacer, y qué pasos debía seguir para neutralizar el hechizo contra Raimundo. Sin embargo, también sabía que no todo dependía de su magia. Ella podía hacer los conjuros adecuados, pero que éstos fueran efectivos era algo que sólo podía determinar el destino de Raimundo Carbajal. Y no le había gustado nada lo que había visto reflejado en los fríos ojos azules de aquel joven. Lanzando un gran suspiro, se dirigió muy decidida hacia el teléfono que tenía en la mesilla, y marcó el número del móvil que figuraba en la tarjeta.

Raimundo se sobresaltó al oír el sonido del teléfono, y tardó unos instantes en reaccionar. Se incorporó de la cama y buscó en el bolsillo de su chaqueta el pequeño aparato que siempre llevaba consigo. Al escuchar la voz de Teresa, el corazón le dio un vuelco y, rápidamente respondió:

-Sí, soy yo. Perdona, me había quedado dormido. ¿Dónde estás?

La joven le respondió que había estado en el pueblo de su abuela, pero que ya había vuelto a la Gran Ciudad. Antes de que continuase, Raimundo le preguntó si quería que quedasen al día siguiente. La respuesta de Teresa fue afirmativa, y se citaron para cenar juntos en un conocido restaurante, donde él acudía con frecuencia. Ella apuntó la dirección y luego se despidieron. Al colgar el teléfono, Raimundo se sintió de pronto de muy buen humor. Con el ánimo exaltado, se dispuso a arreglar el apartamento, pensando que quizás pudiera invitar a Teresa a tomar una copa en su casa, después de cenar. Sin darse cuenta, notó cómo se empalmaba al pensar en esa posibilidad. Su

primera reacción fue la de masturbarse para aliviar la tensión. Pero en lugar de hacerlo, empezó a quitar cosas de en medio mientras se tocaba ligeramente el sexo abultado entre las piernas. Le gustaba aquella sensación, y no quería terminar tan pronto con ella. Mientras recogía el apartamento, pensó que ninguna mujer le había excitado nunca tanto como aquella extraña muchacha de rizos blancos.

## Capítulo IX

Raimundo Carbajal se despertó varias veces esa madrugada, y cuando se levantó por la mañana lo hizo con la extraña sensación de que había pasado una noche muy agitada. Tenía el pijama empapado en sudor y se sentía agotado. Antes de levantarse, se incorporó en la cama y trató de poner orden en las imágenes confusas que acudían a su mente. Había tenido sueños raros, de los que no conseguía acordarse muy bien. Sólo podía percibir retazos inconexos, pero muy vívidos, de las figuras que habían poblado sus fantasías oníricas. Estaba seguro de que Teresa había protagonizado alguno de esos sueños, pero Raimundo no acertaba a comprender por qué la visión de la muchacha se asemejaba tanto a una aparición. Sin querer dar más importancia a lo que había soñado, se dirigió al cuarto de baño y se metió en la ducha. Se había levantado más tarde de la cuenta y se dispuso a afeitarse rápidamente, pensando en la montaña de papeles que se acumulaban en la mesa de su despacho. Sin desayunar, salió corriendo del apartamento y se dirigió andando hacia el bufete. Este no quedaba muy lejos de su casa y le apetecía dar un paseo antes de ponerse a trabajar. Mientras caminaba por la calle, pensó que no tenía ningunas ganas de llegar a su despacho. Afortunadamente, Mario, su pasante, se encargaba del grueso del trabajo, mientras él se dedicaba más a la captación de buenos clientes. Reconoció que si no fuera por Mario y por Estrella, su secretaria, el bufete no podría salir adelante. Y aunque las cosas le iban bastante bien, Raimundo se preguntó, una vez más, por qué había estudiado Derecho, cuando el ejercicio de esta profesión no le gustaba nada. Una vez más se respondió que el bufete nunca había sido más que una simple tapadera y un trampolín para llegar a su verdadero objetivo: la política. A los demás



podía engañarlos, pero no tenía sentido engañarse a sí mismo. Desde que finalizó la carrera de Derecho sólo había deseado una cosa: llegar a ocupar un cargo político, y sólo con esa intención había montado el despacho, con el dinero que le dio su padre. En aquellos momentos no supo de donde había sacado el viejo aquella importante cantidad, que le sirvió para instalarse en la mejor zona profesional de la Gran Ciudad. Ahora podía suponer cual era el origen de ese dinero. Estaba claro que no procedía de los ahorros de su padre, tal y como le dijo Tomás Carbajal. O quizás sí, pensó. Quizás el viejo que le había criado se estuviera refiriendo a los ahorros de su verdadero padre. Hasta ese momento, Raimundo no había pensado si su auténtico padre habría muerto ya, o aún seguiría vivo. Si investigase un poco podría descubrir su identidad y saber de quien se trataba y si aún vivía. Pero ¿quería saberlo realmente? Si cuando dejó preñada a su madre era un hombre mayor, lo natural es que ya hubiera muerto pero, al fin y al cabo, qué más daba. Tampoco tenía demasiado interés en saberlo. Fuera quien fuera ese hombre, lo cierto es que se había desentendido de él. Y, aunque hubiera asegurado su educación, Raimundo sintió en su interior un profundo desprecio por su auténtico padre. Este, le había abandonado a su suerte, dejándole vivir en un sótano bajo los cuidados de un pobre hombre: un curandero, según le había dicho Teresa. Mientras albergaba estos pensamientos, un rictus se instaló en la comisura de su boca. Era un gesto de orgullo, muy característico suyo, que asomaba a su rostro cada vez que pensaba en su infancia, y en las humillaciones que tuvo que sufrir a lo largo de su adolescencia. Pero, afortunadamente, todo eso ya había pasado y él, Raimundo Carbajal, estaba a punto de convertirse en alguien poderoso. Con gesto mecánico miró el Rólex que le había regalado Diego Castillo, y pensó que muy pronto tendría a su disposición un coche oficial con chófer, y dejaría su apartamento para vivir en un palacio. También tendría que dejar el bufete para dedicarse de lleno a su actividad como presidente del Territorio. Y, quien sabe, pensó, quizás más adelante tuviera que competir por la presidencia de la nación.

Estos pensamientos provocaron que Raimundo llegase al bufete con una sonrisa dibujada en la cara. Estrella celebró verle de tan buen humor, cosa nada habitual en su jefe, y enseguida le puso al corriente de la agenda que tenía prevista para esa jornada. Raimundo la examinó y pidió a su secretaria que desplazara la última cita a otro día, y que reservase mesa para dos en su restaurante favorito: “El loto azul”.

-Si es posible –le dijo- que sea la mesa del rincón, resulta más íntima.

Este comentario hizo que Estrella le preguntase con un gesto de malicia:

-¿Vas de conquista otra vez?

-No, que va, es sólo una cena de trabajo –respondió el joven guiñando un ojo-

-Pues ten cuidado –afirmó la secretaria siguiéndole la broma- espero que esta vez el “trabajo” te salga gratis.

Raimundo se metió en su despacho sin responder, y sonrió al recordar lo que le había pasado recientemente, cuando conoció a una espectacular mujer, tomando copas por la noche, que resultó ser una prostituta de lujo. Raimundo no se dio cuenta de la situación hasta que ésta le pidió los honorarios correspondientes. Y el joven, totalmente desconcertado, la echó de su apartamento con cajas destempladas. No tanto por prejuicios morales, que no tenía, sino por la gran cantidad de dinero que la mujer le pidió por acostarse con él. Cuando al día siguiente contó en el bufete lo que le había pasado, Mario y Estrella estuvieron todo el día riéndose a su costa. Y, desde entonces, no perdían ninguna ocasión para recordarle su metedura de pata.

Raimundo pensó que ése no iba a ser el problema de esa noche, pues Teresa no tenía nada que ver con la clase de conquistas que él solía hacer. Lo que realmente le preocupaba era la insólita atracción que sentía por aquella extraña joven. Una atracción que iba más allá del juego de la seducción sexual, y que entraba peligrosamente en el terreno de los sentimientos. Y esa era una parcela que él tenía perfectamente delimitada y acotada, y en la que figuraba un gran letrero que ponía: “Prohibido el paso”.

A sus 33 años, Raimundo nunca se había enamorado. Primero, no había tenido tiempo para hacerlo. Y luego no había surgido la ocasión. Durante su época de estudiante en la Universidad, había conocido a una chica que le gustaba. Pero ésta no le hacía ningún caso, ni él se había atrevido nunca a confesarle su afecto. Pensaba que aún no era el momento de comprometerse con nadie, porque antes debía terminar sus estudios y llegar a ser alguien importante. Durante toda la carrera trabajó muy duro para obtener buenas notas, y no tener nunca que volver a vivir en aquel sótano con su padre. Y aunque a veces pensaba que había sacrificado toda su juventud, se sintió orgulloso cuando, nada más terminar Derecho, pudo abrir su propio bufete y empezó a captar a su selecta clientela. Ahora se daba cuenta de que su vida había transcurrido tal y como él la había planificado. Y en ese proyecto que se había marcado, no había dejado espacio para las relaciones afectivas, porque una novia le habría hecho desviarse de su camino. Sin embargo, ahora que ya estaba social y profesionalmente instalado, y a punto de cumplir su sueño de entrar en la política, Raimundo creía que había llegado el momento de formar una familia. Él deseaba tener hijos y, para ello, necesitaba una mujer. Se daba cuenta de que, dentro del mundo de la política, no tener mujer e hijos era algo que no estaba bien visto. Su soltería, incluso podía inducir a alguien a pensar que era marica. Y eso era algo a lo que no iba a dar lugar. Necesitaba, urgentemente, una mujer a su lado. Pero no sólo para exhibirla en los actos sociales, sino para casarse con ella, para que fuera su esposa y la madre de sus hijos. Y quizás Teresa pudiera ser la mujer que estaba buscando. Dando rienda suelta a sus pensamientos, Raimundo decidió que habría que pulirla un poco. La apariencia contaba mucho en el mundo en el que se iba a desenvolver. La joven estaba muy bien, quizás demasiado baja. Pero poseía una insólita belleza, que no tenía nada que ver con los modelos al uso. Sin embargo, su descuidada forma de vestir, con esos grandes jerséis, esas botas de ganadero, y esos pantalones vaqueros tan raídos, desentonaban completamente en el vestuario de una primera dama. Unos golpes en la puerta de su despacho, hicieron que Raimundo bajara a la realidad. Era

Mario, dispuesto a despachar con él los numerosos asuntos que tenían pendientes. Después de hacer entrar a su pasante, Raimundo miró la hora en su magnífico reloj de acero y oro, y se dispuso a trabajar hasta el momento en que volviera a su apartamento para cambiarse ropa, antes de cenar con Teresa. Sólo con pensar en que volvería a ver a la joven, notó cómo su sexo le crecía en la entrepierna. Después de hacer un movimiento para acomodarlo en sus pantalones, Raimundo se metió de lleno en la consulta de los temas legales. Pero aún así, no pudo controlar su creciente excitación.

Teresa Campoamor se había levantado de muy buen humor ese día. A pesar de la inmensa responsabilidad que albergaba en su interior, había dormido de un tirón toda la noche y había logrado descansar plenamente. Cuando la despertó el ruido del tráfico que procedía de la calle, era ya bien entrada la mañana, y la joven saltó de la cama con una gran energía. Al abrir el balcón de la pequeña terraza de su habitación, comprobó que el día era luminoso y bastante cálido para esa época otoñal. Al sentir el contacto del sol en su piel, experimentó cómo la sangre fluía por sus venas con una gran vitalidad y, mientras se dirigía a la ducha, comenzó a tararear una canción cubana que tenía un ritmo muy pegadizo. Su abuela siempre le decía que cantar de viva voz era la mejor manera de alejar las penas. Le repetía que el sufrimiento, que era una cualidad de muy baja vibración, salía huyendo cuando se enfrentaba con la fuerza de algunas canciones. También solía decirle que, cuando se sintiera desgraciada, no se compadeciera nunca de sí misma. Sino que se pusiera ante el espejo y forzase a los músculos de su cara a esbozar una sonrisa. Al cabo de unos instantes, la tristeza se habría difuminado de su rostro y también de su interior. Según le reiteraba su abuela, lo interno y lo externo no son cosas distintas, sino las dos caras de una misma moneda. La anciana le decía siempre que, de la misma manera que

todo lo que sentimos en nuestro interior se refleja en nuestro cuerpo, todo lo que hacemos al cuerpo también tiene repercusión en nuestro interior. Con estos pensamientos en la mente, Teresa salió de la ducha y se miró al espejo. Al verse, pensó que ese día no tenía ninguna necesidad de forzar una sonrisa pues, por alguna razón que no acertaba a comprender, se sentía radiante. Y esa sensación luminosa se percibía en su mirada, y se desprendía de cada uno de los poros de su piel. Cuando terminó de vestirse, la joven cogió su pequeña mochila y se dirigió hacia la calle, con la intención de comprarse alguna ropa para la cena que esa noche compartiría con Raimundo Carbajal.

Dando un paseo, se encaminó a la zona comercial de la Gran Ciudad, y allí comenzó a mirar los escaparates. No tenía una idea precisa de lo que iba buscando. Pero estaba convencida de que, en el momento en que lo viera, sabría que esa era la ropa que quería comprar. Su abuela también le decía que no hiciera mucho caso a la moda del momento, pues era la ropa la que debía adaptarse a las personas, y no las personas a la ropa. Entró en unos grandes almacenes, y mientras recorría las distintas plantas, viendo modelos que no se pondría ni aunque le pagasen, Teresa no dejaba de pensar en la difícil tarea que tenía por delante, y en la oscuridad que la rodeaba. Lo primero que debía hacer era obtener de Raimundo la máxima información posible. Tenía que conocer exactamente qué cargo era el que iba a ocupar y, sobre todo, en qué momento se iba a producir su elección o lo que fuera. Pues era imprescindible saber de cuanto tiempo disponía para intentar deshacer el hechizo mortal que lanzarían contra él. Ahora lamentaba mucho que cuando Raimundo le habló en el tren de su futuro político, ella no le hubiera prestado más atención. Sin embargo, no era ésa parte la que más le preocupaba. Pues estaba segura de que, en cuanto ella sacase la conversación, él estaría encantado de contárselo, con todo lujo de detalles. Pues ya había notado que a Raimundo, como le pasaba a muchos hombres, le gustaba mucho escucharse. Y hasta engolaba la voz cuando manifestaba su opinión sobre algo.

Sin dejar de examinar prendas de un sitio y de otro, Teresa reflexionó sobre cual era la parte más complicada del asunto. Y tuvo que reconocer que lo que más le preocupaba, no era cómo iba a realizar el contraembujamiento. Sabía perfectamente lo que tenía que hacer, y también que no estaba en su mano ni el éxito ni el fracaso de la operación. Pues eran los poderes que actúan en este mundo los que decidirían el resultado. Lo que más le preocupaba, era la intimidad que debía fingir con Raimundo para conseguir los fluidos corporales que necesitaba para poder realizar su hechizo protector. Teresa se mostró preocupada porque controlaba bien el mundo de la magia. Pero tenía muy poca experiencia para desenvolverse en el mundo cotidiano de los seres humanos corrientes. Cuando fue iniciada como hechicera, su abuela la preparó para vivir en el mundo de una forma distante y desapegada, puesto que se necesitaba mucha energía y mucho poder para manejarse en el mundo de la hechicería. Y aunque podía tener las mismas emociones y sentimientos que cualquier persona normal, ella, como hechicera, los vivía de forma muy distinta. Su abuela le había alertado constantemente sobre el peligro de caer en las redes de las personas comunes. Y especialmente de los hombres. Y le advirtió de que cada vez que mantuviera relaciones sexuales, el hombre depositaría en ella una pequeña parte de su energía. Pero a cambio, se llevaría una cantidad muy importante de la que ella tuviera. Y no sólo eso, también le puso sobre aviso de la mutua dependencia que mujeres y hombres creaban entre ellos. La mujer –le dijo- creaba una dependencia emocional hacia el hombre. Mientras que éste generaba una gran supeditación sexual hacia la mujer, ya que es a través del sexo como los hombres vampirizan la energía de las mujeres. La anciana justificaba así la subordinación de algunos hombres hacia determinadas mujeres, generalmente con las que estaban emparejados, volviendo una y otra vez con ellas, aunque no sintieran amor ni tuvieran nada en común. Su abuela también le decía que la mayoría de las personas corrientes eran una especie de “brujos malignos”. Ya que practicaban la peor de la magia negra. La que consiste en esclavizar sutilmente a sus semejantes, para que los demás hagan lo que ellos

quieran. Ahora, recordando todas estas enseñanzas, Teresa se dio cuenta de lo poco que había vivido en el mundo cotidiano de las personas normales, ya que la anciana, al ser su maestra, la había protegido excesivamente de su contacto con los demás. La joven recapituló sobre las circunstancias que habían rodeado la pérdida de su virginidad. Para ella sólo había sido un ritual más, preparado minuciosamente por su abuela. Fue ella la que eligió al hombre que fornicaría con Teresa, por primera y última vez, ya que no había vuelto a copular con ningún otro. El elegido fue un santero cubano, Gabriel Olmo, que acudía a su casa con frecuencia para consultar con la anciana. Ni para ella ni para él hubo acto amoroso de ningún tipo. Sólo un ceremonial en el que aquel hombre, con delicadeza profesional y sumo cuidado, la hizo oficialmente mujer. Teresa, por su parte, no experimentó ni dolor ni placer. Se mantuvo todo lo desapegada que pudo, con más curiosidad que excitación, y cuando quiso darse cuenta, aquel hombre yacía a su lado, después de haber eyaculado dentro de su cuerpo. Aunque Teresa quiso comentar la experiencia con su abuela, ésta no se lo permitió. Sólo le dijo que tenía mucha suerte de haber perdido la virginidad con alguien con el que no crearía ningún tipo de dependencia. Pero también le advirtió de que esa fría experiencia no debía ser obstáculo, en un futuro, para que tuviera relaciones sexuales con alguien que la amase y a quien ella pudiera corresponder. Teresa aún no había conocido a esa persona. Y, sin embargo, ahora tenía que hacer el amor con Raimundo Carbajal, porque necesitaba su semen para contrarrestar el hechizo mortal que iban a lanzar contra él.

Algo malhumorada salió de los grandes almacenes, y se metió en una cafetería para comer. Mientras tomaba un plato combinado, Teresa se dedicó a observar a la gente que había alrededor. Se les veía despreocupados y ausentes. Aunque las mesas estaban muy juntas, nadie parecía fijarse en las personas que tenía al lado. Algunos, la mayoría hombres, comían solos. Otros lo hacían con sus parejas, y varias mujeres comían y reían juntas. Teresa se preguntó si sus vidas serían tan simples como aparentaban ser. Concluyó que era imposible saber qué es lo que se escondía

detrás de cada uno de esos rostros similares, que resultaban uniformes más allá de su parecida forma de vestir. Según su abuela, la mayoría de esas personas estaban como dormidas, y no eran conscientes de que vivían en una especie de laberinto onírico, del que no podían escapar, y cuyos sueños no se cumplirían jamás. Mientras estos pensamientos acudían a su mente, todo aquel lugar comenzó a difuminarse, y Teresa volvió a ver la escena desde afuera, como si no formase parte de ella. Sólo la insistente voz de un camarero, que le preguntaba si se encontraba bien, hizo que la joven regresara corporalmente a la cafetería. Tras informar al hombre, que la miraba con extrañeza, que estaba perfectamente, Teresa pidió la cuenta, la pagó, y se marchó. Nada más salir a la concurrida calle, pasó junto al escaparate de una tienda de modas, donde una maniquí vestía un traje de chaqueta y pantalón. Al verlo, supo de inmediato que ése era el conjunto que llevaría puesto por la noche, para cenar con Raimundo Carbajal. Con una satisfacción infantil reflejada en la cara, entró al comercio y se sintió muy contenta al encontrar lo que había estado buscando.



## Capítulo X

Teresa Campoamor llegó en un taxi a “El loto azul”. Cuando entró en el restaurante, Raimundo Carbajal ya la estaba aguardando en su mesa favorita, situada en un rincón del comedor. Al verla, el joven quedó gratamente impresionado. Teresa vestía un elegante traje de chaqueta y pantalón azul marino, que estilizaba su figura, y se había recogido en un moño su rizada melena blanca. Mientras ella era conducida hasta la mesa por un camarero, Raimundo pensó que no parecía la misma. Estaba muy guapa, y su ropa se parecía mucho más a la que podría llevar una primera dama. Mientras se acercaba, él no pudo evitar mirarle a los pies, y comprobó con satisfacción que había cambiado sus gastadas botas por unos modernos botines de color crema, con un poco de tacón. Cuando Teresa llegó hasta donde él estaba, Raimundo se levantó y, con una amplia sonrisa, la saludó efusivamente, besándola en las mejillas. Ella, un poco desconcertada ante tanta familiaridad, sonrió a Raimundo y ocupó el asiento que quedaba libre en la mesa. Nada más sentarse, echó un rápido vistazo al comedor y comentó que el sitio era agradable y resultaba muy acogedor. A petición de Teresa, fue él el que encargó la cena y eligió el vino, después de consultar la carta. Cuando el maitre los dejó solos, se produjo un breve pero incómodo silencio, que los dos quisieron romper hablando al mismo tiempo. La coincidencia provocó que ambos se echasen a reír. Desde ese momento, el hielo quedó roto y la conversación, aunque intrascendente, empezó a fluir con normalidad. Raimundo, que era el que llevaba la iniciativa, empezó a interesarse por cómo se vivía en La Habana. Antes de que la joven llegara se había hecho el firme propósito de no hablar con Teresa de política ya

que, según había detectado en el tren, a ella, no sólo no le interesaba el tema, sino que le aburría. Y no era cuestión de espantarla en la primera cita. Sobre todo, pensando que en un futuro, quizás no muy lejano, ella podría ser alguien importante en su vida. Mientras cenaban y proseguían con la charla intrascendente, los jóvenes no dejaban de observarse con cierta curiosidad. Al tenerla allí tan cerca, Raimundo empezó a sentir otra vez una gran excitación sexual. La misma que, durante todo el día, le había provocado el sólo pensamiento de que iba a cenar con Teresa. Por su parte, la joven vio en Raimundo, por primera vez, rasgos de humanidad. La frialdad que habitualmente se escondía tras aquellos ojos azules dio paso a una mirada cálida, de la que se traslucía cierto afecto hacia ella. Este descubrimiento la perturbó un poco, ya que su relación con aquel hombre sólo era circunstancial, y no deseaba alentar ninguna otra expectativa por su parte. La posibilidad de que Raimundo pudiera enamorarse de ella le provocó un escalofrío en la columna vertebral, que la hizo estremecerse en su asiento. Esta reacción física inesperada, que no pasó desapercibida a Raimundo, hizo que Teresa decidiera tomar la iniciativa de la conversación, para obtener toda la información que necesitaba y acabar con aquello lo antes posible. Por eso, en cuanto el joven le dio oportunidad de hablar, sin que la interrupción pareciera grosera por su parte, Teresa le preguntó directamente:

-¿Y qué me dices de tu futuro político? ¿Qué es lo que te van a nombrar exactamente?

El giro tan brusco que Teresa dio a la conversación pilló de improviso a Raimundo quien, con toda honestidad, confesó su desconcierto.

-Vaya, yo había decidido no hablar de eso contigo. Creí que la política no te interesaba.

-Y no me interesa –se apresuró a decir Teresa- pero me gustaría saber qué es lo que te van a nombrar, a elegir... o lo que sea. Me intereso por ti –añadió- no por la política. Nada más pronunciar estas palabras, Teresa se arrepintió de haberlas dicho, por si daban lugar a algún tipo de malentendido. Pero ya era demasiado tarde y notó cómo el

interés que había confesado sentir por él, provocó en Raimundo una gran animación. Con una fluidez verbal incontenible, éste le explicó a Teresa, con todo lujo de detalles, cómo iba a cambiar su vida cuando, unos días después, fuera designado oficialmente como candidato a la presidencia del Territorio. Cuando Teresa escuchó que faltaba tan poco tiempo para la Convención del Partido, dejó de prestar atención a la verborrea de Raimundo, mientras urgía a su mente sobre la necesidad de trazar un plan. En su interior resonaba una voz, ajena a su persona, que le repetía con urgencia: “No hay tiempo que perder. Tienes que actuar ya”. Escuchando esa voz interna, Teresa cayó en la cuenta de que quizás tendría que hacer el amor con Raimundo esa misma noche, sin más dilación. Al pensar en esa posibilidad, sintió una contracción en el estómago, fruto de una especie de pánico que se reflejó en su rostro. Raimundo se dio cuenta de que algo le pasaba y le preguntó:

-¿Te encuentras bien? Te has puesto muy pálida.

-Me he mareado un poco –respondió Teresa- debe ser por el vino. No tengo costumbre de beber. Si me perdonas, voy un momento al baño. Me echaré agua en la cara a ver si se me pasa –añadió forzando una sonrisa-

La joven se dirigió hacia los servicios, y Raimundo no pudo evitar mirarle descaradamente el culo mientras la veía alejarse. Al quedarse solo en la mesa, sintió que Teresa le gustaba mucho. Algo tenía aquella cubana que le provocaba una gran excitación. Y no es porque fuera una mujer espectacular, pero era indudable que poseía un sólido e indeterminado atractivo. Algo que excedía su aspecto físico. Como una fuerza que emanaba de su interior, y le proporcionaba una extraña belleza. Pensando en las cualidades de la joven y en lo a gusto que se sentía con ella, Raimundo tomó una repentina decisión: “Le pediré que se case conmigo” –dijo para sus adentros- Ante la rotundidad de sus propios pensamientos, el joven sonrió y continuó su monólogo interno: “Pero no esta noche, claro. Primero tenemos que conocernos un poco mejor. Una buena fecha para la boda sería el año que viene- especuló- Quizás durante la campaña electoral. Sí –añadió satisfecho consigo mismo-

esa sería una fecha perfecta, y a mí me reportaría una buena promoción, a la gente le encantan las bodas”.

Ajena a los pensamientos de Raimundo, Teresa llegó al servicio de señoras y se fue derecha hacia los lavabos para salpicarse la cara. El contacto del agua fría con la piel le sentó bien. Sin embargo, sabía que era insuficiente para eliminar la inquietud que se acababa de instalar en su pecho. Después de secarse la cara con una toalla de papel, realizó unas respiraciones profundas para clamar su creciente agitación interna. Ya mucho más tranquila, se observó en un gran espejo que había sobre los lavabos, y mientras hacía como si se arreglase el moño, sopesó fríamente la situación. Por la información que le había facilitado Raimundo, supuso que el rival político de éste querría deshacerse del joven antes de que le propusieran como candidato en la Convención del Partido. Y para eso faltaba muy poco. Aunque Teresa ignoraba quien era el hechicero que lo iba a hacer, lo más probable es que éste siguiera los pasos habituales en estos casos. Primero empezaría a dañar el cuerpo físico de Raimundo, y simultáneamente debilitaría su cuerpo etéreo, unos días antes de realizar el conjuro mortal. Lo que le extrañaba es que, faltando pocos días para la Convención, Raimundo no hubiera experimentado todavía ningún malestar. “O quizás sí –especuló Teresa para sus adentros- pero no le ha dado ninguna importancia. Tendré que arreglármelas para preguntarle si se ha sentido mal. Lo que está claro es que no hay tiempo que perder” –concluyó saliendo vigorosamente de los servicios-

Cuando Teresa regresó a la mesa, Raimundo estaba pidiendo los cafés y le preguntó si prefería alguna infusión.

-No, no, un café estará bien.

Cuando el camarero se marchó, Teresa dijo:

- No sé qué es lo que me ha pasado. A veces me siento indispuesta sin ningún motivo aparente. ¿A ti no te pasa lo mismo?

-Pues no. Yo me pongo enfermo muy pocas veces – respondió Raimundo-

-¿Y últimamente no has sentido ninguna indisposición? No sé, algún dolor concreto, cierto malestar general o algo parecido –insistió Teresa queriendo llevar la conversación al terreno que le interesaba-

- Pues no –añadió el joven, un poco extrañado ante el repentino interés que mostraba Teresa por su salud- Anoche tuvo un sueño muy raro y esta mañana me he despertado empapado en sudor...

- ¿Ah sí, qué clase de sueño? –se interesó ella-

-La verdad es que no lo recuerdo. Sólo te puedo decir que... Bueno, soñaba contigo, pero no sabría darte más detalles. Se me ha olvidado por completo.

Teresa decidió no seguir indagando más, por si Raimundo había tenido un sueño erótico con ella y acababa contárselo. Ya había obtenido la información que quería y sabía que, al menos de momento, el hechizo no había empezado a operar en Raimundo. Pensó que eso le daba una ligera ventaja, siempre y cuando actuase con rapidez esa misma noche.

Continuaron con la charla intrascendente y mientras esperaban que se cobrasen la cuenta de la tarjeta de crédito de Raimundo, éste le propuso que fueran a su apartamento a tomar una copa. En otras circunstancias Teresa hubiera puesto una excusa, y la velada se habría terminado allí, pues no tenía la más mínima intención de intimar con aquel hombre. Sin embargo, las circunstancias la obligaban, no sólo a aceptar aquella invitación, sino a mostrar un interés por Raimundo que en realidad no tenía. Y esto era algo que la alteraba mucho, pues nunca, hasta ese momento, había tenido ninguna necesidad de fingir. Ni sobre sus sentimientos ni sobre ninguna otra cosa. Su abuela siempre le había dicho que la mayoría de las personas se pasaban la vida fingiendo o disfrazando sus auténticos sentimientos. Pero ése era un comportamiento que ella no conocía, puesto que había sido educada para desenvolverse en el mundo de la hechicería. Un mundo de libertad, que no tenía nada que ver con la esclavitud de tener que fingir, para lograr algún beneficio o influir sobre la vida de los demás. Por eso no quería que las cosas se complicaran esa noche más

allá de lo necesario. Su cometido en esta historia era proporcionar a Raimundo toda la protección de la que fuera capaz, para que el hechizo mortal no acabase con su vida. Lamentablemente, necesitaba el más poderoso de sus fluidos corporales, su semen, para realizar el contraembujamiento. “Y para conseguirlo –pensó- tendré que follar con él”.

Mientras se dirigían en el coche de Raimundo hasta su apartamento, los dos jóvenes permanecieron en silencio. El trayecto no era muy largo, y enseguida entraron a su edificio por el garaje que había situado en la planta baja y, desde allí, cogieron un ascensor que les llevó hasta la puerta de su piso. Raimundo entró primero para ir encendiendo las luces, y Teresa lo hizo a continuación. Cuando atravesó un escaso pasillo y llegó hasta el salón, la joven pensó que aquella estancia reflejaba muy bien la fría y distante personalidad de su anfitrión. En ella no había ningún elemento que denotase que la casa fuera algo parecido a un hogar. No tenía ninguna planta, ninguna fotografía. Las paredes eran de un tono cremoso y estaban desnudas de cuadros. El color que predominaba en los muebles de la habitación era el marrón oscuro, y la estancia se veía desordenada aunque, si te fijabas, no había nada fuera de lugar. Faltaba armonía y el lugar se veía poco acogedor y falto de calidez. Teresa recordó en esos momentos lo que su abuela siempre le decía: que la habitación donde uno duerme, o la casa donde vive, es un fiel reflejo del interior de las personas que la habitan. Y, efectivamente, según pudo comprobar la joven, aquel salón decía mucho de la gélida personalidad de Raimundo. Al pensar en ello, su percepción fue tan intensa que sintió un escalofrío recorriendo su columna vertebral. Raimundo notó su estremecimiento, y se apresuró a encender la calefacción eléctrica que tenía el apartamento.

- La casa está un poco fría –dijo a modo de justificación- como no paso mucho tiempo aquí, al entrar se nota fresco. Pero como no es muy grande, enseguida se caldea.

Después de invitar a Teresa a que tomase asiento en el sofá, Raimundo le preguntó qué es lo que le apetecía beber. Ella nunca bebía alcohol y, además pensó que debía mantener la cabeza fría, por lo que le pidió un poco de agua.

-¿Agua? –se sorprendió Raimundo- Hasta en eso eres una chica extraña. Te traeré una tónica. No tengas cuidado –añadió con tono irónico- con eso no te vas a emborrachar.

Mientras se dirigía a la cocina para coger hielo y unos vasos, Raimundo se arrepintió de haberle dicho a Teresa que era extraña, y pensó que debía disculparse. Al volver al salón le dijo torpemente:

-Perdona por lo que te he dicho antes. ¿No te habrá molestado? En realidad era un piropo. No quería decir que fueras una chica rara, sino que no eres como la demás.

Teresa no se había molestado en absoluto por las palabras de Raimundo. A decir verdad ni siquiera les había prestado mucha atención, porque su mente estaba centrada en otra cosa. En saber si Raimundo tendría en su casa preservativos, para que ella pudiera disponer de su semen después de la eyaculación.

-No te preocupes, no me has ofendido –respondió mientras esbozaba una sonrisa- Mi abuela siempre decía que sólo se ofenden por lo que dicen los demás, las personas que se consideran muy importantes. Y ese no es mi caso. También repetía un refrán español, que tú debes conocer: “No ofende quien quiere, sino quien puede”. Así que no te preocupes, porque tú no puedes ofenderme.

Al decir estas últimas palabras, Teresa fue consciente de que Raimundo las iba a tomar como si fueran un cumplido, a pesar de que ella las había dicho en otro sentido. Mientras observaba su cara de regocijo, sintió cierta lástima al comprobar lo fácil que era satisfacer la vanidad de alguien, cuyo ego estaba tan hinchado como el de aquel joven. Si su abuela lo hubiera tratado, lo habría definido como un globo que se desinfla al menor pinchazo. Mientras Raimundo se preparaba un cuba libre, en honor de Teresa, según dijo, ella continuó observándolo detenidamente. Era evidente que quería impresionarla. Todos sus movimientos, sus palabras y sus gestos corporales,

formaban parte de la danza del cortejo de un macho para conseguir a la hembra. A Teresa le resultó patético, y nuevamente volvió a sentir cierta lástima por aquel joven, que no debía parecerse en nada a la persona que lo había criado como si fuera su hijo. Pensó en Tomás Carbajal, y no pudo entender que un hechicero como él hubiera educado a alguien como Raimundo. Le resultaba difícil comprender por qué “El Brujo”, no sólo no había iniciado a su hijo en el mundo de la magia, sino que había permitido que creciera lleno de arrogancia y orgullo. Aunque quizás Tomás, al igual que su abuela, fuera de la opinión de que no hay que intervenir en el destino de los demás. La anciana le había explicado muchas veces a Teresa la suerte que había tenido. Ya que si ella la había aceptado como aprendiz y la había iniciado en la hechicería, no era porque fuera su nieta. Sino porque el poder que gobierna este mundo la había señalado. Y si no hubiera sido así, Esperanza Milagros no habría podido ejercer como su maestra.

Los pensamientos de Teresa quedaron interrumpidos cuando Raimundo se sentó junto a ella en el sofá, llevando dos vasos en la mano. Le ofreció el que sólo llevaba tónica, mientras que él tomaba pequeños sorbos de su cuba libre. Después, ambos dejaron los vasos sobre una mesita que había delante del sofá, y se miraron sonriendo, tratando de romper el silencio que se había instalado en la habitación. Raimundo le preguntó entonces si quería que pusiera música. La joven respondió que le daba igual, mientras para sus adentros pensaba que quería acabar cuanto antes con aquella absurda escena. Por eso no opuso ninguna resistencia cuando Raimundo, después de poner en el equipo una insulsa melodía, decidió pasar directamente a la acción y le tomó una mano. Era la primera vez que un hombre le tomaba la mano y la miraba de aquella manera que lo hacía Raimundo, por lo que Teresa no pudo evitar un estremecimiento. Esta ligera sacudida en su cuerpo, le sirvió de excusa a él para echarle el brazo por los hombros y atraerla hacia su cuerpo, mientras le decía:

-No tengas frío, yo te haré entrar en calor.



Teresa se dejó abrazar sin decir una palabra, y casi sin darse cuenta notó cómo los labios de Raimundo se posaban sobre los suyos. Al principio con delicadeza, para enseguida dar lugar a un apasionado beso, mientras la lengua de él se introducía en la boca de la joven. Aquel ardoroso beso pilló por sorpresa a Teresa, quien notó la gran excitación que tenía el joven. Raimundo, sin dejar de besarla y abrazarla, había introducido su mano por debajo de la chaqueta de Teresa, y estaba acariciándole el pecho. Después, deslizó esa misma mano hasta una de sus rodillas, por encima del pantalón, y poco a poco la subió por sus muslos hasta acariciar sus genitales. Fue entonces Teresa la que experimentó una gran excitación sexual, y esto la dejó muy desconcertada. A partir de ese momento intentó recuperar el control de una situación que, según estaba viendo, cada vez se le iba más de las manos. Haciendo verdaderos esfuerzos para no caer rendida en los brazos de Raimundo, Teresa consiguió balbucear:

-No vayas tan deprisa, por favor.

La voz le salió muy débil, pero aún así surtió el efecto deseado. Raimundo se frenó en seco y, un poco avergonzado, le respondió:

-Perdona, ¿te he hecho daño? No me había dado cuenta. Es que me pones a cien. Me gustas mucho ¿sabes? –añadió mientras la besaba cariñosamente en la frente y le levantaba la barbilla-

Al oír esto, ella alzó la cabeza y sus miradas se cruzaron. Lo que Teresa vio entonces, a través de los ojos azules del joven, no tenía nada que ver con lo que había visto otras veces. En esos momentos, las pupilas de Raimundo estaban dilatadas y su mirada reflejaba la inocencia de un niño. Un niño perdido que buscaba en el fondo de los negros ojos de Teresa, una luz que pudiera conducirle en la oscuridad. Y aunque ella desconocía lo que era el amor, en ese preciso instante, al mirarle, estuvo segura de que podría llegar a amar a aquel hombre. Este pensamiento la llenó de espanto. Pero aún se sintió más aterrorizada al ver cómo Raimundo se llevaba de pronto las manos a su estómago, y se doblaba con un gesto de dolor.

-¿Qué te pasa? –preguntó Teresa casi gritándole, con gran urgencia en la voz.

-No lo sé –respondió el joven en un susurro, mientras mantenía la postura encogida-  
me duele mucho.

Con cara de pánico, Teresa le ayudó a tumbarse en el sofá. Ella sí sabía lo que le  
estaba pasando: El hechizo había empezado a actuar.

## Capítulo XI

Gabriel Olmo sujetaba con su mano izquierda la figura de cera que representaba a Raimundo Carbajal. Con la mano derecha sostenía un alfiler que iba clavando, una y otra vez, bajo el ombligo de la figurita. El santero realizaba su hechizo alumbrado por la luz de una vela negra, mientras miraba fijamente la foto de Raimundo que le habían facilitado, y murmuraba unas palabras ininteligibles. Junto a él, se encontraba el reloj que Diego Castillo había conseguido quitarle a Raimundo, al cambiárselo por otro de mucho más valor. No era ésta la primera vez que Gabriel Olmo hacía un sortilegio mortal. Ya lo había realizado en otras ocasiones y, a excepción de una sola vez, siempre con éxito. El poder que demostraba para culminar este tipo de hechizos, y su falta de escrúpulos para hacerlos, no le granjeaba mucho cariño por parte de otros santeros. Aunque sí un gran respeto. O quizás habría que decir temor. Gabriel Olmo era un santero temido por todos. Su aspecto físico era impresionante. Medía casi dos metros y su complexión era fuerte, pero su cuerpo se mantenía flexible y ágil, hasta el punto de que parecía mucho más joven de los 40 años que acababa de cumplir. Su piel era muy morena, así como su pelo, que llevaba siempre muy corto. Pero lo que más llamaba la atención de él era su nariz aguileña y sus ojos penetrantes. Su mirada era terrible. Sólo con ella podía poner la piel de gallina a cualquiera. Él lo sabía y la utilizaba para hacerse temer. Ya desde niño la fiereza de sus ojos llamaba la atención, y provocaba que sus compañeros le temieran. Nadie quería jugar con él. Su padre, un marinero borracho que le pegaba continuamente, al igual que hacía con su mujer, le dijo un día que con esa mirada nunca le querría nadie. “Sólo puedes conseguir que te tengan miedo. Tienes cara de

malo. Lo mejor que puedes hacer es actuar como si lo fueras, porque nadie va creer que eres una buena persona". Estas palabras de su padre impresionaron vivamente al pequeño Gabriel quien, a partir ese momento, se dedicó a ejercer oficialmente de malvado. Siendo muy joven empezó a interesarse por la santería y, como si estuviera predestinado a este conocimiento, empezó a practicar su magia controlando las vidas de los demás. La falta de cariño quedó así compensada por el desarrollo de un inmenso poder, que le hacía parecer lejano y altivo a los ojos de sus semejantes. Y así era en realidad. Gabriel Olmo ya no pertenecía a este mundo, y todo lo relacionado con él se le antojaba distante y extraño. Sin embargo, seguía practicando la santería y aceptando encargos, como el hechizo que ahora estaba dirigiendo contra Raimundo Carbajal.

Cuando terminó de clavar los alfileres sobre la figura de cera, la envolvió en un paño de terciopelo negro, y la metió, junto con el reloj y la foto de Raimundo, en una caja de madera, que colocó después en un pequeño baúl, flanqueado por cuatro velas blancas. Una vez terminado el hechizo, Gabriel abandonó aquella pequeña habitación interior con el suelo de tierra, que permanecía siempre a oscuras, y cerró la puerta con llave. Al salir del cuarto una intensa luz solar, que se colaba por las ventanas de su casa, le hizo guiñar los ojos. El hechizo que acababa de iniciar debía llegar a Raimundo al filo de la medianoche, y la diferencia horaria con España le había obligado a Gabriel a realizarlo por la tarde. Antes de salir a la calle para dar su acostumbrado paseo vespertino, se lavó las manos en la pileta del patio, que compartía con otros vecinos de la casa, y sacudió repetidamente los dedos para arrojar de su cuerpo la energía que pudiera haber quedado atrapada con el hechizo. Aún con las manos mojadas se las pasó por la cara y el pelo y después se las secó con un trapo viejo que había junto a la pileta. Al salir a la calle sus ojos vieron el mismo panorama de todos los días. Una gran cantidad de turistas recorría las callejuelas empedradas de La Habana Vieja. La casa donde él vivía era una de las más típicas y destartaladas de la zona. Y estaba acostumbrado a ver cómo los visitantes se

detenían ante su puerta, para hacerse fotos ante los desconchados zócalos azules de la fachada. En ocasiones, Gabriel se quedaba observándolos fijamente, hasta que su penetrante mirada les infundía un gran temor, y se marchaban de allí de forma apresurada. A él no le gustaban los turistas que cada día visitaban esa parte de la isla. Muchos de ellos se trasladaban a Cuba para mantener relaciones sexuales con las mulatas, aprovechándose de la extremada pobreza en la que éstas vivían. Eran los mismos europeos adinerados que utilizaban su viaje turístico al Caribe para participar en rituales de vudú, o para encargarse hechizos contra sus enemigos. Él los conocía muy bien y durante muchos años había sentido un gran desprecio por esta gente. Ahora sólo experimentaba indiferencia. Continuaba atendiendo los encargos que le llegaban, pero ya no se sentía partícipe de ellos. Sólo se consideraba un instrumento en manos del destino; un testigo que hacía su papel sin prejuzgar los resultados. Había aprendido todo lo relacionado con la santería siendo el discípulo de una gran hechicera, Esperanza Milagros Valle. Ella le había enseñado a desplegar un gran poder sobre sus semejantes, pero también le había advertido de la sinrazón de manipular las vidas ajenas. Sin embargo, Gabriel Olmo no tenía el mismo punto de vista que su maestra, y eso los había ido distanciando poco a poco. La mujer había llegado a la conclusión de que no se debía intervenir en la vida de los demás, y durante los últimos veinte años, desde que tuvo que hacerse cargo de su nieta Teresa, se había negado a realizar cualquier tipo de brujería que pudiera afectar de forma negativa a sus semejantes.

Mientras paseaba camino del Malecón, sorteando las terrazas instaladas en la calle repletas de turistas, Gabriel recordó lo mucho que Esperanza Milagros y él habían discutido sobre este asunto. Para su maestra, la finalidad de cualquier ser humano en esta vida era la de alcanzar la suprema libertad y la unidad con el Todo. Y, según le decía, eso sólo puede lograrse si te mantienes al margen de las luchas del mundo, aunque vivas en él, y ahorras la energía suficiente. Pero si te implicas en los problemas mundanos, y utilizas tu energía para intervenir en la vida pública o de los

demás, nunca podrás llegar a ser realmente libre, porque siempre estarás condicionado por el exterior. Gabriel creía que esta forma de pensar de su maestra implicaba un criterio moral. Para él, lo más importante era no juzgar. Su brujería era fría e impersonal. Abstracta, ni buena ni mala. Eran los demás, y no él, los que juzgaban los resultados de su magia como positivos o negativos. Él vivía sin valores, sin criterios morales. No servía ni a dios ni al diablo. Sólo servía a la vida, y ésta era una moneda de dos caras, en la que convivían la luz y las tinieblas. Pero él no era quien para juzgarla, ni para estar a favor o en contra de nada. Recordando las largas discusiones que mantenía con su maestra, Gabriel llegó junto al mar y contemplando el movimiento rítmico de las olas, sintió una gran nostalgia por la ausencia de la mujer que le había enseñado los misterios de la existencia. Salpicado por la espuma salada que bañaba el malecón, revivió el momento en que la conoció allí mismo, cuando él era un joven lleno de odio y orgullo. Aquella mujer, no sólo había sido su maestra, sino que era la única persona que le había aceptado tal como era, y le había mostrado cariño durante toda su vida. La añoranza de ese amor desinteresado hizo que a Gabriel se le pusiera un nudo en la garganta al recordar la última discusión que tuvieron, sólo unos días antes de que Esperanza Milagros muriera. Llevaba varios meses sin visitarla, porque cada vez que se veían la anciana le reprochaba que siguiera realizando hechizos mortales. Ese día, harto de sus recriminaciones, y con el único objeto de molestarla, Gabriel le contó, con toda la frialdad que pudo y presumiendo de su poder, cómo muy pronto iba a lanzar otro hechizo mortal contra un tal Raimundo Carbajal, encargado por un rival político. Aunque también él tenía mucho cariño a su maestra, a veces se enfrentaba a ella sólo para no tener que admitir que los reproches de aquella mujer le afectaban más de lo que estaba dispuesto a reconocer. Era su forma de provocarla, y también una manera de reafirmarse en su autonomía, frente a los criterios de la anciana. Sin embargo, aquel día su maestra no respondió a sus provocaciones, no discutió con él y tampoco intentó persuadirle para que no llevase a cabo aquel hechizo mortal. Recordando ahora la escena, Gabriel se

dio cuenta de que el proceder de la anciana había sido muy raro. Ese día, Esperanza Milagros se quedó callada y dio muestras de estar muy afectada. En esos momentos Gabriel pensó que era la enfermedad la que estaba haciendo mella en el ánimo de su maestra, y ésta se sentía cansada para discutir con él. Pero ahora, al recapitular sobre la extraña reacción de la hechicera, Gabriel pensó que su comportamiento no fue normal y que él no supo entender entonces qué era lo que le pasaba... Y tampoco lo comprendía ahora. Con la mirada perdida en el horizonte, Gabriel recordó en esos instantes las únicas palabras que pronunció su maestra, mientras esbozaba una ligera sonrisa: "Otra vez el laberinto –dijo- los caminos vuelven a cruzarse". Hasta ese momento, Gabriel había olvidado por completo aquellas palabras, y ahora se preguntaba qué habría querido decir su maestra.

Con esta pregunta rondándole en la cabeza, el santero llegó hasta unas escondidas rocas, en las que solía sentarse frente al mar. Aquel era un lugar al que acudía con frecuencia buscando soledad, fuera de las indiscretas miradas de los turistas que solían pasear por el malecón. Cuando se acomodó, procuró dejar la mente en blanco y adoptó una actitud receptiva, en espera de alguna respuesta a la pregunta que se había instalado en su mente. El sonido de las olas chocando contra las piedras le proporcionó una gran tranquilidad interna. Todo estaba bien. El mundo era perfecto. El agua, siempre en movimiento, iba y venía rítmicamente. Admirando aquel paisaje se podía advertir cómo la fuerza de la vida impregnaba todas las cosas. Una vida que no podía percibir como buena ni mala, pero sí tremendamente poderosa. Y él se identificaba totalmente con esa vida. Con esa fuerza en movimiento que hacía que cada instante fuera distinto del siguiente. Gabriel cerró los ojos y se dejó llevar por el sonido de las olas. Y fue en ese estado de conciencia cuando notó intensamente la presencia de su maestra, como si ella estuviera en ese mismo lugar. Sobresaltado por esta experiencia tan vívida, Gabriel abrió los ojos y miró rápidamente a un lado y a otro buscando a la anciana. Allí no había nadie, sin embargo, tenía la absoluta certeza de que su maestra estaba intentando comunicarse con él, y pensó que para ello utilizaría

su cuerpo etéreo. Su respiración se volvió tan acelerada, que tuvo que separar los labios para recibir una bocanada de aire. Durante unos minutos practicó una respiración tranquilizadora, tratando de serenar su mente para poder captar el mensaje de su maestra. Pero no pudo percibir nada que no fueran sus propios pensamientos, y el rítmico sonido de las olas del mar estrellándose contra aquellas rocas. Transcurrido cierto tiempo, y un poco decepcionado, Gabriel decidió dejar aquel lugar y volver de nuevo a su casa. Sin embargo, cuando iba a emprender el regreso, una orden que no admitía réplica se introdujo en su mente con la fuerza y la precisión de una flecha lanzada desde otros mundos: "Busca a Teresa".

Desconcertado, pero obediente, Gabriel abandonó el Malecón para dirigirse a la casa donde Esperanza Milagros vivía con su nieta, a la que no había vuelto a ver desde el día en que visitó a su maestra, antes de que ésta muriera. Mientras caminaba con las manos en los bolsillos, ajeno al bullicio de la calle, Gabriel recordó a aquella muchacha vitalista de pelo blanco, a la que había hecho perder la virginidad. Por expreso deseo de su abuela, él nunca había intimado con aquella joven, aunque sentía un gran aprecio por ella. Sin embargo, la anciana se había encargado de mantenerlos alejados al uno del otro. Gabriel sabía que Esperanza Milagros había iniciado a Teresa en la hechicería, pero no tenía ni idea de si la joven conocía que él había sido el aprendiz de su abuela, o simplemente le consideraba un conocido. Para él había supuesto un honor que su maestra le hubiera elegido para hacer perder la virginidad a su nieta, y cuando se acostó con ésta procuró poner lo mejor de él mismo en aquel iniciático acto sexual. A pesar de que era consciente de que se trataba de un ritual, en el que no debía implicarse emocionalmente para no crear ningún tipo de dependencia con la muchacha. Aunque era un brujo y hacía ya muchos años que no mantenía relaciones sexuales con mujeres, porque canalizaba su energía para destinarla a la búsqueda de la libertad, el contacto que mantuvo con Teresa le impresionó vivamente. Por primera vez en su vida había experimentado con ella algo que no había sentido al acostarse con otras mujeres. Una especie de comunión de



almas, que iba mucho más allá del contacto carnal. Ahora, reviviendo aquellos momentos, Gabriel se preguntaba por qué su maestra le ordenaba que buscara a Teresa. Mientras seguía caminando por las calles de La Habana Vieja, para llegar hasta la casa donde vivía la joven, Gabriel iba notando cómo se producían ciertos cambios en su interior. De pronto fue consciente de que su vida carecía de sentido, y este sentimiento le pilló de sorpresa y le sumió en una gran confusión. Era un hechicero y podía ejercer un gran control sobre la vida cotidiana. De hecho, estaba muy por encima de los asuntos mundanos. Sin embargo, el poder que tenía no le hacía más fácil la existencia. Su vida era solitaria y sombría. Desde que se había distanciado de su maestra, no había experimentado cariño por nadie, ni había recibido de los demás la más mínima muestra de afecto. La gente le tenía miedo y no sabía lo que era el contacto de una mano amiga. Un poco molesto consigo mismo por albergar estos pensamientos, Gabriel intentó arrojarlos de su mente. Pero no pudo. Algo en su interior le obligaba a seguir examinándose a sí mismo, aún en contra de su voluntad. Cansado de luchar contra esa voz interior, que surgía de lo más profundo de su conciencia, Gabriel se rindió. Y al hacerlo, notó como si algo cediera dentro de él dando paso a un aluvión de dudas sobre su vida. Dudas que, hasta ese momento, había conseguido tener bajo un férreo control. Abrumado ante esa avalancha de sensaciones desconocidas, Gabriel se detuvo unos instantes, se apoyó en una pared para descansar y se preguntó en voz alta: “¿Qué me está pasando?”. Fue entonces cuando volvió a escuchar la voz de su maestra con toda nitidez que, con un tono cariñoso, le decía: “Deja ya de luchar contra ti mismo. Entrégate a la vida”. Como si un muro se hubiera derrumbado en su interior, Gabriel Olmo empezó a llorar.

Por unos momentos, todo lo que había sido su vida desfiló ante sus ojos, y mientras seguían fluyendo las lágrimas se dio cuenta de que el personaje altivo, distante y perverso que había sido, no tenía nada que ver con su auténtica naturaleza. Era solo una máscara que había estado utilizando para no mostrar su verdadero rostro, para no ser vulnerable a los ojos de los demás. El espectáculo de un hombre

tan grande llorando desconsoladamente en una esquina, provocó que algunas personas se detuvieran, a cierta distancia, para mirarlo con curiosidad. Pero a Gabriel no le importaba. Por primera vez, desde que había sido un niño, se sintió completamente libre para vivir sus sentimientos, y experimentó una especie de liberación por dentro. Sintió que sus músculos se aflojaban, hasta el punto de que perdió las fuerzas para sostenerse, y casi se deja caer en el suelo. La gente que lo miraba hacía comentarios sobre si estaría borracho. Pero a Gabriel le daba lo mismo. No le importaba nada la gente. En esos momentos se dio cuenta de que, aunque no lo pareciera, siempre había vivido pendiente de los demás. Su maestra tenía razón, no merecía la pena influir en las vidas ajenas. Él siempre había creído que vivía por encima de los demás, que no le afectaban las cosas mundanas, que su brujería era impersonal, que estaba libre de prejuicios. Pero ahora, en ese mismo instante, se daba cuenta de que se había estado engañando, porque no era así. Durante toda su vida había provocado miedo en los demás, para que la gente le respetara, para seguir inflando su ego. Y esa había sido su esclavitud. Se había atado a una forma de actuar que sólo era una representación. Tan bien hecha, que él mismo se la había creído. No sólo había engañado a todo el mundo, sino que también se había engañado a sí mismo. Sin fuerzas para sostenerse, Gabriel Olmo se dejó caer en el suelo, y apoyó su espalda en el zócalo de la pared. De sus ojos seguían brotando lágrimas en abundancia, que aliviaban la gran tensión emocional que sentía por dentro. Los curiosos continuaban paseándose a su alrededor, pero ya casi nadie le hacía caso. Él tampoco los miraba. Cerró los ojos y se quedó quieto en aquel lugar, con la mente en blanco, hasta que se durmió.

No habría sabido precisar cuanto tiempo permaneció tirado en el suelo, cuando se despertó bruscamente. Pero ya era noche cerrada. Recobrando sus fuerzas, Gabriel Olmo se puso de pie y se sacudió la ropa. Tras unos momentos de perplejidad, recordó con total nitidez todo lo que había experimentado y, con paso firme, se encaminó hacia la casa de su maestra. Al llegar allí, vio que estaba cerrada y que,

según parecía, allí ya no vivía nadie. Golpeó la puerta con los nudillos, aunque sin esperanza de encontrar ninguna respuesta. De la casa de al lado salió una vieja a la que él conocía de cuando iba por allí. Después de saludar a la mujer le preguntó por Teresa, pero la anciana le dijo que ya no vivía allí. Le contó que la joven había vendido la casa de su abuela, con todo lo que tenía en su interior, y se había marchado a España.

-¿Y cuando volverá? –preguntó Gabriel-

-Ella dijo que no lo sabía, pero yo creo que no va a volver. Cuando se despidió me dio la impresión de que se iba para siempre –respondió la vieja-

Gabriel le agradeció la información, y se dirigió hacia su casa. Una vez allí, se preparó unas verduras para la cena. Cuando terminó de comer se sintió reconfortado físicamente, al tiempo que experimentaba una gran serenidad interior. Ya de madrugada, antes de acostarse, se dirigió a la habitación cerrada donde realizaba los hechizos, y abrió el pequeño baúl en el que guardaba la caja de madera con la figura de cera que representaba a Raimundo Carbajal. La desenvolvió del paño negro y repitió el ritual de clavarle alfileres, como lo había hecho esa misma tarde. Pero algo había cambiado desde entonces porque, por primera vez en su vida, Gabriel se encontró incómodo con lo que estaba haciendo. Este sentimiento, totalmente nuevo para él, le hizo que se diera prisa por terminar el hechizo. Cuando guardó otra vez los utensilios y apagó las velas, se alejó apresuradamente de aquella habitación. La cerró con llave, y se asomó al patio. Algunos de sus vecinos estaban allí, sentados en sus pequeñas sillas de anea, intentando respirar un poco de aire fresco. Pero la madrugada era cálida y bulliciosa. Gabriel intercambió con ellos algunos comentarios intrascendentes, y se asomó a la calle. Como pasaba siempre, había aún más gente que durante las calurosas horas del día. Muchos músicos tocaban ante las terrazas llenas de turistas, y se detectaba en el ambiente el trasiego de comercio sexual que se escondía detrás de los muros de aquellas casas viejas. Gabriel contempló aquel paisaje tan familiar con ojos totalmente nuevos, y se sintió más alejado de aquel

bullicio de lo que lo había estado nunca. Suspiró profundamente y elevó la mirada hacia el cielo. Allí estaban aquellas estrellas que relucían como si tuvieran vida propia. Sin saber por qué, se preguntó si, desde España, Teresa podría ver esas mismas estrellas. Con la mirada perdida en el firmamento, Gabriel pensó que nunca había abandonado Cuba, y tampoco había sentido la necesidad de hacerlo. Sin embargo, esa noche, contemplando aquellas luces titilantes que alumbraban en la oscuridad, percibió unos grandes deseos de dejar La Habana. Y de ver, con sus propios ojos, el paisaje húmedo y boscoso de aquella Galicia de la que tanto le había hablado su maestra.

## Capítulo XII

Una punzada en el estómago hizo que Raimundo Carbajal se despertase bruscamente con la sacudida del dolor. Durante toda la noche había dormido en el sofá, al cuidado de Teresa. Al oír sus gemidos, la joven, que dormitaba en un sillón cercano, también se despertó y acudió rápidamente a su lado. Los fuertes dolores que Raimundo había sufrido la noche anterior, volvían ahora a repetirse con la misma intensidad. Las primeras luces del día se colaban por la ventana del apartamento y Teresa miró el reloj. Eran casi las siete de la mañana, y ella calculó mentalmente que en Cuba debía ser sobre la una de la madrugada. A Teresa no le había pasado desapercibido que los primeros dolores que tuvo Raimundo, se hubieran producido al filo de la medianoche. Y ahora, cuando amanecía en la Gran Ciudad, el hechizo estaba llegando a su destinatario por segunda vez. Quien lo estuviera haciendo, sabía muy bien lo que se llevaba entre manos, y estaba teniendo muy en cuenta las seis horas de diferencia horaria que existían entre Cuba y España. Pues era habitual que se eligiera la medianoche y las primeras horas del día para realizar este tipo de hechizos. Ya que en esos momentos, antes y después del sueño, cuando el cuerpo físico no está inmerso en las actividades cotidianas, es cuando resulta más vulnerable. Mientras Raimundo se agarraba los costados con los brazos y se retorció de dolor, Teresa intentaba imponer sus manos en el estómago del joven para aliviar su sufrimiento. Durante las horas anteriores, y mientras Raimundo dormía, ella había realizado algunos rituales protectores en el cuerpo de éste, a través de pases magnéticos y de imposiciones de manos. Aunque de sobra sabía ella que eso no era suficiente para contrarrestar un hechizo mortal. Aún así, Teresa había procedido a fijar

un círculo mágico imaginario en torno a Raimundo, para intentar desviar las energías negativas que llegaban hasta él, mientras recitaba en voz baja una antigua oración protectora. Pero ahora, mientras contemplaba a Raimundo retorciéndose en el sofá, estaba confirmando lo que ya sabía: Todo lo que había hecho resultaba insuficiente para detener el hechizo, por lo que era necesario obtener cuanto antes el semen de Raimundo. Teresa sabía que los agudos dolores que ahora sufría el joven tendrían una duración limitada, puesto que su finalidad era la de debilitar los cuerpos físico y etéreo. Por eso tomó la determinación de que, en cuanto éste se repusiera del dolor, ella misma favorecería la unión corporal con aquel muchacho que el destino había colocado en su camino.

Los dolores, efectivamente, no tuvieron mucha duración y, de la misma forma que habían llegado, desaparecieron al cabo de unos minutos; algo que desconcertó mucho a Raimundo, quien, con cara de perplejidad, se lo hizo saber a Teresa:

-Esto es increíble –dijo- pero ya no me duele. Es igual que anoche. He pasado de tener unos dolores insoportables, a encontrarme perfectamente bien, sin ninguna molestia. El dolor ha desaparecido como por arte de magia. No lo entiendo, es un malestar intermitente. ¿Es posible que algo de la cena no me sentase bien? – preguntó-

-Sí, seguramente será la cena –respondió Teresa sin mucha convicción- lo importante es que ya ha pasado y ahora podemos continuar lo que dejamos anoche a medio.

Asombrada al escuchar sus propias palabras, que no parecía haber dicho ella, Teresa no opuso ninguna resistencia cuando Raimundo, animado por la invitación de la joven, se incorporó en el sofá y la besó apasionadamente en la boca. Mientras lo hacía, Teresa pensó que debía mantenerse despierta, y no dejar que la pasión de Raimundo la arrastrase a ella. Sin embargo, le resultaba muy difícil no dejarse llevar. Aún en contra de su voluntad, Teresa le devolvió los besos con el mismo calor que los recibía, y notó cómo poco a poco iba creciendo su excitación. Se estaba metiendo en un terreno en el que era totalmente inexperta. Había sido educada para sublimar su

energía sexual, con el fin de destinarla a propiciar su conciencia, para conseguir el mayor bien al que debe aspirar todo ser humano: la suprema libertad. Esperanza Milagros había instruido a su nieta para que pudiera estar por encima de las pasiones mundanas, para que no se apegase a nada ni a nadie, y pudiera contar con la energía suficiente como para dejar este mundo de una forma consciente. Pero no la había instruido para defenderse de la cercanía de otro cuerpo, ni para estar insensible ante el abrazo apasionado o la necesidad de contacto sexual. Todo lo que estaba viviendo en esos momentos era totalmente nuevo para ella y, aunque quería mantenerse al margen, y contemplar la escena desde fuera, no conseguía hacerlo. Raimundo, mientras tanto, ajeno a la lucha interna de Teresa, se movía por su cuerpo absolutamente encantado y con la pericia de un amante experto. Cada vez más excitado, continuaba estimulando las zonas erógenas de Teresa, hasta que la joven ya no pudo resistirse más y se abandonó al placer.

A partir de ese momento, la inexperta Teresa devolvió las caricias a Raimundo y, con gran dedicación, centró su atención en el pene duro y erecto del joven. Por unos instantes pensó que quizás si le masturbaba podría obtener su semen sin necesidad de que él la penetrara. Pero al instante rechazó esa posibilidad porque, en esos momentos, ella tenía tantas ganas como él de que Raimundo entrase en su cuerpo. Por eso no opuso ninguna resistencia cuando éste se desprendió rápidamente de su ropa, y la ayudó a desnudarse. Y tampoco le rechazó cuando el joven, con gran ímpetu, pero a la vez con delicada pericia, introdujo su sexo erecto en la cavidad de Teresa. En ese momento, la joven experimentó una inmensa agitación en esa zona de su cuerpo, como si una corriente eléctrica la recorriera, y empezó a dar gemidos de placer. Nunca en su vida había sentido nada igual. Cada movimiento de la pelvis de Raimundo sumía a la joven en un estado sensual de gozo creciente, que culminó con el éxtasis del orgasmo. Su primer orgasmo. Mientras Teresa aún gritaba de placer, Raimundo, que hasta ese momento había estado reteniéndose, aceleró sus movimientos y, casi al instante, fluyó todo un río de semen hacia la vagina de Teresa,

mientras salía de su garganta un fuerte y placentero alarido. Fue el grito de Raimundo el que hizo volver a Teresa a la realidad de aquel momento, y le recordó por qué estaba allí. Rápidamente se dio cuenta de que no podía disponer del semen que necesitaba, porque no habían usado ningún preservativo. Con muy poca delicadeza, Teresa utilizó sus brazos para apartar el cuerpo relajado de Raimundo, que descansaba encima del suyo, al tiempo que se incorporaba gritando:

-El preservativo ¿dónde está el preservativo?

Un poco desconcertado y molesto por la brusquedad de Teresa, Raimundo le respondió:

- ¿No te parece un poco tarde para que me ponga un preservativo? ... Además – añadió sonriendo- creo que no tengo ninguno.

La joven no pudo evitar un gesto de contrariedad, aún dándose cuenta de lo ridículo que era preguntar en esos momentos por el condón. Y aunque intentó dominar la situación, no pudo evitar una exclamación de fastidio:

-¡Joder, vaya trastorno!

La reacción de la joven y sus palabras preocuparon a Raimundo, hasta el punto de que empezó a pensar si no la habría dejado embarazada. Sin detenerse mucho en su razonamiento, se lo preguntó abiertamente.

-¿No te habrás quedado embarazada, verdad?

Al ver la cara de susto que tenía Raimundo, Teresa no pudo evitar una carcajada.

-No, no –respondió apresuradamente- no es eso. No tengas miedo a dejarme embarazada, no creo que eso haya ocurrido...

-¿Cómo que no crees? –la interrumpió Raimundo- Pues compruébalo... No sé, haz un cálculo de las fechas desde la última vez que tuviste la menstruación.

A Teresa no se le había pasado por la cabeza la posibilidad de quedarse embarazada. Sin embargo, hizo caso a lo que le decía Raimundo y calculó mentalmente sus días fértiles, en función de la última regla. Con gran alivio comprobó que era imposible la fecundación y se lo hizo saber al joven, para tranquilizarle.



-No te preocupes, aún no vas a ser papá –dijo sonriendo mientras empezaba a vestirse-

-¿Seguro? Te lo digo porque hay unas pastillas, que se llaman la píldora del día después, que evitan la posibilidad del embarazo, aunque el óvulo ya haya sido fecundado.

-¡No me digas! –añadió irónicamente Teresa, intentando volver a controlar la situación- Veo que estás muy informado. Seguro que has tenido que salir corriendo a la farmacia, más de una vez, a comprar la píldora esa.

-Pues no –respondió Raimundo, mientras empezaba a vestirse también, un poco molesto por el tono de Teresa- Nunca he tenido que comprarla.

Ya completamente vestida, Teresa se sentó en el sofá e hizo un gesto con la mano a Raimundo, para que se sentase a su lado. Cuando éste lo hizo, Teresa se disculpó por su actitud empleando un tono cariñoso.

-Lo siento, pero es que estamos en el siglo XXI, y creo que hay que utilizar preservativos. Allá en La Habana conozco a muchas mujeres que han sido contagiadas por enfermedades sexuales y por el sida y... Bueno, es una cuestión de higiene. No te lo tomes a mal, apenas nos conocemos y, además, ¿podría haberme quedado embarazada...!

-Tampoco habría sido tan dramático. Yo me habría casado contigo –la interrumpió Raimundo, esperando su reacción-

Teresa prefirió ignorar sus palabras y anunció que debía irse ya.

-¿Volveremos a vernos esta noche? –preguntó el joven-

-Claro, respondió Teresa con una sonrisa. Si quieres podemos cenar aquí en tu apartamento.

-Yo soy una nulidad para la cocina. A lo máximo que llego es a calentar algún plato precocinado en el microondas, y a prepararme un bocadillo.

-No te preocupes –dijo Teresa- ya traeré yo algo para comer. Apúntame tu dirección y, sobre las ocho, vendré por aquí.

Teresa rechazó la oferta de Raimundo para llevarla en su coche al hostel donde se hospedaba, aunque sí aceptó que le pidiera un taxi. Él la despidió con un beso en la mejilla, en la puerta de su apartamento. Cuando la joven cogió el ascensor, Raimundo, que aún estaba a medio vestir, se dirigió canturreando hacia la ducha. Atrás habían quedado olvidados los fuertes dolores de la noche anterior y de esa misma mañana. En su mente sólo había espacio para Teresa. “Creo que le propondré que se case conmigo” –dijo dirigiéndose al espejo, antes de meterse en la bañera-

Cuando Teresa llegó al portal, el coche que le habían pedido ya la estaba esperando. Ella le dio la dirección al taxista y, al cabo de unos minutos, se bajaba en la puerta de lo que era su hogar en la Gran Ciudad. Antes de entrar en el hotel, la joven miró a su alrededor buscando una farmacia. En una esquina divisó un rótulo en el que parpadeaba una cruz verde. Se dirigió hasta allí y cuando llegó su turno pidió unos preservativos. Una señora de cierta edad que llevaba un diminuto perro chihuahua en los brazos, la miró de arriba abajo sin ningún recato

-Es por mi trabajo ¿sabe? –le dijo Teresa bajando la voz, y acercando su boca al oído de la vieja- tengo el sida y no quiero contagiar a nadie por mi culpa.

La señora se alejó discretamente de su lado, mientras el mancebo de la farmacia, un muchacho con el pelo engominado y de punta, le refería a Teresa los distintos sabores y colores de preservativos, para que ésta eligiera.

-Me da igual –dijo ella- dame los que más te gusten.

-Mi novia dice que estos de frambuesa están dabuten –respondió el muchacho, mientras le envolvía una caja a Teresa, ante la mirada escandalizada de la anciana.

Al llegar a su luminosa y acogedora habitación, Teresa miró el reloj y se dejó caer encima de la cama, sintiendo un repentino agotamiento. Necesitaba darse una ducha y, sobre todo, poner en orden sus ideas y meditar sobre todo lo que había pasado entre Raimundo Carbajal y ella. Lo prioritario –pensó- era obtener el semen de Raimundo para poder hacer el contraembujamiento lo antes posible. Lo más probable es que esa misma noche el hechizo provocara nuevos dolores, de forma que los

cuerpos físico y etéreo del joven estuvieran cada vez más debilitados. Eso favorecería, en días posteriores, el éxito del hechizo mortal. Al pensar en la posibilidad de que Raimundo pudiera morir, Teresa sintió cómo se le ponía la piel de gallina y, nuevamente, experimentó una gran desolación por la ausencia de su abuela. “La vida es extraña –dijo en voz alta- y yo me encuentro totalmente perdida”. Acurrucada en la cama, se tapó con la colcha y cerró los ojos, buscando una luz interior que pudiera alumbrarla en esos momentos. ¿Qué pasaría si no podía evitar la muerte de Raimundo? –se preguntó- Cuando leyó la carta que su abuela le había enviado a “El Brujo”, y decidió regresar desde Galicia hasta la Gran Ciudad, Raimundo era un desconocido para ella y, en realidad, no le importaba lo que pudiera pasarle. No es que le diera lo mismo que el joven viviera o muriera. No era eso, pero no tenía ninguna implicación emocional con él y, por tanto, aceptaba de buen grado lo que el destino le tuviera reservado. Ella iba a hacer su trabajo de forma impecable, pero como los resultados no estaban en su mano, tampoco se preocupaba más. Ahora, sin embargo, era distinto. Aquel hombre con quien había hecho el amor, le había proporcionado algo que nunca antes había experimentado. Había despertado en ella el deseo sexual y también, por qué no reconocerlo, el anhelo de experimentar el amor. Ese sentimiento pleno y lleno de contradicciones, sobre el que tanto le había alertado su abuela. Resultaba evidente que si la vida de Raimundo discurría hacia el norte, la suya iba hacia el sur, y que jamás lograrían encontrarse más allá de las circunstancias que ahora les habían unido. Sin embargo, ella le estaba agradecida por lo que el joven le había dado, y quería ayudarlo de verdad a que conservase su vida. Manteniendo los ojos cerrados y la postura fetal que tenía en esos momentos, Teresa no fue capaz de relajar su mente. Sintió como si un montón de pensamientos desbocados se agolpasen en sus sienes, intentando salir a la superficie y, sin poder controlarse, empezó a llorar desconsoladamente. Las lágrimas aliviaron la presión de su cabeza y, poco a poco, empezó a encontrarse mejor hasta que cayó rendida en un profundo sueño.

El ruido procedente del tráfico de la calle hizo que Teresa se despertase sobresaltada. Por unos momentos, no supo dónde se encontraba. Pero inmediatamente superó la confusión y se despezó en la cama. Notó que estaba descansada y mucho más tranquila que cuando se acostó. Miró el reloj, que llevaba puesto en su muñeca izquierda, y comprobó que había dormido más de cinco horas. Tenía un apetito voraz y decidió levantarse rápidamente, ducharse y salir a comer algo. Luego tenía que ir a comprar algunas cosas para la cena de esa noche en casa de Raimundo. Pensando de nuevo en el joven, sintió una gran compasión hacia él. Se creía una persona importante, que controlaba y calculaba cada instante de su vida. Y ahí estaba a merced de un hechizo mortal, encargado por algún rival político. Si ella se lo contase, Raimundo no le creería. Pensaría que Teresa estaba loca y que en un lugar tan civilizado como la Gran Ciudad esas cosas, sencillamente, no ocurrían. Pero, no sólo sí ocurrían, sino que eran mucho más frecuentes de lo que la mayoría de la gente se pensaba. Ella estaba harta de ver cómo muchos turistas españoles iban a La Habana, buscando sexo exótico, barato y fácil. Y también la magia de los santeros. Su abuela siempre le decía que, en realidad, no había tanta diferencia entre las peticiones que los fieles hacían en la Iglesia, a los santos católicos, y los rituales de la santería. De hecho, muchas divinidades cubanas tenían su correspondencia con los santos católicos. En Cuba, a Eleguá se le consideraba algo así como el secretario de Dios, y su correspondiente católico era San Pedro. Yemayá era la dueña del mar, y su equivalente sería la Virgen del Carmen y la Virgen de la Regla. El arcángel San Miguel, representado con su espada era el "orisha" Changó, la deidad cubana de la justicia. Y así se podría seguir indefinidamente, viendo el sincretismo que existía entre los santos católicos y las deidades en su país. En cuanto a las peticiones de favores, su abuela le decía que también eran muy similares. Y que, bajo la bóveda de una iglesia o la del firmamento celeste, todo el mundo pedía lo mismo: salud, dinero, amor, trabajo, suerte, protección contra el mal. Luego estaban aquellos que, enfermos de poder y no conformándose con estas peticiones, pasaban a encargar trabajos para

controlar y dañar a los demás. Teresa recordó las advertencias que su abuela siempre le hacía para evitar este tipo de hechizos, y cómo le repetía que la energía que funciona en el universo es sólo una y neutra. Ni buena ni mala, y que somos nosotros los que la utilizamos en un sentido o en otro.

Cuando terminó de ducharse y se cambió de ropa, volviendo a sus viejos vaqueros y su amplio jersey, Teresa se sintió reconfortada. Mientras terminaba de peinarse su melena rizada frente al espejo, decidió que esa noche volvería a acostarse con Raimundo, pero después ya no lo haría nunca más. No quería implicarse emocionalmente con aquel hombre y se prometió a sí misma, que tampoco iba a permitir que el deseo sexual se apoderase de ella y la convirtiera en su esclava, como había ocurrido esa misma mañana. Para bien o para mal, ella era lo que era: Una hechicera que había sido iniciada en la santería por su abuela y que, de ninguna manera, iba a renunciar al estudio constante de la naturaleza y del universo, que le llevaría a alcanzar la suprema libertad. Era verdad que entre los brazos de Raimundo había experimentado cosas nuevas, y había anhelado intensamente vivir el sentimiento del amor. Pero el precio que tendría que pagar para ello era demasiado alto. Echándose un último vistazo ante el espejo, Teresa recordó aquella conversación que tuvo con su abuela, en la que la anciana le dijo que, aún más importante que el amor, era que cada uno cumpliera su propio destino. Se acordó de que, en aquel momento, ella le había dicho a su abuela que no había nada más importante que el amor. Pero ahora entendía muy bien lo que le había querido transmitir la anciana. Desde que Esperanza Milagros había muerto, le habían sucedido un sin fin de cosas inimaginables, y ella se encontraba algo perdida. Pero tenía la absoluta seguridad de que su destino no era enamorarse de Raimundo y formar una familia.

-¿Y cual es entonces tu destino? –dijo en voz alta encarándose con la imagen que le devolvía el espejo-

-No sé cuál es –se respondió a sí misma mientras se encogía de hombros- pero al menos sí sé lo que no es.

Con mucha más seguridad y confianza de la que tenía cuando llegó a su habitación por la mañana, Teresa salió del hostel, tomó un bocadillo y compró algunas cosas para improvisar una cena fría en casa de Raimundo. Cuando terminó cogió un taxi y se dirigió a casa del joven. Aunque aún no eran las ocho, Raimundo ya la estaba esperando allí. Cuando Teresa llamó a la puerta, el joven la abrió, visiblemente nervioso. Ella se alarmó y le preguntó con urgencia:

-¿Pasa algo?

Pero Raimundo no respondió. Le cogió las bolsas que Teresa cargaba y las dejó en el suelo, dentro de su apartamento. A continuación, tomó a la joven de la mano y se la llevó hasta el sofá, indicándole con un gesto que se sentara. Cuando ésta lo hizo, Raimundo se instaló a su lado y, aún con la mano de Teresa entre las suyas, le preguntó a bocajarro:

-¿Quieres casarte conmigo?.

## Capítulo XIII

Diego Castillo no podía creer lo que le estaba pasando. “Y sólo faltan tres días para la Convención” –repetía una y otra vez mientras daba vueltas, a grandes zancadas, por el salón de su vivienda. Había bajado hasta allí porque no podía conciliar el sueño, después de la fuerte discusión que había tenido con su mujer, y de la conversación telefónica que había mantenido con su hija María. “Deben estar locas –dijo en voz alta- yo creo que las mujeres de esta casa han perdido la cabeza. ¡Ojalá hubiera tenido un hijo –añadió continuando con su monólogo- seguramente sería más razonable y, además, qué hostia, seguro que no le habría pasado algo así, hubiera sido más cuidadoso”. Aunque la habitación estaba fresca a esas horas de la madrugada, y sólo iba vestido con el pijama, Diego Castillo sudaba copiosamente. Cansado de dar vueltas como un león enjaulado, se dejó caer en un sillón de orejas y trató de calmarse, pero nuevamente comenzó a hablar en voz alta: “Y además de tres meses. Encima está de tres meses, no sé a qué esperaba para decírnoslo, quizás a que ya hubiera nacido el niño”. Con gesto de desesperación, Diego se frotó las sienes con las manos, y luego echó la cabeza para atrás cerrando los ojos. Por su mente desfilaron los últimos sucesos que había vivido ese día, y que amenazaban con hundir su carrera política, precisamente ahora, cuando estaba tan cerca de alcanzar lo que se proponía.

Debió pensar que algo no iba bien cuando Enriqueta Beltrán se negó esa mañana a echarle las cartas. Desde que le había encargado a la vidente que buscase a alguien para hacer un hechizo mortal contra Raimundo Carbajal, cada vez que la vieja había intentado echarle las cartas del Tarot, él no lo había permitido. Sin

embargo esa mañana, durante la “cita semanal”, había sido él el que insistió para que Enriqueta le hablase de su futuro, y la mujer se había negado a hacerlo. Primero puso como excusa que se había olvidado el tarot en su casa, pero cuando Diego se ofreció a facilitarle otro, la vidente dijo que no se encontraba bien, y que su mal estado anímico podría influir en la tirada de las cartas. En ese momento Diego la creyó y no le dio más importancia pensando que, al fin y al cabo, eso no era lo esencial. Lo fundamental en esos momentos, y lo único que le importaba de verdad, eran las noticias que Enriqueta le traía de La Habana. Según le aseguró la vieja bruja, “su encargo” había empezado a hacer efecto y estaría terminado en la fecha prevista. Que no era otra que el próximo sábado; el mismo día en el que iba a celebrar sus 25 años al frente del Gobierno del Territorio. La noticia de que todo se iba desarrollando según sus planes hizo que Diego pasara el día de muy buen humor. Ni siquiera se alteró con la lectura de los periódicos, en los que se recogían las críticas de un portavoz de la oposición, acusándole de que, mientras el presidente vivía cada vez mejor, el Territorio seguía ocupando los últimos puestos en cuanto a niveles de renta y bienestar. “Valiente hijoputa –pensó- tendré que hablar con los editores porque no les estoy pagando una millonada en publicidad, para que luego le den cancha a estos cabrones”. Y tampoco se enfadó cuando al salir del Palacio, para asistir a un acto protocolario, se encontró en las puertas con una manifestación de enseñantes, que protestaban por reivindicaciones salariales. “No sé qué coño quieren –le comentó a su chófer- si viven como dios. Ojalá tuviera yo sus vacaciones y sus jornadas de trabajo. Lo que pasa es que son unos vagos. ¡Así como va a prosperar el Territorio!”

Aunque nada de eso había alterado su buen humor, ahora, mientras recapitulaba sobre los sucesos del día tumbado en aquel sillón, Diego se dio cuenta de que debió haber sospechado que algo malo ocurría, al ver la cara con que le recibió su mujer cuando llegó a casa. Sin embargo, Paloma no le había dejado opción a pensar. Nada más oírle entrar por la puerta, había salido a su encuentro y le había soltado a bocajarro:



-Tu hija está embarazada.

Sin reponerse de la impresión que le causaban esas palabras, Diego Castillo pudo balbucear una pregunta:

-¿Qué hija?, pero ¿qué estás diciendo?

-¿Qué hija va a ser? –respondió Paloma- ¡María! Tu niña del alma, tu ojito derecho. Ya ves a que ha conducido tu empeño para que se fueran a Suiza. Si se hubieran quedado aquí habría estado más vigilada. Pero claro, las hijas del señor pre-si-den-te –dijo recalcando todas las sílabas- tenían que estudiar en el extranjero...

-¡Deja de decir chorradas –la interrumpió- y cuéntame qué es lo que pasa! Tu fuiste la más entusiasmada con que se fueran a estudiar a Suiza, así que no me vengas con historias.

Dando grandes zancadas, Diego se dirigió hacia el salón seguido de su mujer. Una vez allí cerró la puerta y, aparentando una calma que no sentía, se quitó la chaqueta, se sentó en uno de los sofás que había en la estancia y pidió a Paloma que, “sin histéricas”, le contase lo que pasaba.

-No hay mucho que contar –añadió su mujer- lo mejor es que te lo cuente ella. Está esperando que la llames... Está embarazada de tres meses..

-¿De tres meses? –preguntó a voces Diego-

-Sí, de tres meses. No sabe quien es el padre. O si lo sabe no quiere decirlo. Y... - vaciló- me ha dicho que no quiere tenerlo y que va a abortar.

-¿Pero es que se ha vuelto loca? –bramó- Esta muchacha no está bien de la cabeza. De abortar nada de nada. ¿Es que quiere acabar con mi carrera política? ¿Pero qué crees tú que pasaría si sale en la prensa que una hija mía ha abortado? –gritó encarándose a su mujer-

-¿Y qué quieres que haga –respondió a gritos Paloma- que cargue con un crío a los 17 años, que sea una madre soltera? ¡Lo único que te importa es tu carrera política, tu hija te importa una mierda!

Ignorando estas últimas palabras, Diego bajó el tono de voz y añadió más sereno:

-María no va a ser madre soltera porque se va a casar. Por las buenas o por las malas. Así que ya os podéis ir haciendo a la idea porque lo que no va a hacer, de ninguna de las maneras, es abortar. Como tú comprenderás, no voy a ir yo presumiendo de católico, apostólico y romano, para que mi hija aborte. ¡De eso nada!

-Pues ya puedes llamarla y decírselo, a ver qué te contesta. Y conmigo no cuentes para convencerla. Yo estoy de acuerdo con lo del aborto, si ella no quiere tener al niño, y Marta también la apoya.

-¡Vaya por Dios, la conspiración femenina! Marta tiene 15 años, así que me importa un bledo lo que opine su hermana. ¡Hay que ver qué feministas me habéis salido! Mira, – dijo con sorna- ésa es una faceta que no conocía de vosotras. Aunque debía haberlo pensado. Seguramente seguirán el ejemplo de su madre: conservadoras de cabeza y liberales de cintura para abajo.

-Eres despreciable –le gritó Paloma antes de salir del salón, dando un portazo, para subir hacia su dormitorio-

A Diego Castillo le estallaba la cabeza. Con el salón en penumbra continuaba sentado en el sillón, recapitulando sobre los sucesos del día. Tenía que pensar una solución para evitar que María abortase. Durante la conversación telefónica que había mantenido con ella, unas horas atrás, su hija insistía en que el aborto era la mejor solución para todos. Mientras se masajeaba las sienes, sintió cómo resonaba en su cabeza la carcajada que había soltado María cuando él intentaba convencerla sobre las ventajas de un matrimonio en su actual estado.

-¿Pero con quien quieres que me case, papá? -le preguntó sin poder aguantarse la risa-

-¿Cómo que con quién? ¡Con el padre de la criatura!

-Pero si ya te he dicho mil veces, que no sé quien es...

-No puedo –gritó- no puedo oír lo que me estás diciendo. ¿Cómo que no sabes quien es? ¡Con alguien te habrás acostado, digo yo! ¿O es que eres una puta que te metes

en la cama con el primero que llega? Contéstame –dijo elevando aún más el tono de voz- ¡Que me entere de una puñetera vez! ¿Eres una puta o qué?

Por toda respuesta Diego oyó al otro lado del teléfono los sollozos de su hija y, cuando pudo calmarse un poco, intentó tranquilizarla

-Vamos, María, deja de llorar. Sabes que no soporto que llores. Ya encontraré alguna solución pero, sea la que sea, no pasa por el aborto. De eso olvídate.

-No puedo olvidarme, papá –dijo la joven mientras continuaba llorando- soy yo la que está embarazada...

-Claro, claro, pero somos una familia ¿no? y este problema lo afrontaremos juntos. Yo te ayudaré –añadió- siempre y cuando tú te olvides de abortar. Y además ¿cómo vas a abortar si estás ya de tres meses? ¿Cómo no nos lo has dicho antes?

-Me enteré ayer por un análisis que me hice. Como siempre tengo tantos trastornos, no le di mucha importancia a que no me viniera el periodo. Además, no sé cómo ha podido pasar, siempre uso preservativos o hacemos la marcha atrás.

Aquello era más de lo que podía escuchar, por eso Diego interrumpió con brusquedad a su hija:

-¡Lo que me faltaba por oír! Mira, mejor será que no me cuentes los detalles. Esto hay que arreglarlo, pero no con un aborto. Yo no puedo permitirme un aborto, y menos ahora.

-¿Y cómo si no? –preguntó María sollozando de nuevo- Yo no veo otra solución. Y de los meses que estoy, ya no dispongo de mucho tiempo más para abortar...

-Es que no vas a abortar –insistió Diego- ya pensaré algo, pero no vas a abortar. Eres una menor, y nunca tendrás mi permiso.

-No lo necesito, ya me ha dicho mamá que ella me lo dará y me acompañará a donde haga falta.

“¡Valiente zorra!”, dijo Diego en voz alta pensando en su mujer, mientras abandonaba el salón y se dirigía a la cocina para coger un vaso de agua y tomarse otra pastilla para dormir. Necesitaba descansar para poder pensar con claridad. Miró el

reloj y al hacerlo se acordó de Raimundo Carbajal. Suspirando profundamente pensó en lo que había montado para eliminarlo, y en que todo podía irse al traste si llegaba a saberse que su hija había abortado. Y si eso llegaba a ocurrir, se sabría. ¡Claro que se sabría! Llevaba muchos años metido en política como para tener la seguridad de que no se podía ocultar algo así y que, antes de las elecciones, una noticia como ésa saldría a la luz pública y sería utilizada en su contra por sus enemigos políticos. Y entonces todo se vendría abajo y lo planeado sobre el hechizo de Raimundo no habría servido de nada. Después de tomarse el somnífero, Diego subió a su dormitorio y se tumbó en la cama intentando conciliar el sueño, aunque fuera un par de horas. Con los ojos cerrados rememoró cómo había planeado la eliminación de Raimundo Carbajal, sirviéndose de la hechicería, para que su muerte se llevase a cabo de una forma limpia y sin despertar sospechas. Recordó, cómo después de haber dado muchas vueltas a la situación, llegó a la conclusión de que sólo el fallecimiento del joven podría asegurarle una nueva candidatura a la presidencia del Gobierno del Territorio. Y, si volvía a ganar, cosa que daba por segura, podría aspirar al Gobierno de la nación, aunque tuviera que eliminar también a Jaime Espinosa. No hubiera sido difícil contratar a alguien para que atentase contra Raimundo, y hasta se le podría haber echado las culpas a algún grupo terrorista. Pero eso hubiera sido muy arriesgado y sospechoso. Hasta en su mismo partido habrían hecho indagaciones y hubieran podido averiguar quién estaba detrás del atentado. ¡Pues anda que no había gente que le tenía ganas en el partido! Por eso había optado por la hechicería, que ya le había dado excelentes resultados en otras ocasiones. Ciertamente, se trataba de hechizos más sencillos, pero le habían asegurado que el santero que estaba haciendo el encargo era muy bueno, y ya había tenido éxito en otros trabajos similares. Así, aunque Raimundo apareciera muerto, nadie podría sospechar que se debía a los rituales que alguien, sin ninguna relación con el joven político, estaba realizando a miles de kilómetros. Sólo Enriqueta Beltrán conocía el encargo, pero no le traía cuenta decir nada, puesto que ella había sido la mediadora. Y, además, en pleno siglo XXI,

nadie en su sano juicio se creería que un santero cubano puede acabar con la vida de ninguna persona, a través de un hechizo.

Dando vueltas en la cama, y sin poder conciliar el sueño, Diego se sintió orgulloso del plan que había trazado para eliminar a Raimundo, y no estaba dispuesto a que todo se viniera abajo porque a su hija se le hubiera ocurrido quedarse embarazada. Si él no pensaba algo, y pronto, María estaba dispuesta a abortar, con la complicidad de su madre, y eso era algo que él no podía permitir. Viendo que no había manera de pegar ojo, decidió encender la luz, se incorporó en la cama y cogió una libreta y un bolígrafo que tenía en la mesilla de noche. Allí, durante otros insomnios, solía apuntar las ideas que siempre le venían a la cabeza cuando no podía dormir, y que no quería que se le olvidaran al día siguiente. Acomodándose una almohada en la espalda, abrió por una página en blanco y apuntó dos opciones. En la parte de arriba escribió “aborto” y en la de abajo “maternidad”. Con gran ímpetu tachó la palabra aborto, y junto a la otra opción apuntó dos posibilidades: “matrimonio” y “madre soltera”. Después de pensar unos instantes, tachó también la palabra matrimonio, dado que su hija se empeñaba en no dar a conocer el nombre del padre de la criatura. Siempre se le podía buscar un novio de conveniencia, quizás algún joven del partido que tuviera ambiciones políticas y estuviera dispuesto a cualquier cosa por alcanzar sus objetivos. Pero siendo realista, la cuestión no era fácil. Aún así, Diego puso un signo de interrogación junto a la palabra “matrimonio”, que había tachado anteriormente, y se concentró en la otra opción, la que figuraba como “madre soltera”. Esa no sólo no era una solución tan mala, sino que incluso podía tener rentabilidad política. El hecho de que su hija hubiera tenido un desliz, y él lo asumiera públicamente, le acercaría, sin duda, a los ciudadanos. Hoy en día –pensó- son muchos los embarazos de adolescentes, y muchas las familias que tienen que enfrentarse a este problema. Si él aparecía en la próxima campaña electoral con un nieto en los brazos, el bebé de su hija adolescente, seguro que obtendría las simpatías de mucha gente. Dejando volar su imaginación, Diego sonrió al verse en la portada de

las revistas del corazón con su pequeño nieto en brazos, fotografiado, junto a su hija, y hablando de los problemas de las jóvenes adolescentes que, además, eran madres solteras. Cuanto más pensaba en esa posibilidad, más ventajas le veía, por eso rodeó con un círculo la opción de “madre soltera” que había escrito en el papel. Sin embargo, esta solución tropezaba con un grave problema. Y es que su hija no quería convertirse en madre a los 17 años, ni soltera ni casada, y en esa decisión estaba totalmente respaldada por Paloma. Acomodándose en la cama, pensó que debía idear otra solución alternativa. Pasando la página de la libreta a una nueva hoja en blanco, Diego escribió: “Tener el niño, pero no ser la madre”. Meditó sobre las contradictorias palabras que acababa de escribir, y se preguntó en voz alta: “¿Cómo puede una mujer tener un hijo y no ser la madre?”. Dejó que esta pregunta se instalase en su mente y, de pronto, como si se hubiera encendido una luz en su cerebro, le llegó la respuesta. “Pues claro –gritó- ¿cómo no se me había ocurrido antes?”. Con la alegría reflejada en su rostro, escribió con letras mayúsculas en la libreta: ADOPCIÓN, y subrayó la palabra con el fuerte trazo de dos líneas rectas. Muy contento, Diego empezó a pensar que ésa era una buena solución y, con gran entusiasmo, dijo en voz alta: “Ya está, María no aborta, tiene al niño y lo da en adopción”. Pero al escuchar el sonido de sus propias palabras comprendió que la idea hacía aguas. Eso era algo que no iba a estar bien visto y que sería utilizado en su contra por sus enemigos políticos. “Aunque... - añadió deteniéndose a pensar unos instantes- nadie me impide que sea yo el que adopte al niño”. Concentrándose en esa posibilidad, Diego pensó que era fácil mantener en secreto el embarazo de María, dado que ésta vivía en el extranjero y, una vez que hubiera parido, él podía adoptar a la criatura. La idea le gustó tanto, que soltó una sonora carcajada. Sus hijas eran ya mayores, y cualquiera podía entender que él adoptase a un niño. Sobre todo si se aparentaba que la criatura procedía algún país sudamericano, y era rescatada de la pobreza extrema que se vivía en aquellas tierras. Cada vez más emocionado con esta posibilidad, Diego concluyó en que ésa era la mejor solución para todos. Por una parte, su hija no abortaba, pero, aunque tenía al

bebé, no ejercería como su madre, sino como su hermana. Y, por otro lado, él, no sólo evitaba el escándalo del aborto, sino que podía sacar mucha rentabilidad política a este lamentable suceso.

Muy satisfecho consigo mismo, Diego dejó la libreta y el bolígrafo sobre la mesilla y, llevándose las manos hacia la nuca, se recostó en la almohada dispuesto a saborear su idea. Con la sonrisa en los labios y los ojos cerrados, pensó que había mucho que organizar. Íntimamente sintió una gran satisfacción. La misma que experimentaba siempre cuando se hacía patente su poder. Que no era otro que el de dominar las situaciones y hacer que, hasta las circunstancias más adversas, terminasen sirviendo a sus intereses. Sin borrar la sonrisa de su boca, desperezó su cuerpo y se sintió como si fuera un dios, capaz de manejar las vidas ajenas. Tendría que conseguir el apoyo de su mujer. Pero lo conseguiría, “por la cuenta que le tiene” – dijo en voz alta- Y también tendría que lograr el beneplácito de María, “que también estará de acuerdo –añadió- si no quiere llegar el año que viene a la mayoría de edad, con una mano delante y otra atrás”. Pero además conseguiría otra colaboración de lujo: la del arzobispo del Territorio, Monseñor Esteban Fraile. Con gran deleite, saboreó mentalmente su ocurrencia que le pareció rayana en la genialidad. “Sí – continuó con su monólogo- él será mi cómplice en este montaje. Se sentirá muy orgulloso de haber contribuido a evitar un aborto, y me ayudará todo lo necesario con el papeleo. Le expondré mi plan bajo secreto de confesión, y no dudará en respaldarlo. No tendrá más remedio. Gracias a mí, el patrimonio de la Iglesia en el Territorio es el que más se ha beneficiado. Ya es hora de que me devuelvan los favores –concluyó mientras apagaba la luz y se disponía a caer en un profundo sueño- Ya es hora”.

## Capítulo XIV

Antes de dirigirse hacia su hotel, Teresa pasó por una santería y compró todo lo necesario para realizar el contraembujamiento. En su pequeña mochila llevaba, como si se tratase de un tesoro, un preservativo que guardaba el semen de Raimundo Carbajal. La noche pasada en su apartamento había sido muy larga y ella no había pegado ojo. Aunque en algunos momentos tuvo que fingir que dormía profundamente, para que Raimundo no intentase de nuevo hacer el amor con ella. Con una vez había bastado para que Teresa consiguiera, al fin, el fluido más preciado del joven. Y, según se había prometido a sí misma, ésa sería la última vez en la que sus cuerpos volvieran a fundirse. Con lo que no había contado Teresa era con que Raimundo le pidiera que se casara con él. Mientras caminaba lentamente hacia su cuarto, recordó cómo se había quedado paralizada y sin saber qué decir cuando el joven se lo propuso la noche anterior. Recapitulando sobre aquellos momentos, a Teresa le pareció oír de nuevo la voz de Raimundo cuando, con gran nerviosismo, le preguntó a bocajarro:

-¿Quieres casarte conmigo?

-¿Les pides a todas las chicas que se casen contigo en la segunda cita? –preguntó a su vez Teresa, intentando ganar tiempo mientras esbozaba una sonrisa-

-No, a decir verdad ésta es la primera vez que le pido a alguien que se case conmigo.

¿Quieres hacerlo? –insistió Raimundo-

-No esperaba una pregunta así –respondió Teresa mientras tragaba saliva- Me siento muy halagada por tu proposición –mintió- pero ¿no te parece algo prematuro? Apenas nos conocemos, ¿no crees que deberíamos tratarnos más?



-Claro, claro –se apresuró a responder Raimundo, sin poder evitar un tono de decepción en la voz- no tienes que responderme ahora mismo. No es algo que tengamos que hacer de un día para otro. Lo que pasa –intentó justificarse- es que yo quería expresarte mis verdaderos sentimientos y que supieras que no eres un pasatiempo para mí, sino que mis intenciones, respecto a ti y al futuro de nuestra relación, son buenas.

Recordando aquellos momentos, Teresa no pudo evitar una sonrisa. La misma que tuvo que aguantarse la noche anterior para no herir los sentimientos de Raimundo. Sobre todo cuando éste continuó con su argumentación, diciéndole que a su edad, y con su posición social, ya había llegado el momento de buscar esposa, formar un hogar y tener unos hijos que perpetuasen su apellido en el futuro. Aunque Teresa permaneció callada, mientras le miraba con cara de asombro, estuvo a punto de responderle si en esa planificación tan anodina y perfecta de su vida que él había hecho, lo que ella pensase o sintiera tenía alguna importancia. Meditando sobre ello, la joven llegó a la conclusión de que, aunque hubiera dado voz a sus pensamientos, posiblemente Raimundo ni siquiera los habría escuchado, de tan ensimismado como se encontraba con sus propios razonamientos.

Los recuerdos de la noche anterior quedaron interrumpidos cuando un hombre negro bien parecido, que repartía pasquines en la calle, le dio uno de ellos a Teresa. Por inercia, la joven leyó lo que ponía en la parte de arriba con letras grandes: “Gran ilustre vidente mágico africano”. Asombrada, Teresa continuó leyendo con interés: “Con gran rapidez, eficacia y garantía, el maestro chaman africano, gran medium espiritual con poderes naturales, y 27 años de experiencia en alta magia, resuelve todo tipo de problemas, por difíciles que sean”. Entre divertida y sorprendida, Teresa continuó leyendo la relación de cuestiones que podía resolver el “gran ilustre vidente mágico africano”, y que figuraban en el pasquín. Tales como: “Enfermedades crónicas, conflictos judiciales y matrimoniales, hechizos, depresión, mal de ojo, impotencia sexual”. Además, el vidente se declaraba conocedor de “secretos eficaces” para

“encontrar pareja, recuperar y atraer a las personas queridas” y resolver cualquier otra dificultad que se presentara en el terreno amoroso ya que, según decía, contaba para ello “con los espíritus más rápidos que existen”. El pasquín anunciador terminaba ofreciendo dos números de teléfono –fijo y móvil- y garantizando la solución de los problemas planteados “al cien por cien, entre 3 y 7 días como máximo”. Arrojando el anuncio a una papelería, Teresa ironizó pensando que quizás debía llamar al “ilustre vidente africano” para que fuera él quien realizara el contraembujamiento de protección a Raimundo Carbajal. Luego, mientras subía en el ascensor hasta su habitación en el hotel, se preguntó a cuánta gente podría engañar un anuncio tan burdo como ése, en el que se prometía la solución a cualquier problema, por arte de magia. Con cierta tristeza pensó que, seguramente, serían muchas las personas que se dejaran seducir por un anuncio así, y encomendasen la solución de sus conflictos a una persona ajena a ellas mismas. Su abuela siempre le decía que la gente era muy cómoda, porque prefería que los demás les resolvieran las cosas en lugar de hacerlo ellos mismos. Para la anciana existían dos tipos de problemas: los que tienen solución y los que no la tienen. “Hay que saber distinguir unos de otros –solía explicarle a Teresa- si tienen remedio, ese remedio siempre está en tus manos. Y si no lo tienen ¿por qué preocuparse por ellos?. Nadie puede hacer nada por resolverlos”.

Ya dentro de su habitación, Teresa se centró en los preparativos para hacer el contraembujamiento, pensando en que no había tiempo que perder. Al filo de la medianoche pasada, Raimundo había vuelto a experimentar los mismos agudos dolores en la boca del estómago que sufriera el día anterior. Y éstos también se habían repetido con las primeras luces de la mañana, por lo que su cuerpo etéreo debía encontrarse ya seriamente dañado, aunque el joven no fuera consciente de ello. Mientras preparaba las velas y la figura de cera que había comprado en la santería, improvisando un altar en la mesa de su dormitorio, Teresa pensó en lo extraño que estaba Raimundo con sus “dolores intermitentes”, como él los llamaba. Ni por un momento se le podría ocurrir que estaba siendo objeto de un hechizo mortal, y esa

situación de desamparo en la que se encontraba, despertaba en Teresa una gran simpatía hacia él. Cuando tuvo todo dispuesto, la joven se preparó para hacer una meditación antes de llevar a cabo el hechizo protector. Después de dejar la habitación a oscuras, sólo con la tenue luz de las velas, se sentó en el suelo y cruzó las piernas adoptando una cómoda postura de medio loto. Relajó el cuerpo y se centró en el ritmo acompasado de su respiración. Al cabo de unos momentos consiguió el cese de sus pensamientos, y entonces se dispuso a reforzar las defensas espirituales de Raimundo, movilizándolo en torno a sus cuerpos físico y etéreo las fuerzas astrales que rodean a todo ser humano. Cuando Teresa entendió que el aura de Raimundo había sido revitalizada, se levantó y, con sumo cuidado, cogió con sus dedos la pasta blanquizca en que se había convertido el semen del joven. Poco a poco fue extendiéndolo por el cuerpo de la figura de cera. A la vez, iba repitiendo, en voz baja, una oración protectora. Al cabo de unos minutos, Teresa notó cómo se le iban las fuerzas y experimentó un gran agotamiento. Sin embargo, aún quedaba algo por hacer. Cogió la figura de cera que representaba a Raimundo, y la roció con agua, mientras recitaba un nuevo conjuro pidiendo que las fuerzas que gobiernan el líquido elemento, limpiasen el maleficio mortal que se había lanzado contra el joven. Después, y ya para terminar, arrojó la figura al fuego que había preparado previamente en una palangana, e invocó a los espíritus de las llamas para que purificasen y neutralizasen el mal que se había invocado para dañar a Raimundo.

Cuando Teresa finalizó el contraembujamiento, no pudo evitar que las lágrimas acudieran a sus ojos, y se sintió presa de una gran conmoción. Había apelado a muchas fuerzas que operan en la naturaleza, para contrarrestar el maleficio mortal contra Raimundo. Pero no era capaz de contener sus propias emociones. Si su abuela la hubiera estado observando, se habría sentido muy orgullosa de ella, al ver con qué tranquilidad y seguridad en sí misma había sido capaz de actuar. A pesar de eso, nadie podía garantizar en esos momentos que su hechizo podría anular el encantamiento contra Raimundo. Aunque por una parte se sentía orgullosa del control

que había demostrado, a la hora de poner en práctica sus conocimientos sobre brujería, por otra se sentía totalmente vulnerable. Estaba a merced de las fuerzas que regían este universo, y que ella había invocado para que la ayudasen. Su abuela le recordaba con frecuencia que los hechiceros apenas tenían ventajas en su vida sobre el resto de los mortales. Más bien al contrario, puesto que el conocimiento de las fuerzas naturales, sólo les servía para hacerse más conscientes de su vulnerabilidad como seres humanos. Sin embargo, la gran mayoría de la gente vivía sumida en la irrealidad de un profundo sueño, que les volvía arrogantes y llenos de un supuesto poder, que distaban mucho de poseer. La anciana le repetía que, cuanto más integrada se siente una persona en la naturaleza que la rodea, más pequeña se considera, y más humilde y frágil se vuelve. Paradójicamente, esa fragilidad no es sinónimo de debilidad o indefensión. Al contrario, la anciana le aseguraba que, en su pequeñez, esa persona experimenta una gran fortaleza interna, al tener la certeza de que forma parte de un universo que la cuida y la protege. Y así es como se encontraba ella en esos momentos, pequeña y vulnerable frente al poder que algún hechicero había desplegado contra Raimundo Carbajal. Y, sin embargo, con una gran seguridad y confianza en que las fuerzas del destino no permitieran que el joven muriera a causa de ese maleficio.

Por unos momentos, Teresa tuvo una visión en la que vio el cadáver de Raimundo yaciendo dentro de un ataúd. Sólo fueron unos breves instantes, pero ella reaccionó con ímpetu anulando la imagen que se había colado en su mente. Sabía perfectamente del poder que tiene la creación de imágenes mentales, para que luego éstas se materialicen en el mundo real, y por eso rechazó con fuerza esta visión. Para contrarrestarla, empezó a visualizar a Raimundo, muy contento, después de que le hubieran nombrado candidato al puesto político al que aspiraba. Concentró toda su energía en esa imagen, hasta llegar al agotamiento y, casi sin fuerzas, se dejó caer en la cama. En esos momentos lo que más necesitaba era descansar. El contraembujamiento la había dejado exhausta, y se dispuso a quitarse la ropa y

dormir, durante unas horas, un sueño reparador. Sin embargo, en lugar de dormirse, comenzó a pensar en lo ocurrido durante la noche anterior en el apartamento de Raimundo. Revivió el apasionamiento con que el joven le había hecho el amor, y los esfuerzos que ella había tenido que hacer para no dejarse arrastrar también por esa pasión. Afortunadamente, había logrado mantenerse al margen de la excitación sexual que le provocaba el contacto con la piel de Raimundo. Su cuerpo se dejaba acariciar, y hasta respondía mecánicamente a las carantoñas del joven. Quizás demasiado mecánicamente, porque en algún momento Raimundo llegó a preguntarle si le pasaba algo. Cuando ella respondió negativamente, él le dijo que la notaba mucho más fría que el día anterior. Esta advertencia hizo que Teresa se esmerase un poco más en aparentar una excitación y un enamoramiento que, en realidad, se esforzaba por no sentir. Sin embargo, fingiendo un orgasmo consiguió que el juego amoroso durase poco y que Raimundo eyaculase dentro de su vagina, tan sólo unos momentos después de que ella le pusiera el condón.

Sin poder conciliar el sueño, aunque recobrando poco a poco las fuerzas que había perdido, Teresa sonrió al recordar cómo se las había tenido que ingeniar para quitar a Raimundo el preservativo, con todo el cuidado del mundo para que no se derramase el semen, simulando una especie de juego. Y los apuros que había pasado después para envolver el condón en papel higiénico, y guardárselo en su mochila, sin que él se diera cuenta. Recordó lo ridícula que había resultado toda la escena, y lo extraño que se había quedado Raimundo cuando, ya por la mañana y mientras ella se vestía, empezó a buscar el preservativo por todas partes, con la intención de tirarlo, y éste no apareció. Habían hecho el amor antes de la medianoche cuando, de forma puntual, Raimundo volvió a sentir los agudos dolores. Ahora pensaba que, si no hubiera sido por esos dolores, ella habría tenido muchas dificultades para evitar follar nuevamente con él. Aún así, tuvo que fingir en algunos momentos de la noche que estaba profundamente dormida, ignorando las caricias del joven. Luego, cuando el día empezaba a clarear, el hechizo obró de nuevo, y sólo cuando a Raimundo se le

pasaron los pinchazos en el estómago, y se encontró bien otra vez, pudo ella salir de su apartamento y dirigirse al hotel, con el semen guardado en su mochila, para realizar el contraembujamiento. Ahora, una vez hecho, Teresa pensó que sólo cabía esperar. Dentro de dos días se iba a celebrar la Convención en la que Raimundo sería propuesto como candidato, y ése era el momento clave para saber si su hechizo había conseguido o no neutralizar el daño que alguien estaba enviando a Raimundo. Pensó que quizás podía estar equivocada, pero su intuición le decía que la persona que quería que Raimundo muriera, lo que pretendía en realidad es que él no llegase a ser nominado para ese puesto político, que el joven tanto ambicionaba. “Sólo hay que esperar dos días –dijo en voz alta- y todo esto habrá terminado”.

El sonido de su propia voz hizo que Teresa cayera en la cuenta de que, efectivamente, en cuestión de unas pocas horas toda esa historia habría acabado. De una u otra manera. Aunque había sido educada para vivir en el presente, este pensamiento le provocó un sentimiento de pánico, ante lo incierto de su futuro. Desde que salió de La Habana, para cumplir un encargo de su abuela, y llegó a casa de Tomás Carbajal, todo este conflicto en torno a Raimundo había ocupado su espacio, su tiempo y le había robado toda su energía. Sin comerlo ni beberlo, se había visto envuelta en un asunto que había acaparado toda su atención, aunque ella no acertara a comprender por qué su vida estaba discurriendo por caminos tan extraños. Con cierta desorientación en su ánimo, Teresa recordó que su abuela le había hablado de la ley universal de causa y efecto, y le había enseñado que todo, absolutamente todo lo que nos ocurre, tiene una razón de ser. Aunque a veces, desde la posición en la que nos encontramos no seamos capaces de determinarla. Esperanza Milagros le había hablado de la leyenda de Teseo y el Minotauro. Y le había dicho que nuestros mundos se asemejan a complejos entramados laberínticos, de los que resulta difícil salir sin la ayuda de algún hilo de Ariadna, que nos guíe para no perdernos. Sin embargo, también le había explicado que esas encrucijadas de la vida eran necesarias para que cada uno pudiera encontrar su lugar en este mundo y el camino que le

condujera hacia su destino. Por eso Teresa tenía la esperanza de que todo ese cúmulo de extrañas circunstancias que había vivido desde que dejara su amada Cuba, terminarían llevándola hacia algún sitio. Aunque en estos momentos ella no supiera dónde se encontraba ese lugar. Mucho más tranquila que cuando se acostó, y animada por estas reflexiones, se dijo a sí misma que, aunque no supiera hacia donde iba, confiaba en que la misma fuerza que la había conducido hasta allí, seguiría guiándola durante el resto de su vida. Guardando esta certeza en su interior, el cuerpo y la mente de Teresa fueron relajándose poco a poco, hasta que la joven se durmió profundamente.

## Capítulo XV

El coche oficial de Diego Castillo circulaba hacia el Palacio del Arzobispado, donde iba a mantener una entrevista con Monseñor Esteban Fraile. Sólo faltaban dos días para la Convención del Partido, y quería dejar resuelto el asunto del embarazo de su hija, lo antes posible. Era mucha la afinidad que mantenía con el arzobispo del Territorio. Diego pensó que quizás se debía al hecho de que, durante su juventud, él mismo se había sentido llamado por Dios, y se había planteado la posibilidad de ser sacerdote. En el bolsillo de la chaqueta de su traje, llevaba un documento amarillento, que no era otro que su carnet de monaguillo. Hacía muchos años que lo conservaba, de la misma forma que guardaba otros objetos relativos a su infancia y su juventud. En realidad, la habitación que había junto a la bodega de su casa se asemejaba mucho a un museo. Allí tenía desde el pupitre en el que se sentaba durante sus clases en la escuela primaria, hasta su primer orinal, pasando por el traje de su primera comunión, o el que llevó durante su primera toma de posesión como presidente del Territorio. Además de su triciclo, sus primeras botas de fútbol, sus calificaciones escolares y, naturalmente, la concha que utilizaron cuando fue rebautizado en el río Jordán. Diego sabía que todas esas “reliquias”, como él las llamaba, no sólo tenían un valor sentimental para él, sino que algún día, estaba seguro, pasarían a formar parte de un museo de verdad. Y hasta que llegase ese momento disfrutaba muchísimo enseñando todas esas cosas a un selecto grupo de conocidos de los que invitaba a su casa. Esa mañana, sin saber muy bien por qué, se había echado al bolsillo su carnet de monaguillo. Aunque de sobra sabía que no era necesario exhibirlo para que Monseñor Fraile atendiera a los requerimientos que le iba a plantear.



Embebido en estos pensamientos, no se dio cuenta de que Mauricio acababa de aparcar el coche oficial ante el Palacio del Arzobispado, hasta que su chófer le indicó que ya habían llegado. Diego se bajó del vehículo y entró en aquel edificio que tan bien conocía, y que había sido recientemente restaurado gracias a las generosas subvenciones del Gobierno del Territorio. En el hall le esperaba ya el secretario de Monseñor Fraile. Un joven sacerdote vestido con sotana, y muy bien parecido, que inmediatamente le hizo pasar al despacho del arzobispo. Este, vestido con traje negro y alzacuellos, salió a su encuentro, en cuanto lo vio pasar por la puerta, acercándole la mano derecha para que Diego le besase el anillo. Después de que el político acercase sus labios a la mano que se le ofrecía, ambos hombres se dieron un efusivo abrazo.

-Cuánto bueno por aquí –dijo el arzobispo, mientras le indicaba a Diego que se sentase en uno de los sillones de la salita que había junto a su despacho- ¿A qué debo el honor de esta visita? –preguntó-

Acentuando un gesto de dramatismo, el político le respondió:

-Lo que me trae por aquí es un asunto de la máxima importancia, que no tiene nada que ver con mi gestión, sino que compete a mi familia... Monseñor –añadió, tras una teatral pausa- he venido a pedir tu amparo y tu colaboración, para que me ayudes a evitar el asesinato de un inocente.

Impresionado por las palabras de Diego, Estaban Fraile se apresuró a responder:

-Habla, hijo mío, ya sabes que tienes mi apoyo incondicional para todo lo que necesites. Y más todavía si se trata de un asunto de tanta gravedad.

-Tú lo has dicho, Monseñor. El asunto que me trae es muy grave... Grave y confidencial –añadió cariacontecido- por eso, antes de comentártelo te quiero pedir que me escuches bajo secreto de confesión. Lo que aquí se diga, jamás debe saberse fuera de estas paredes.

-Puedes confiar en mí –dijo el arzobispo con contundencia- Cualquier cosa que tú me pidas que mantenga en secreto, será respetada. Pero si además apelas al secreto de

confesión, ya sabes que la confidencialidad se convierte en un deber sagrado para mí...

-Lo sé, lo sé –le interrumpió Diego- Y también sé que no hacía falta recurrir al secreto de confesión para tener la seguridad de que lo que te cuente no va a ser desvelado por tu parte. Sin embargo, perdóname Monseñor, si apelo a esa garantía sagrada, no lo hago porque dude de tu discreción, ni por mí. Lo hago porque lo que voy a decirte afecta también a la vida de otras personas, concretamente de mi hija María y del resto de mi familia, y no quiero que sus nombres se vean mezclados nunca con ningún escándalo. Ya sabes que hay mucha gente que es capaz de difundir cualquier cosa con tal de hacerme daño. Es la servidumbre que tengo que pagar por mantenerme tanto tiempo en el poder. Un poder que mantengo gracias a los votos de los demás, y no, perdona la expresión, por obra y gracia del espíritu santo.

-Si hijo, ya lo sé. Sé que tienes que desenvolverte en aguas turbulentas como son las de la política. Y por eso admiro aún más que puedas mantener tu alma pura e intacta, dentro de ese mundo tan contaminado en el que te mueves. Todo lo que me cuentes – añadió- será escuchado bajo el secreto de confesión. Así que no te preocupes, porque lo que aquí se diga quedará guardado entre estas paredes. Desahoga tu alma, y confía en el Señor. Él –dijo elevando la vista y las manos hacia el techo- con su inmensa sabiduría nos inspirará para encontrar la mejor solución a tus problemas. Habla, hijo –invitó a Diego, mientras se arrellanaba en su sillón-

Con calma, pero reflejando cierta angustia en la voz, Diego Castillo expuso al arzobispo que su hija mayor estaba embarazada de tres meses, así como la intención de ésta de abortar, dado que ignoraba quien era el padre de la criatura, y no estaba dispuesta a ejercer el papel de madre adolescente y soltera. También le contó la solución que se le había ocurrido para evitar el asesinato del inocente nonato, el pecado mortal de su hija, y el consiguiente escándalo que un crimen así acarrearía a toda la familia. La angustia reflejada en la voz de Diego cuando inició su relato, había

ido subiendo de tono hasta convertirse en una crónica desesperada, que terminó con una desconsolada súplica del político hacia Esteban Fraile.

-Ayúdame, Monseñor –concluyó Diego mientras sacaba del bolsillo de su chaqueta un pañuelo blanco y se limpiaba el sudor y una lágrima que discurría por su mejilla- te suplico que me ayudes –pidió de nuevo bajando la cabeza con tono humilde-

Poniéndose en pie, el arzobispo se dirigió hacia su mesa de despacho, y de una botella de cristal que había sobre ella, vertió agua en un vaso y se lo llevó al presidente para que éste bebiera. Esteban Fraile volvió a sentarse en su sillón y, tras pensar unos momentos, que a Diego le parecieron una eternidad, dijo con solemnidad:

-Veo, hijo mío, que Dios Nuestro Señor te ha iluminado ante este grave conflicto que tienes, porque la solución que has ideado no puede ser mejor. Al adoptar al niño de tu hija, no sólo estás evitando la muerte de un inocente, sino que además le estás garantizando a la criatura un futuro digno junto a su madre. Aunque la maternidad de tu hija sea algo que haya que mantener en secreto de cara al exterior. Te felicito – añadió- no creo que a nadie se le hubiera podido ocurrir una solución mejor.

Visiblemente reconfortado por las palabras de arzobispo, Diego Castillo se levantó de su sillón, y en un teatral gesto, hincó la rodilla al suelo mientras estrechaba las manos de Esteban Fraile. Este, felizmente sorprendido por la agradecida actitud del político, le impuso la mano izquierda sobre la cabeza, mientras que con la derecha le daba la bendición. Luego, ayudó a levantarse a Diego, a la vez que le preguntaba:

-Y tu hija ¿está de acuerdo con la solución que propones?

-Lo estará, Monseñor, lo estará. Por nada del mundo voy a permitir que una hija mía cometa algo tan atroz como un aborto. Si yo lo consintiera, jamás me lo perdonaría. Mi conciencia no lo podría soportar.

-Bien dicho, hijo. Si todos los dirigentes políticos fueran como tú, otro gallo nos cantarían en este país. Por desgracia no es así. Hasta en tu propio partido no es oro todo lo que reluce –añadió con un tono de reproche-

-Lo sé –dijo Diego- no puedes imaginarte, Monseñor, los problemas que me crea dentro de mi partido el hecho de que yo sea católico creyente y practicante. A pesar de eso, yo siempre doy al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.

-Y yo doy buena fe de ello. Tú has ayudado mucho a la Iglesia, y la Iglesia que yo represento te ayudará ahora a ti. Cuenta conmigo para llevar a cabo tu plan. Espero que me indiques en qué medida y en qué asunto puntual puedo ofrecerte mi colaboración –concluyó el arzobispo-

Ya de pie y mientras se despedían, Diego preguntó a Esteban Fraile cómo iban las gestiones para el traslado de las reliquias de Santa Constancia Perpetua al Territorio.

-Bueno, ya sabes que estas cosas requieren su tiempo. Las cosas de palacio van despacio, y las de la Santa Sede más despacio todavía. Son procesos largos, pero ya hemos avanzado mucho al poder demostrar que Santa Constancia Perpetua nació aquí en el Territorio.

-Si yo puedo hacer algo por acelerar ese proceso –dijo Diego-

-Es posible que sí puedas ayudar –respondió el arzobispo con gran animación- un viaje tuyo a Roma y una visita al Santo Padre garantizando el apoyo del Gobierno del Territorio a esta iniciativa, podrían acelerar nuestras gestiones...

-Quizás si nosotros sufragamos los gastos del traslado de las reliquias –añadió Diego con un tono de cierta malicia en la voz- habría menos problemas para la autorización. Se podría hacer coincidir su llegada con alguna importante fecha religiosa del Territorio...

-Con el Corpus, por ejemplo –le interrumpió animado el arzobispo-

-Sí, con el Corpus –asintió Diego- se podría organizar una gran fiesta religiosa de recepción de las reliquias, en la que pudieran participar autoridades de la Iglesia de todo el país y, naturalmente, los enviados desde Roma.

Con el acuerdo de que volverían a verse en breve, Diego Castillo se despidió de Monseñor Fraile, al que pidió un informe completo sobre las gestiones para el traslado

de las reliquias de Santa Constancia Perpetua al Territorio, y sobre los aspectos en los que él pudiera participar para favorecer dicho traslado.

Con un ánimo exultante, Diego se subió de nuevo al coche oficial y pidió a Mauricio que le trasladase al Palacio de Congresos y Exposiciones, donde se estaban ultimando los preparativos para la Convención que su partido iba a celebrar dos días después. Cuando llegaron, el recinto estaba convertido en un hervidero de operarios, que iban y venían para que todo estuviera en su sitio. Al frente de todos ellos se encontraba Guillermo Maestre que, con una frenética actividad, no dejaba de dar órdenes a diestro y siniestro. Cuando Diego llegó hasta él, su hombre de confianza estaba supervisando el escenario, mientras los técnicos probaban la luz y el sonido. Para esta ocasión, había sido el propio Diego Castillo el que había ideado un complejo sistema de espejos móviles, que conformarían el decorado durante su intervención. Basándose en una famosa escena de la película “El tercer hombre”, Diego había diseñado un escenario rodeado de espejos, en el que su figura se veía multiplicada y reproducida desde distintos ángulos. Visiblemente satisfecho con el resultado, se subió hasta donde estaba el atril y preguntó a Guillermo que tal quedaba el efecto.

-¡Magnífico, presidente! –exclamó su secretario- A ver, sube los brazos. Tienes que gesticular lo máximo posible para que la reproducción resulte más viva.

Diego gesticuló, imitando un improvisado discurso, y también probó el micrófono, mientras era enfocado desde arriba por una potente luz blanca.

-¿Ese foco no puede tener una luz menos intensa? –preguntó- me voy a achicharrar de calor si lo tengo pegado a la coronilla, y voy a sudar como un cerdo.

-Lo bajaremos un poco –le respondió con desgana uno de los técnicos-

Mientras éstos probaban los altavoces con la música del himno del partido, Diego preguntó a Guillermo si estaban ya realizadas las conexiones de la sala de prensa y dispuesto el circuito cerrado de televisión, para poder seguir la Convención desde distintas salas del Palacio de Exposiciones.

-No te preocupes, que todo está controlado –dijo el secretario- aún quedan muchos cabos sueltos, pero todavía hay tiempo.

-No me jodas con que hay tiempo –tronó- mañana tiene que quedarse todo dispuesto. Ya sabes lo que me fastidian las prisas de última hora. Y más aún si afectan a la prensa. En ese terreno nada puede fallar...

-Que te he dicho que no te preocupes –le interrumpió Guillermo- Nada fallará. Mañana estará todo ultimado por si los periodistas quieren probar sus equipos. ¿Es que ha fallado algo alguna vez? –le preguntó un poco molesto-

Sin responder a la pregunta que le hacía su secretario, Diego pensó que tenía razón. Nada había fallado en el pasado, y también en esta ocasión las cosas se desarrollarían según lo previsto. En realidad no era la organización de la Convención lo que le preocupaba en esos momentos. Lo que le estaba carcomiendo por dentro era la duda de si tendría éxito o no el hechizo que había encargado contra Raimundo Carbajal. Ese era el verdadero motivo de su inquietud, porque si Raimundo continuaba vivo el sábado, todo su plan se vendría abajo.

Cada vez más nervioso, Diego se despidió de Guillermo y subió de nuevo al coche oficial para que Mauricio le trasladase hasta la sede del Gobierno del Territorio. Mientras circulaban, Diego preguntó a su chófer a bocajarro:

-¿A ti que te parecería si yo anunciase el sábado que no voy a presentarme a la reelección?

Visiblemente sorprendido, Mauricio miró a su jefe por el espejo retrovisor, con cara de perplejidad, y le respondió:

-¡No joda! Usted no puede irse, presidente. ¿Qué iba a ser del Territorio? Está de broma, ¿no?

Sin poder ocultar la satisfacción que le producía la respuesta de su chófer, Diego se apresuró a responder mientras sonreía:

- Si, Mauricio, estoy de broma.

- ¡Uf, menos mal! –añadió éste mientras aparcaba frente al Palacio- vaya susto me ha dado.

Al llegar a su despacho, su secretaria le informó de todas las llamadas que tenía pendientes, y su jefe de prensa también le aguardaba con una lista de los medios de comunicación que estaban interesados en entrevistarle ese día. Sin ganas de atender a nadie, pidió que le dejaran media hora de tranquilidad y, pasado ese tiempo, le pusieran al teléfono con su mujer. Tenía que hablar con ella. Pero también necesitaba un poco de calma para pensar de qué manera podía averiguar si el hechizo que había encargado, estaba haciendo efecto en Raimundo Carbajal. Tenían que verse al día siguiente en el partido con Jaime Espinosa, pero no podía aguantar hasta entonces con esa inquietud. Tras meditar unos momentos sobre ello, llegó a la conclusión de que sólo el propio Raimundo podría informarle de su estado de salud. “Pero no le voy a llamar para preguntarle si se siente embrujado, ¡no te jode!” –dijo en voz alta con evidente malhumor-. Aún así, su estado de nerviosismo era tan patente, que agarró el teléfono interior y pidió a su secretaria que le pasase con Raimundo. Al cabo de unos instantes oyó la voz del joven al otro lado del aparato.

-¿Qué tal, hombre? –preguntó intentando aparentar normalidad- Te llamo para ver cómo te encuentras y para recordarte la cita de mañana en el partido. Aunque supongo que no es necesario que te lo recuerde.

-No, no es necesario –respondió Raimundo- no podría olvidarme de una reunión así el día antes de la Convención.

-Claro, claro. Y qué, ¿cómo te encuentras? ¿Estás nervioso? –preguntó Diego, sin saber cómo continuar la conversación-

- Bueno, un poco si que estoy –dijo el joven- mentiría si dijera otra cosa. Pero lo superaré. Al fin y al cabo, tendré que acostumbrarme a hablar en público...

- Pero tu no tienes que hablar –le interrumpió Diego algo molesto- ya hablarás más adelante. Supongo que Jaime te prepara una rueda de prensa en el partido ¿no te lo ha dicho?

- En realidad lo vamos a concretar en la reunión de mañana...

- Bien, pues mañana hablaremos –le cortó Diego- sólo quería saber si estabas animado y te encontrabas bien de salud.

- Si, si, estoy muy animado, aunque de salud no voy tan bien.

-Y eso ¿te pasa algo? –preguntó Diego con fingida preocupación-

-No, no creo que sea nada de cuidado. Últimamente he tenido dolores muy fuertes en la parte baja del estómago. Lo más curioso es que son intermitentes. Vienen y se van. Seguro que no es nada grave. Deben ser los nervios que se me han fijado ahí.

La información que le había proporcionado Raimundo sobre sus “dolores intermitentes”, fue suficiente para que Diego experimentara un repentino cambio de humor, que casi rozaba la euforia. Visiblemente animado, interpretó que esos dolores eran la mejor señal de que el hechizo estaba haciendo efecto. Como si fuera un niño, no pudo evitar ponerse a dar saltos de alegría, mientras levantaba los brazos y cerraba fuertemente los puños. Tras la explosión de júbilo se sintió mucho más calmado y seguro de que todo saldría según lo previsto. Con esa certeza interior, pidió a su secretaria que llamase ya a su mujer, y aguardó con el teléfono en la mano hasta que escuchó la voz de Paloma. Empleando un falso tono de suavidad, le pidió disculpas por todo lo que había dicho la noche anterior, y se justificó diciéndole que se encontraba muy alterado por la gravedad de lo que ella le había contado.

-Hostia, Paloma, a uno no le dicen todos los días que su hija está embarazada ¿cómo querías que reaccionara?

-Pues como un padre y no como el presidente del Territorio –respondió su mujer-

Ignorando esta respuesta, Diego le pidió que no dijera a nadie lo del embarazo de María, y que no se preocupase porque él ya había ideado una solución que satisfaría a todos.

-Pues no sé que solución puede ser esa –dijo su mujer con un tono de escepticismo en la voz-



-Ya te lo contaré cuando llegue a casa. Ahora, llama a María y a Marta y que cojan las dos el primer avión que puedan y se vengán para acá. Las quiero aquí mañana sin falta-ordenó- Este no es un asunto para tratarlo por teléfono...

Paloma le interrumpió para decirle que ese viaje ya estaba previsto. Sus hijas ya tenían los pasajes del avión y llegarían al día siguiente.

-Bien –se despidió Diego- veo que las mujeres de esta casa aún tienen algo de sentido común.

Al colgar el teléfono, Diego cerró los ojos, se llevó las manos a la nuca y se estiró hacia atrás en el sillón mientras inspiraba profundamente. Volvió a pensar en los dolores de Raimundo, y no pudo evitar una sonrisa. Al cabo de unos instantes, soltó una sonora carcajada. Acababa de verse a sí mismo, en el escenario rodeado de espejos, pidiendo un minuto de silencio por el fallecimiento de una joven promesa del Partido: Raimundo Carbajal.

## Capítulo XVI

Gabriel Olmo no había podido dormir en toda la noche. La tarde anterior no realizó el hechizo contra Raimundo Carbajal. Y tampoco había hecho la sesión que le correspondía durante esa madrugada, para que el joven sintiera los fuertes dolores en la Gran Ciudad, coincidiendo con las primeras luces del alba. Esa tarde del viernes 25 de octubre, Gabriel debía llevar a cabo el ritual mortal definitivo, que provocaría el fallecimiento de Raimundo al filo de la medianoche. Así evitaría que al día siguiente fuera designado para ocupar un puesto político. Pero Gabriel sabía, en el fondo de su alma, que no iba a hacer ese hechizo mortal. Más aún, tenía el convencimiento de que ya nunca podría llevar a cabo un ritual que dañase a ninguna persona. Lo intuyó desde el día en que sintió en su interior la voz de su maestra. Y ahora, en esos momentos, y después de haber estado todo la noche inquieto y sin dormir, sabía con absoluta certeza que debía abandonar la vida que había llevado hasta entonces, para iniciar una nueva. Apenas unos días antes no hubiera podido imaginarse que le ocurriera algo así. El nunca había dejado un trabajo a medio hacer, pero ahora se sentía incapaz de causar la muerte a nadie. Durante los últimos años, el que alguien muriera o quedase afectado de algún modo, a causa de su brujería, era algo que no le había importado en absoluto. Sin embargo esa época ya había acabado para él.

Tumbado en su cama, reflexionó sobre lo enigmática que resultaba la existencia. Su maestra siempre le decía que la vida es un misterio insondable y que, cuando menos te lo esperas, surge algún movimiento interior que hace cambiar el rumbo de tu existencia. Esperanza Milagros le había explicado que esos cambios obedecen a largos procesos internos que se van realizando a lo largo de los años, sin

que nosotros nos demos cuenta de ellos. Sin embargo, basta un solo día, un solo minuto, para que cambie nuestra perspectiva de las cosas y nada vuelva a ser lo que era. Aún le parecía estar escuchando la voz de la anciana cuando le repetía: “El mundo es para cada uno de nosotros tal y como lo vemos en ese momento. Pero si cambia esa visión, el mundo entero cambia con ella. Y ese cambio siempre sucede en un sólo instante; aunque se haya estado gestando durante muchos años”. Sonriendo, y con un fuerte sentimiento de gratitud hacia su maestra, por todo lo que le había enseñado, Gabriel recordó cómo Esperanza Milagros cogía un vaso y lo iba llenando de agua poco a poco, para mostrarle lo que le quería decir. “Mira este vaso –le pedía- puede tardar mucho tiempo en llenarse, dependiendo de que el agua llegue a él a chorros o gota a gota. Pero sólo emplea un instante en desbordarse. Lo mismo le pasa a nuestra atención interna. Pero es en ese preciso momento en el que se desborda, cuando se producen los verdaderos cambios en nuestro interior. Cambios que afectan a nuestra visión de las cosas y que, por tanto, al modificar nuestros puntos de vista, transforman el mundo que nos rodea y nuestra propia vida.” Recapitulando ahora sobre las palabras de la anciana, Gabriel se preguntó en qué momento de su existencia se habrían empezado a fraguar las certezas que tenía en esos instantes, y que eran tan diferentes de lo que pensaba sólo unos días antes. Aunque durante los últimos años se había alejado de su maestra y había volado por su cuenta, ahora que Esperanza Milagros ya no estaba en este mundo, se daba cuenta de cómo había influido esta mujer en su vida, y del legado tan poderoso que le había dejado en herencia para desenvolverse en el mundo.

Este pensamiento golpeó en su cabeza y, como si acabase de descubrir un gran misterio, se dijo a sí mismo que quizás fuera eso lo que le pasaba. Se preguntó si, al morir su maestra, él no estaría heredando una buena parte del pensamiento y de la forma de actuar que Esperanza Milagros había desarrollado en el mundo de la brujería. Era posible que, al trasladarse a otra dimensión distinta del mundo terrenal, la anciana estuviera dejado el legado de su conocimiento y su peculiar forma de

entender la hechicería, a las dos personas que fueron sus aprendices en esta vida. Es decir, a él mismo y a su nieta Teresa. Quizás por eso, razonó, su maestra le había transmitido la necesidad de que buscara a la joven. Muy inquieto, pero con este pensamiento cada vez más asentado en su interior, la mente de Gabriel empezó a funcionar a toda velocidad. De repente, la vaga sensación que tenía de que debía buscar a Teresa, se convirtió en una auténtica certeza, y en una verdadera urgencia. Rápidamente pensó que si la joven había vendido la casa de su abuela y se había ido a España, lo más probable es que se hubiera encaminado a Galicia. Y más concretamente a Lameiros. Pues ése había sido el punto de referencia al que constantemente estaba aludiendo su maestra, a lo largo de toda su vida. Recordó cómo la anciana hablaba con verdadero deleite de aquellas tierras gallegas. Y también rememoró cómo siempre se lamentaba de que no volvería al lugar que la había visto nacer. “No es mi destino volver allí –decía una y otra vez- qué le vamos a hacer”. Ahora, al recordar la infinidad de veces que había oído a su maestra hacer ese comentario, Gabriel tuvo la íntima certeza de que, si debía buscar a Teresa, tendría que viajar hasta Galicia.

Con la emoción contenida y cada vez más agitado, Gabriel saltó de la cama y miró el reloj. Eran las siete menos diez de la mañana, y había muchas cosas por hacer. Mentalmente, calculó que en España sería casi la una, y pensó que, antes que nada, debía de ponerse en contacto con Enriqueta Beltrán para comunicarle que renunciaba a hacer el hechizo mortal contra Raimundo Carbajal. Mientras adoptaba en firme esta decisión, Gabriel experimentó una gran liberación interior. Como si se hubiera quitado un gran peso de encima. Por unos instantes se detuvo a pensar que el tal Raimundo Carbajal había tenido mucha suerte. Sin duda, alguna jugada del destino había obrado a su favor para que conservase la vida. También le vino a la cabeza qué opinaría la vidente de su decisión. Pero inmediatamente concluyó que eso a él le daba lo mismo. Como también le tenía sin cuidado los trastornos que podía ocasionar al poderoso político que había encargado el maleficio. Imaginaba que a ese personaje no

iba a hacerle ninguna gracia su renuncia. Pero tampoco eso le importaba. Es más, en esos momentos incluso se alegraba de que los planes del político no le fueran a salir como había previsto. Pensó que alguien que tenía tan pocos escrúpulos como para eliminar de esa manera a sus rivales, no merecía ningún miramiento por su parte. Al hilo de este último pensamiento, Gabriel sonrió pesando que, hace sólo unos días, nunca hubiera razonado de esa manera. En realidad no habría razonado de ninguna. Simplemente se habría limitado a hacer el hechizo mortal, y punto. También pensó en la fuerte suma de dinero que le iban a pagar por realizar el ritual. Pero tampoco en eso había problema. El nunca cobraba hasta que no se habían confirmado los resultados de su hechizo. Y la verdad es que no lo necesitaba. Siempre había vivido de una manera tan austera que, hasta tenía ahorrados algunos pesos. Y ahora ese dinero le serviría para viajar a España sin ningún problema. Vivía solo. De su familia hacía mucho tiempo que se había alejado. En realidad su única familia de verdad había sido su maestra. No tenía amigos. Con sus vecinos mantenía una actitud distante. Y sus únicos conocidos eran los que se acercaban a él para encargarle algún trabajo de santería, puesto que los demás le tenían miedo. No tenía que dar explicaciones a nadie, ni dejaba ningún asunto pendiente. “Por lo tanto –dijo en voz alta, con gran seguridad en la voz- no hay nada que me impida hacer el equipaje y coger el primer avión que salga para España”.

Al verbalizar esta resolución, Gabriel sintió por dentro una gran congoja que le provocó un nudo en la garganta, y que hizo que se le saltasen las lágrimas. Con el ánimo exaltado, el santero experimentó un profundo agradecimiento hacia toda la existencia. Emocionado por este sentimiento desconocido para él, Gabriel se dirigió hacia la habitación oscura, donde habitualmente realizaba sus hechizos y, con gran energía, arrancó de la ventana la tela negra que la cubría. En esos momentos, una tenue luz que iluminaba el patio interior a donde daba ese cuarto, se coló a través de los cristales difuminándose por la estancia. Con gesto de satisfacción, Gabriel salió de la habitación y al cabo de unos momentos volvió con un saco. Abrió el pequeño baúl y,

mientras canturreaba una oración, introdujo en él los utensilios que utilizaba para sus sortilegios, incluyendo la figura de cera que representaba a Raimundo Carbajal, su reloj y su fotografía. Cuando terminó de recoger todos sus instrumentos de santero, Gabriel se echó el saco al hombro y salió de su casa hacia el Malecón. A esas tempranas horas de la mañana ya no había turistas en las calles de La Habana Vieja. Sólo algunos borrachos que aún no habían terminado la fiesta de la noche anterior. Ignorándolos, Gabriel siguió su camino y, al pasar por un destartado locutorio telefónico, se detuvo para llamar a Enriqueta Beltrán. Al cabo de varios tonos, y cuando ya se disponía a colgar, escuchó la cansada voz de la vidente al otro lado del teléfono. Contento de poder hablar con ella, Gabriel le explicó en pocas palabras que renunciaba a terminar el trabajo que le había encargado. Al escucharle, la primera reacción de Enriqueta fue permanecer en silencio. Pero al cabo de unos momentos, Gabriel oyó una carcajada. Un poco perplejo por la reacción de la anciana le preguntó: -¿Te pasa algo? No creí que mi decisión iba a provocarte tanta risa. Pensaba que iba a tener una bronca contigo. Que te ibas a enfadar.

-En absoluto –respondió Enriqueta, que no podía parar de reír- No sé qué es lo que te ha hecho cambiar de opinión, y tampoco me importa. Te busqué para este trabajo en contra de mi voluntad, y sólo porque la persona que lo encargaba me amenazó...

-Espero que mi negativa a terminar el trabajo no te provoque ningún problema –la interrumpió Gabriel-

-No te preocupes por eso. Soy vieja y estoy cansada, pero aún sé defenderme. Además, acabas de darme una alegría tan grande, que todo lo demás no importa.

Gabriel se despidió de Enriqueta y, después de pagar la llamada, cargó de nuevo con su saco al hombro dirigiéndose hacia las rocas en las que solía sentarse junto al mar. Al llegar allí, miró a su alrededor para que nadie le viera y, después de comprobar que se encontraba solo, fue sacando del saco los utensilios que había dentro y, uno a uno, los arrojó al mar. Rápidamente, los objetos fueron revolcados por las olas y, después de unos momentos desaparecieron de la vista, tragados por las

aguas. Gabriel tiró también el saco y se sentó unos minutos en aquellas piedras en las que tantas veces había descansado. Con gran emoción, notó de nuevo cómo las lágrimas acudían a sus ojos y, en voz alta, dio gracias a las rocas, a la espuma de las olas, al cielo, al mar y a todo lo que configuraba ese lugar tan especial para él, por haberle acogido tantas veces y haberle acompañado en su soledad. Con la mirada perdida en el horizonte, Gabriel se preguntó si alguna vez regresaría a su casa o si, por el contrario, su marcha sería para siempre. Pensó que le daba igual. No tenía nada que hacer en La Habana. Y quizás la fuerza que determina el destino de los hombres hubiera decidido que debía terminar sus días en las lejanas tierras gallegas. En esos momentos se dio cuenta de que, desde que se había alejado de su maestra, su vida había carecido de propósito. Cuando Esperanza Milagros le enseñaba los secretos de la hechicería, ese aprendizaje le llenaba por completo. Pero después, cuando se estableció por su cuenta como santero, su vida se había ido apagando poco a poco. Y su existencia se había vuelto cada vez más sombría, porque había perdido el deseo y la voluntad que anima cualquier proyecto vital. Contemplando el rítmico ir y venir de las olas, Gabriel fue consciente del tiempo que había pasado sin ganas de vivir. Pensó que, sólo unos días atrás, le habría dado lo mismo seguir respirando que estar muerto. Sin embargo en esos momentos, y por primera vez en muchos años, tuvo deseos de seguir vivo. Animado por esta agradable sensación, Gabriel echó un último vistazo a aquel lugar antes de abandonarlo. Sentía una gran urgencia por poner orden en sus asuntos y partir cuanto antes hacia la tierra en la que nació su maestra, y de la que tanto le había hablado. Estaba seguro que a Teresa la encontraría allí.

Cuando Enriqueta Beltrán colgó el teléfono, su cara reflejaba una gran satisfacción. Lo que menos había esperado ese día era recibir una llamada de Gabriel Olmo, comunicándole su renuncia a realizar el hechizo mortal contra Raimundo Carbajal. Lo primero que pensó es que ella misma iría a comunicárselo a Diego

Castillo. Por nada del mundo se quería perder la cara que el presidente del Territorio iba a poner cuando le dijera la noticia. Pensó que tendría que hacer grandes esfuerzos para no reírse en sus morros. Para no decirle en sus propias narices que no siempre se podían controlar todas las cosas, como él pretendía y, sobre todo, si afectaban a las vidas de los demás. Sin poder borrar la sonrisa de su boca, la vidente olvidó por un momento sus muchos achaques, y con una fortaleza interior que no experimentaba hacía mucho tiempo, pensó que la inesperada decisión del santero cubano la reconciliaba con el mundo. Resultaba agradable que, al menos de vez en cuando, alguien tan poderoso como Diego Castillo no se saliera con la suya. Ella había vivido muy de cerca la evolución de aquel personaje, y había sido testigo de cómo la ambición de los primeros años del político se había ido transformando en una extremada arrogancia, hasta hacer de él un ser engreído y soberbio, adicto al poder e incapaz de ponerse en el lugar de los demás. Sin embargo, la determinación que había tomado un hombre, al que Diego ni siquiera conocía, a miles de kilómetros de distancia, iba a provocar que se vinieran abajo todos los oscuros planes del político.

Suspirando profundamente, e intentando ponerse seria para que la alegría no se le notase en la voz, Enriqueta descolgó el teléfono y marcó el número privado de Guillermo Maestre. Unos instantes después oyó la voz del hombre de confianza de Diego Castillo, y la vidente le comunicó que debía ver al político, urgentemente. El secretario no se molestó en preguntarle el motivo de la visita, porque tenía orden de no inmiscuirse en las cosas entre Enriqueta y su jefe. Por eso se limitó a decirle que, si era tan urgente lo que le tenía que decir, podía ponerla en contacto telefónico con el presidente, en esos mismos momentos. Pero la vidente insistió en que tenía que ver a Diego personalmente y, además, debía hacerlo cuanto antes. Guillermo le comunicó que el presidente estaba almorzando en esos momentos fuera del Palacio, pero que a las cuatro tenía previsto volver, antes de marcharse a una reunión en el Partido. Ambos convinieron en que la vidente se desplazaría a la sede del Gobierno del Territorio, y esperaría allí para ver a Diego cuando volviera de comer. Para facilitarle el



traslado, Guillermo dijo a Enriqueta que mandaría el coche oficial a recogerla, puesto que el presidente no lo estaba utilizando. Cuando colgó el teléfono, la mujer volvió a experimentar esa especie de satisfacción interna que tenía desde que había recibido la llamada de Gabriel Olmo. Supuso que, después de lo que le iba a comunicar a Diego Castillo, el presidente ya no iba a querer verla más, y prescindiría de sus servicios para siempre. Y este pensamiento, lejos de preocuparle, le produjo cierta liberación. Cada vez se encontraba más vieja y cansada. Intuía que le quedaba poco tiempo de vida y, a lo único que aspiraba era a morir en paz. Estaba más que harta de sus citas semanales con Diego Castillo. Hubo un tiempo en que el político la escuchaba, y ella le aconsejaba los pasos que debía dar en su carrera. A qué enemigos debía evitar, y qué tipo de comportamientos favorecerían su buena imagen pública. Pero hacía varios años que el presidente ya no escuchaba a nadie. Sólo oía el eco de su propia voz, y cuando alguien le criticaba o entorpecía su camino para mantenerse en el poder, sencillamente lo machacaba. Enriqueta se preguntaba ahora qué iba a ser de Diego, si su partido le retiraba la confianza y lo sustituía como candidato por Raimundo Carbajal. Al hacerse esta pregunta, un escalofrío recorrió la espalda de la vidente. Acababa de acordarse de la última vez que echó las cartas al presidente, en ausencia de éste, y de ese arcano número 13 que salió para determinar su futuro. Rememorando aquellos momentos, cuando sacó la figura de la muerte del Tarot, Enriqueta se estremeció y, sin querer pensar más en ello, se dispuso a cambiarse de ropa y a prepararse para cuando Mauricio la recogiera.

Cuando Diego Castillo llegó al Palacio, Enriqueta ya estaba aguardándolo. Intentando disimular un gesto de preocupación, el presidente la saludó y se encerró con ella en su despacho. No había más que mirar la cara de la vidente para saber que algo malo ocurría. Sin demora, Diego preguntó a Enriqueta a qué se debía su inesperada visita. Y la mujer, después de mirarle fijamente a los ojos durante unos instantes, le dijo con cara de circunstancias:

- Me ha llamado el santero cubano al que encargué el trabajo, para decirme que renuncia a hacerlo. No habrá ningún hechizo mortal contra Raimundo Carbajal. Al oír esto, a Diego le dio un vuelco el corazón y, sin poder articular palabra, empalideció, al tiempo que notó cómo la sangre se le helaba en las venas.

## Capítulo XVII

Teresa estaba durmiendo cuando, entre sueños, oyó el insistente sonido del teléfono de su habitación. Un poco atontada, estiró la mano y consiguió descolgar el aparato. De inmediato reconoció la voz de Raimundo que le preguntaba:

-¿No estarás durmiendo desde ayer?

-Un poco desconcertada por la pregunta, Teresa miró el reloj que tenía en la mesilla de noche, pensó unos instantes y llegó a la conclusión de que quizás llevase durmiendo un día entero. Lo último que recordaba era el intenso agotamiento que sintió después de realizar el contraembujamiento, cómo se metió en la cama y, finalmente, se quedó dormida.

-¿Qué día es hoy –preguntó con la cabeza aturdida-

-¿Cómo que qué día es hoy? Es viernes. Cuando me pediste ayer por la mañana que te dejase el día para descansar, no pensé que ibas a estar todo el rato durmiendo. Pues sí que estabas cansada de verdad –añadió Raimundo con un tono de incredulidad en la voz-

Como Teresa no decía nada, fue el joven el que retomó la conversación.

-Pues yo tengo que darte una buena noticia –añadió contento- ni anoche ni esta mañana he tenido ningún dolor. Me encuentro estupendamente.

Esta afirmación hizo que Teresa se incorporase en la cama, y respondiera con sincera animación.

-¿De verdad? No sabes cuanto me alegra oír eso. Es la mejor noticia que me podías dar. Me alegro muchísimo, de todo corazón.

-Bueno mujer, no sabía que te iba a impresionar tanto –dijo Raimundo satisfecho- ya te dije que lo más seguro es que no fuera nada importante. Algo que me sentaría mal. De todas maneras, ha sido una cosa muy rara. Eso de que los dolores aparecieran y desaparecieran con la misma facilidad, y a las mismas horas... No sé, resulta muy extraño.

Teresa ignoró los razonamientos de Raimundo, y le preguntó si estaba nervioso por la Convención del día siguiente.

-No –mintió el joven- Bueno, sí. Para qué voy a negarlo. La verdad es que me encuentro bastante alterado. Ten en cuenta que mi vida cambiará desde el momento en que Diego Castillo me designe como sucesor suyo y candidato a la presidencia del Territorio.

-¿Y si no te nombrase, qué pasaría? –dijo Teresa-

-¿Por qué me preguntas eso? –afirmó Raimundo con un tono de alarma en la voz- ¿Es que has oído algo?

Teresa no pudo evitar reírse antes de responderle:

-¿Yo? Pero si apenas llevo unos días en la Gran Ciudad y no tengo ni idea de política.

¿A qué te refieres con eso de si he oído algo? –preguntó a su vez-

Tras permanecer unos segundos en silencio, dudando, Raimundo respondió al fin:

-Existe la posibilidad de que Diego Castillo no anuncie mi candidatura. En realidad él quiere seguir presentándose a las elecciones, pero el Partido no le deja. Le obliga a retirarse y a designarme a mí como su sucesor...

-Perdona, no sabía nada –le interrumpió Teresa-

-De ahí mi pregunta –continuó Raimundo- pero no te preocupes. Si Diego no anuncia mañana que se retira y que yo seré el nuevo candidato, el Partido lo hará público al día siguiente... Al menos eso es lo acordado –concluyó Raimundo sin demasiada convicción-

Teresa siempre había creído que era el tal Diego Castillo el que había encargado el hechizo contra Raimundo. Ahora, después de escuchar lo que éste le había dicho, ya no tenía ninguna duda. Tras unos instantes de silencio, el joven preguntó de nuevo:

-¿Vendrás mañana conmigo a la Convención?

Aunque Teresa esperaba la pregunta, dudó antes de responder:

-No sé. La verdad es que yo allí no pinto nada...

-Esa no es la cuestión –la cortó Raimundo- a mí me gustaría que me acompañaras. Es un momento muy importante en mi vida, y me gustaría compartirlo contigo. ¿Vendrás?

-Está bien, te acompañaré –concluyó lacónicamente Teresa-

Antes de colgar el teléfono, Raimundo quedó en llamarla para salir por la noche, después de la reunión que esa misma tarde tenía en el Partido con Jaime Espinosa y Diego Castillo. Teresa accedió a la cita sin entusiasmo y, nada más terminar con la conversación, decidió que sólo se quedaría en la Gran Ciudad hasta la Convención, y después desaparecería de la vida de Raimundo y viajaría de nuevo a Galicia. Aunque en el fondo de su alma siempre había sabido que volvería a la tierra de su abuela, hasta ese momento no había tal seguridad. Como siempre le decía la anciana, cada cosa tenía su momento. Y el momento de partir había llegado para ella. Ya no tenía nada que hacer allí. Si regresó desde Lameiros, era porque debía realizar el contraembujamiento para salvar la vida a Raimundo Carbajal. Aún no sabía con certeza si lo había logrado, pero el hecho de que éste ya no hubiera sentido aquellos terribles dolores, era un buen augurio. Su intuición como hechicera le decía que si Raimundo era designado como candidato en la Convención del día siguiente, y superaba ese momento sano y salvo, eso significaría que su rival político no había podido deshacerse de él. Y, por tanto, ya no la necesitaba. Sentada en la cama, pensó en la mejor manera de despedirse de Raimundo, y se preguntó si debía hacerlo esa misma noche. En voz alta se respondió: “No, esa no es una buena idea. Lo mejor será esperar a que pase la Convención”. No quería herir los sentimientos del joven, pero tampoco quería hacerle concebir falsas esperanzas. Lamentaba mucho haber tenido

que aparentar un afecto que no sentía, para poder lograr el semen de Raimundo. Aunque si era sincera consigo misma, tenía que reconocer que el joven había provocado en ella una pasión sexual que nunca antes había experimentado y, por qué no decirlo, una mezcla de compasión y afecto. Era verdad que ese sentimiento suyo no tenía nada que ver con la relación que Raimundo deseaba, pero no por eso deseaba hacerle daño. Incorporándose de la cama de un salto, Teresa dio por concluido su monólogo y se dirigió al cuarto de baño para ducharse. Observándose desnuda ante el espejo, se estremeció al recordar el apasionamiento de las caricias de Raimundo y, con un gesto de decisión dijo en voz alta: "Se le pasará. Todo pasa en esta vida".

Raimundo se sintió satisfecho de que Teresa le acompañara a la Convención del Partido el día siguiente. Cuando pasase todo ese lío, pensaba proponerle de nuevo que se casase con él. No quedaba mucho tiempo hasta las próximas elecciones, y quería dejar solucionado ese tema lo antes posible, para no tener que preocuparse más del asunto. La carrera política que iba a iniciar le exigía una mujer a su lado, y esa mujer tenía que ser Teresa. El ya había hecho su elección, y pensó que no existía ningún motivo para demorarse. Razonó nuevamente que ya tenía la edad suficiente y la posición económica y social adecuada, como para ir al grano en lugar de andarse por las ramas. Al fin y al cabo, pensó que cualquier chica se sentiría muy halagada de que alguien, con el futuro que él tenía por delante, la pidiera en matrimonio. Y Teresa no iba a ser la excepción. Cuando se lo propuso, ella en realidad no había dicho que no. Sólo que no se conocían lo suficiente. De todas maneras había que reconocer que la joven cubana era distinta a las demás, y no se parecía en nada a las mujeres que él había conocido hasta ese momento. Pero tampoco creía que fuera tan diferente como para rechazar una oferta así. Si analizaba fríamente la situación de Teresa, tenía que convenir en que, al fin y al cabo, era una inmigrante sin oficio ni beneficio. Y además,

su experiencia le decía que, en el fondo, todas las mujeres quieren casarse y formar una familia. Pensó que, por mucho que hablen de su incorporación al mercado laboral, de sus carreras profesionales y otras gaitas, lo que todas anhelan en el fondo es casarse y, a ser posible, tener un marido que las mantenga. Y a él eso no le parecía mal. No es que estuviera en contra de que la mujer trabajase fuera del hogar. Naturalmente que no. Pero estaba la cuestión de los hijos. Y cuando éstos llegaban, la mujer debía dedicar toda su atención a criarlos. “Por algo están más dotadas para ello” –dijo para sus adentros-

Los pensamientos de Raimundo quedaron interrumpidos por el sonido del teléfono. Al descolgarlo, reconoció la voz de Jaime Espinosa que le preguntaba:

-¿Cómo está mi candidato favorito?

Siguiéndole la broma, Raimundo respondió:

-Estupendamente. Me pillas mirándome al espejo, para averiguar cual es mi lado bueno.

-No te molestes. Para eso ya tenemos todo un gabinete de asesores y especialistas, que te hacen cientos de fotos antes de elegir la mejor para el cartel electoral. Ya verás que coñazo. Por cierto, hablando de espejos, ¿has visto el escenario que se ha montado Diego para la Convención? –preguntó Espinosa-

- No. He supuesto que nos acercaríamos a verlo esta tarde, después de la reunión en el Partido.

- Pues es alucinante, tío. Se ha montado una estructura de espejos para que lo veamos de frente, de perfil, de espaldas, de medio lado, desde arriba, desde abajo... Bueno, es increíble. Y además habrá costado un pastón.

- ¿Y todo eso quien lo paga? –preguntó ingenuamente Raimundo-

- Pues el Territorio. El Partido no pone ni un duro. No olvides que es un acto institucional. Lo que Diego celebra mañana son sus bodas de plata como presidente del Territorio. Aunque mejor sería decir su entierro de plata –bromeó soltando una

carcajada- porque lo que realmente va a anunciar es su muerte política. ¡Tiene que estar subiéndose por las paredes!

- Esperemos que cumpla lo acordado –dijo Raimundo, con tono de preocupación-

- Lo cumpliré, por la cuenta que le tiene. Tonto no es. Sabe que es mejor irse por las buenas. Y también sabe que, si no anuncia su retirada, hará un ridículo espantoso, porque al día siguiente saldremos a desautorizarlo. Así que no tiene más remedio.

-Tengo ganas ya de que pase todo este follón y de ponerme a trabajar –añadió

Raimundo- desde que me contaste lo de la comida con los empresarios, no me fío de él.

- Pero eso no es noticia, hombre. De Diego no se fía nadie. Todos sabemos que si tuviera que vender a su madre la vendería. Pero esa no es la cuestión. La cuestión –añadió Espinosa despacio, pero con gran seguridad en la voz- es que ahora, por fin, lo tenemos agarrado por las pelotas y no tiene más remedio que hacer lo que le digamos.

- ¿Te refieres a las encuestas? –preguntó Raimundo un poco desconcertado-

-¡Qué encuestas ni qué hostias! –saltó Jaime Espinosa- Eso es lo que le dijimos a él, la versión oficial. Hay cosas que no se pueden decir en voz alta. ¿De verdad piensas que con un argumento tan débil, como unas simples encuestas, yo habría conseguido el respaldo del Partido para quitarnos de encima a ese cabrón? No, muchacho, no. Hay mucho más de fondo, y ha habido que combatirle con sus propias armas. Pero ha dado sus frutos, y ahora es el cazador cazado.

Raimundo permaneció mudo sin saber qué decir. No tenía ni idea de a qué se podía referir Jaime Espinosa cuando decía que tenían a Diego “agarrado por las pelotas”. Eran muchas las cosas que se decían del presidente, de su supuesta homosexualidad, de sus oscuros negocios con determinados empresarios, pero nadie, hasta el momento, había conseguido probar nada en su contra. Y no porque se confiara en su limpia gestión, sino porque se le consideraba demasiado hábil para dejarse pillar. Lo evidente era el cambio que Diego Castillo había ido experimentando a lo largo de los



años al frente del Gobierno del Territorio, y cómo había evolucionado también su modo de vida. En realidad la oposición llevaba razón cuando decía que el presidente cada vez vivía mejor. Todos estos pensamientos pasaron rápidamente por la mente de Raimundo, hasta que escuchó la voz de Jaime Espinosa, que llamaba su atención:

- ¿Eh, sigues ahí?

- Si, si, perdona, me he quedado tan pillado con lo que has dicho...

- Ya habrá tiempo de hablar de todo eso –le interrumpió Espinosa- cada cosa en su momento. De todas maneras deberías ir curando tu ingenuidad, y haciéndote a la idea de que el mundo de la política tiene muchas zonas oscuras.

- Hombre, eso ya lo sé –respondió Raimundo un poco molesto porque le hubiera considerado ingenuo- una cosa es que sea inexperto, y otra es que sea idiota. Pero bueno, como tú dices, ya habrá tiempo de que me pongas al corriente de los trapos sucios de Diego Castillo. Lo único que me preocupa es que puedan salir a la luz pública, y eso afecte a mi candidatura.

- Puedes estar tranquilo por eso –le aseguró Espinosa- ése es un dossier que está encerrado bajo siete llaves. Y aunque llegase a manos de algún medio de comunicación, se negociaría con ellos. Un medio de comunicación es sólo una empresa más, que tiene sus intereses como cualquier otra. La única diferencia es que los medios tienen una repercusión pública que no tienen las demás empresas. Por eso su papel es tan importante. Pero te aseguro que al frente del consejo de administración de un periódico una emisora de radio o una televisión, siempre se sienta un empresario dispuesto a sacar tajada. ¿No has oído nunca decir eso de que la información es poder?

- Sí claro –respondió Raimundo-

- Pues grábate en la frente que los medios son más poderosos por lo que callan que por lo que publican. En el mundo de la política, querido amigo, ya está todo inventado. La cuestión no está en inventar nada nuevo ni en cambiar las cosas, sino en utilizar lo que ya hay y sacarle el máximo rendimiento posible. Siempre buscando el bienestar

de los ciudadanos, naturalmente. No hay que olvidar que ése es el objetivo final de toda actividad política.

Antes de despedirse, Jaime Espinosa y Raimundo Carbajal confirmaron la hora en que esa tarde se verían con Diego Castillo, en la sede del Partido. Ambos convinieron en que la reunión debía ser lo más cordial posible, pero sin dejar ninguna sombra de duda a Diego de que al día siguiente, tras la Convención, se iniciaría el final de su vida política como presidente del Territorio.

Cuando Raimundo colgó el teléfono, se dio cuenta de que aquella conversación le había creado cierto sabor agri dulce. Por una parte, se alegraba muchísimo de que Espinosa tuviera cogido por las pelotas a Diego. Eso significaba que la libertad de movimientos del presidente quedaba así muy mermada. Pero, por otra parte, se daba cuenta de que no tenía ni idea de cómo funcionaba por dentro el Partido, y eso le colocaba en una posición vulnerable con relación a Jaime Espinosa y a la ambición que éste albergaba de llegar a ser el presidente del Gobierno de la nación. No es que él fuera ningún ingenuo, como le había dicho Espinosa, pero quizás no se había dado cuenta, hasta ese momento, de que la alta política, en la que él iba a entrar, no era un pasatiempo de niños. Había muchos y muy importantes intereses ocultos, y uno no podía entrar a competir en ese juego, armado simplemente con su cara bonita. Mientras terminaba de arreglarse para dirigirse al bufete, pensó que debía estar muy alerta para no dejarse utilizar, y para que su opinión se tuviera en cuenta dentro del Partido. Pero para llegar a eso, antes tendría que demostrarles a todos, y fundamentalmente a Jaime Espinosa, que él no era ningún títere fácil de manejar.

Con esa resolución en su cabeza, Raimundo abandonó su apartamento y pulsó en el ascensor la tecla del sótano para bajar a la cochera. Una vez allí se subió a su coche y se incorporó al río de vehículos que, a toda velocidad, recorrían a esas horas las calles céntricas de la Gran Ciudad. Mientras conducía, pensó que después de la Convención, y ya con el anuncio de su candidatura en el bolsillo, pediría a Jaime Espinosa un despacho en el Partido para participar de lleno en la actividad política.

Pero, sobre todo, para enterarse bien del funcionamiento interno de su organización, y vigilar de cerca los movimientos de Espinosa. Para ello tendría que descargarse aún más del trabajo del despacho, pues no quería que nada le distrajera de su nueva actividad. Parado en un semáforo, Raimundo pensó que también era imprescindible clarificar cuanto antes su relación con Teresa. Él no podía estar al mismo tiempo pendiente de su trabajo en el Partido, de promocionar su candidatura y también de ligar. Sabía por experiencia que esto último necesitaba de un tiempo del que él no disponía, y de una dedicación que no podía asumir. Por eso lo mejor era que Teresa y él iniciaran un noviazgo formal, encaminado a un próximo matrimonio. Porque se reafirmaba en su opinión de que la próxima campaña electoral sería una buena fecha para la boda. Embebido en sus pensamientos, no se dio cuenta de que la luz de semáforo se había puesto verde, hasta que escuchó el claxon del vehículo que había tras el suyo. Mientras arrancaba su coche a toda velocidad, inspiró profundamente y dijo en voz alta: "No hay tiempo que perder. Cuando pase la Convención volveré a pedir a Teresa que se case conmigo".

## Capítulo XVIII

Diego Castillo se sentía mal. Desde que Enriqueta Beltrán le había comunicado que no habría hechizo mortal contra Raimundo Carbajal, había empezado a notar una presión en la parte superior del abdomen, que le dificultaba la respiración. Achacó su malestar a la indigestión de la comida, producida sin duda por tan inesperada y desagradable noticia. Antes de salir hacia la sede del Partido, donde debía mantener una reunión con Jaime Espinosa y con Raimundo, Diego se echó agua fría en la cara para aliviar las náuseas y los sudores que estaba sintiendo. Pensó que el aire fresco de esas primeras horas de la tarde le sentaría bien, y le dijo a Mauricio que prefería ir al Partido andando. No sin antes recordar a su chófer que Paloma le aguardaba en su casa, para que la llevase al aeropuerto a recoger a sus hijas, que esa misma tarde llegaban desde Suiza. Sin reaccionar aún del todo por lo que le había comunicado la vieja vidente, Diego salió a la calle y se encaminó lentamente hacia la sede de su Partido. Mientras andaba como un autómatas, intentaba analizar la situación y buscar una salida al grave conflicto que se le había creado. Sin dejar de sudar y sintiendo un dolor en el tórax, cada vez más intenso, pensó que la noticia que le había dado Enriqueta cambiaba totalmente su posición y le dejaba indefenso, sin muchas alternativas.

No esperaba que Raimundo Carbajal asistiera al día siguiente a la Convención, porque estaba convencido de que, para entonces, el joven estaría muerto y él podría anunciar su candidatura a la reelección como presidente del Territorio. A lo largo de

los últimos días, se había imaginado muchas veces el discurso que iba a pronunciar. Y cómo antes de iniciarlo, pediría un minuto de silencio por la muerte del “compañero Raimundo”. Luego hablaría brevemente de él, y lo definiría como “un valor en alza dentro del Partido”. Después lamentaría que la muerte, siempre cruel, hubiera arrebatado a Raimundo, de forma prematura, una prometedora vida dedicada a la política”. Estaba seguro de que muchos de los presentes se preguntarían quien era el tal Raimundo, y sólo los iniciados sabrían que se estaba refiriendo al que iba a ser su sucesor. Pero aún así, sus palabras serían ovacionadas por todos y, después de los aplausos, él daría muestras, una vez más, de que no había mejor candidato que Diego Castillo para mantener el Gobierno del Territorio. Estaba convencido de que con Raimundo muerto nadie, absolutamente nadie en el Partido, pondría esto en duda. Ni siquiera el cabrón de Jaime Espinosa sería capaz de parar su candidatura, dado el poco tiempo que quedaba para las elecciones. “Y después –se dijo Diego para sus adentros- después ya me encargaré yo del hijoputa ese”.

Absorto en estos pensamientos, Diego aceleró el paso para llegar cuanto antes al Partido, al constatar que cada vez se encontraba peor. Mientras recorría con dificultad los pocos pasos que le quedaban para llegar a la sede, empezó a pensar que no había sido una buena idea ir caminando, en lugar de utilizar el coche oficial. Sin querer prestar atención a lo mal que se sentía, quiso concentrarse en el problema que se le había planteado. Pero el creciente malestar que le invadía le impidió hacerlo. Continuó andando a duras penas hacia el Partido, cuya fachada se veía ya desde el lugar donde se encontraba, cuando sintió un fuerte dolor aplastándole el pecho. A pesar de su intensidad, como si un puño enorme le retorciera el corazón, Diego no se detuvo. Casi de forma inmediata, la presión se extendió hacia el hombro y el brazo izquierdo. Aún así, Diego hizo un esfuerzo y, con los dientes apretados continuó andando hasta que llegó a las puertas del Partido. Y allí mismo cayó fulminado en la acera.

Aún no habían abierto los comercios y esa calle, poco transitada habitualmente, estaba desierta cuando Diego Castillo se desplomó ante la sede. Tuvieron que pasar unos minutos hasta que un empleado del Partido vio, a través de la puerta de cristales, que había alguien tirado en la acera. Con cierta precaución se acercó hasta el hombre que yacía en el suelo y, unos segundos después, reconoció al presidente del Territorio. Con gran nerviosismo y excitación, el empleado cogió la mano de Diego para tomarle el pulso, aunque antes de hacerlo ya tuvo el convencimiento de que estaba muerto. Inmediatamente entró al Partido y, a través del teléfono interior, avisó a Jaime Espinosa, que se encontraba ya en su despacho, junto a Raimundo Carbajal, esperando la llegada de Diego Castillo. Ambos bajaron corriendo las escaleras y se precipitaron hacia la calle donde yacía el cadáver del presidente del Territorio, rodeado de algunos curiosos que pasaban por allí. También Espinosa se agachó para comprobar si aún tenía vida. Aunque era evidente que Diego estaba muerto. No había más que mirarle a los ojos para saberlo. Estos reflejaban una mirada vacía hasta que Jaime Espinosa, con un gesto mecánico, le cerró los párpados. Mientras lo hacía, Raimundo permanecía paralizado por la impresión, mirando el cuerpo tirado en el suelo, y sin saber cómo reaccionar. Por unos momentos le vino a la cabeza la imagen del cadáver del hombre que lo crió, y que él había creído su padre, y pensó que era la segunda vez que veía un muerto en muy poco tiempo. Mientras Raimundo seguía contemplando absorto la escena, como si no la estuviera viviendo en realidad, Espinosa ordenó al empleado del Partido que avisase a la funeraria. El hombre entró corriendo en la sede a llamar por teléfono, pero al cabo de unos instantes regresó y, con gran urgencia en la voz, dijo:

- Me han dicho que a quien tenemos que avisar primero es a la policía, porque ellos no mueven un muerto sin el permiso del juez. También me han preguntado si se trata de un atentado... No sé –se justificó el empleado- como era un político muy importante -¿Un atentado? –se preguntó en voz alta Jaime Espinosa mirando a Raimundo Carbajal- No creo, no se ve sangre por ningún sitio.

Ambos se acercaron de nuevo al cadáver, que cada vez congregaba más gente a su alrededor, y lo examinaron de cerca, intentando descubrir cualquier señal que antes les hubiera pasado desapercibida. El cuerpo yacía ligeramente girado sobre su lado derecho, y Jaime Espinosa fue a darle la vuelta, pero Raimundo se lo impidió.

-No lo toques. Yo creo que es mejor que avisemos a la policía, ellos sabrán lo que se hace en estos casos. Supongo que tendrá que venir también el médico forense.

Sin más demora, Jaime Espinosa sacó de un bolsillo de la chaqueta su teléfono móvil, y llamó al servicio de urgencia de la policía, donde explicó en pocas palabras que el presidente del Territorio estaba muerto a las puertas del Partido. Tras responder a algunas preguntas, colgó el aparato y dirigiéndose a Raimundo le dijo:

-Habrá que avisar a su familia. ¿Tu sabes cómo se llama su mujer? –preguntó-

Raimundo se encogió de hombros al tiempo que respondía:

-Quizás deberías llamar a su secretario y que él se encargue de avisar a su mujer...

-¿Tu crees? –le interrumpió Espinosa- ¿No debería ser yo quien le diera la noticia? No es que tenga mucho interés –añadió- porque no resulta nada agradable pero, al fin y al cabo, soy la máxima autoridad en el Partido.

-No sé –respondió Raimundo- de todas maneras deberías llamar primero al secretario para enterarte de cómo se llama la mujer y cómo puedes localizarla.

-Llevas razón. Hablaré mejor desde mi despacho. Quédate tú aquí por si llega la policía. Me extraña que no haya venido ya algún buitre de la prensa –afirmó al comprobar que eran ya muchas las personas que se encontraban en torno al cadáver de Diego Castillo-

Poco tiempo después de que Jaime Espinosa entrase a la sede del Partido, para ponerse en contacto con Guillermo Maestre, llegó la policía y empezó a alejar a los curiosos y a acordonar la zona. El de más rango iba anotando en una libreta lo que le decía el empleado que descubrió el cadáver, en presencia de Raimundo Carbajal. Momentos después de unió al grupo Espinosa, que regresaba de su despacho después de haber hablado con Guillermo Maestre y con la mujer de Diego Castillo.

Mientras el empleado repetía a la policía cómo había hallado el cuerpo del político, Jaime Espinosa hizo un aparte con Raimundo para comentarle que ya había hablado con Paloma:

-Imagínate qué trago he tenido que pasar. Su mujer estaba en el aeropuerto donde había ido a recoger a sus hijas, que acababan de llegar de Suiza. Supongo que vendrían para la Convención de mañana. Es terrible –añadió con poca convicción- poco se podían imaginar que en lugar de a una fiesta, iban a asistir a un entierro... Sin prestar demasiada atención a lo que le decía Jaime Espinosa, a Raimundo le vinieron a la memoria las palabras que éste había pronunciado el día anterior, cuando dijo que la Convención iba a suponer la “muerte política” de Diego Castillo. Al pensar que la muerte no iba a ser sólo política, un escalofrío recorrió la espalda del joven y reflexionó cómo a veces parecía haber alguien, por encima de los mortales, que se dedicaba a jugar con nosotros, y a mover los hilos de nuestra vida, al margen de nuestros proyectos. ¿Quién le iba a decir a Diego Castillo que no llegaría vivo a la Convención que con tanto esmero había preparado?. Mientras se hacía esta pregunta para sus adentros, Raimundo experimentó cierta sensación de bienestar interno. Un poco avergonzado por este sentimiento se ruborizó, aunque no pudo evitar que varios interrogantes acudieran a su mente. Dudando un poco sobre si ése era el momento oportuno, Raimundo se decidió a hacer a Jaime la pregunta que le preocupaba. Y lo hizo a modo de afirmación:

-Supongo que habrá que suspender la Convención...

-De eso nada –le cortó bruscamente Espinosa- por la mañana vamos de entierro, y por la tarde se celebra la Convención, tal y como estaba previsto.

-Ya, pero quizás deberíamos esperar unos días –insistió Raimundo- a lo mejor resulta todo un poco precipitado. Proponer un sucesor para Diego cuando lo acabas de enterrar...

- Ese es justamente el mejor momento –respondió satisfecho el máximo dirigente- Que vea todo el mundo que tenemos capacidad de respuesta, y que en nuestro Partido no



hay nadie imprescindible porque el nuestro no es un proyecto personal, sino para cambiar la sociedad. Y además, así no damos pie a las especulaciones dentro del propio Partido. El relevo ya estaba previsto, y hay que hacerlo tal y como se iba a hacer. En realidad –añadió mientras miraba de reojo el cadáver de Diego Castillo en el suelo- y aunque esté feo decirlo, su muerte nos facilita mucho las cosas. Sobre todo a ti.

La llegada del coche oficial con la familia de Diego Castillo y Guillermo Maestre, interrumpió la conversación entre Jaime y Raimundo. María y Marta, las hijas, se abrazaban a su madre llorando, mientras que ésta, más serena, contemplaba el cadáver de su marido, visiblemente conmovida, y sin poder dar crédito a lo que estaba viendo. Cuando pudo articular palabra, lo único que dijo fue:

- ¡Por Dios, que alguien le tape! ¿Por qué lo dejan ahí tirado en el suelo?

Mientras Espinosa y Guillermo Maestre le explicaban a la mujer que no podían moverlo hasta que llegase el juez, el chófer de Diego abrió el maletero de su coche y sacó una especie tela blanca con la que se dispuso a cubrir el cadáver. Al extenderla sobre el cuerpo de su jefe, pudo verse que se trataba de una pancarta en la que, con grandes letras rojas, podía leerse: “25 años de progreso”. Y esa fue la imagen que al día siguiente reproducirían todos los periódicos en sus primeras páginas. La misma que en esos momentos estaban captando numerosos periodistas, que ya habían sido alertados y aparecían por todas partes llenando el lugar de cámaras, flashes y micrófonos.

Sólo unos momentos después llegó un coche del que se bajaron un médico forense, un juez y un funcionario judicial. El magistrado ordenó a la policía que sacase a los periodistas de la escena, y éstos tuvieron que contentarse con mantenerse, junto con los curiosos, tras el cordón policial. Los familiares y miembros del Partido que se encontraban presentes, hicieron un corro en torno al cadáver para que el forense lo examinara y certificase la causa de la muerte de Diego Castillo. Sin ninguna duda al respecto, el médico afirmó que el presidente del Territorio había fallecido a causa de

un infarto de miocardio. Sus palabras fueron acogidas con nuevas muestras de dolor por parte de sus hijas, mientras que la viuda seguía conmocionada, y se mostraba incapaz de exteriorizar ningún sentimiento. Tras el examen del forense, el juez ordenó el levantamiento del cadáver, pero el cuerpo de Diego Castillo aún permaneció unos minutos más en el suelo, hasta que llegó el coche fúnebre que lo trasladaría a la sede del Gobierno del Territorio, en cuyo Palacio quedaría instalada, esa misma tarde, la capilla ardiente.

El entierro se fijó para la una del día siguiente, y el arzobispo del Territorio se ofreció, nada más enterarse del fallecimiento de Diego Castillo, para officiar el funeral. Cuando esa tarde visitó la capilla ardiente, monseñor Esteban Fraile hizo un aparte con Paloma, lejos de las miradas indiscretas y, cogiéndole las manos, le dijo:

- Quiero decirte, hija mía, que antes de que ocurriera este desgraciado suceso tu marido vino a verme para contarme el problema que tenéis. Ya sé que éste no es el momento apropiado para hablar de ello y que ahora lo más urgente es darle a Diego cristiana sepultura. Sólo quiero que sepas que el mismo ofrecimiento que le hice a él, te lo hago ahora ti. Ya sabes que puedes contar con mi absoluta discreción, y con todo mi apoyo para resolver el problema.

- No sé a qué problema se refiere, monseñor –respondió Paloma intentando dar un tono de ingenuidad a su voz-

Tras un breve silencio, que resultó molesto para ambos, el arzobispo contestó despacio y pacientemente:

- Me refiero al embarazo de tu hija. Diego me contó que estaba embarazada y que quería abortar...

Con cierta brusquedad, y soltándose de sus manos, Paloma le cortó.

- Mi marido se equivocaba. Es una lástima que haya muerto sin saberlo, pero mi hija no está embarazada. Ella misma había venido esta tarde desde Suiza para decírselo, pero no le ha podido dar esa alegría a su padre. Fue un error... Tuvo un retraso y

creyó que estaba embarazada. Eso es todo –concluyó Paloma dando por finalizada la conversación-

- ¡Ah! Pues me alegro mucho, hija –atinó a decir Esteban Fraile, sin dar mucho crédito a lo que oía- Mejor así, mejor así. Ya ves que Dios aprieta pero no ahoga. Lástima que Diego no haya podido escuchar esa buena noticia. Lástima. De todas formas es muy loable que quisiera adoptar a esa criatura como hijo suyo, para evitar el asesinato de un inocente.

El arzobispo arrastró deliberadamente la voz cuando pronunció la palabra asesinato, dando a entender a Paloma que no se creía su versión, y recordándole que un aborto era similar al asesinato de un inocente para la Iglesia Católica. Sin embargo, la viuda de Diego Castillo no se dejó impresionar, y con la misma frialdad que había mostrado en toda la conversación, añadió después de besarle el anillo:

-Para que se produjera ese hipotético a-se-si-na-to –dijo remarcando las sílabas- debería haber previamente un embarazo, y ese embarazo no existe. Nunca ha existido.

Paloma despidió a monseñor Fraile y volvió al salón donde se había instalado la capilla ardiente, que estaba repleta de gente, con la preocupación reflejada en su rostro. Cuando Diego había vuelto a casa la noche anterior, ella ya se había encerrado en su habitación simulando que dormía. Aunque él le había anunciado por teléfono que había encontrado una solución para el embarazo de María, ella no tenía ganas de volver a discutir, y Diego no había tenido oportunidad de contársela. Se suponía que esa noche, una vez que María hubiera regresado de Suiza, los tres iban a hablar del problema. Pero ahora Diego estaba muerto y se había llevado a la tumba la solución que había ideado. Por eso le había pillado totalmente de sorpresa que el arzobispo conociera el embarazo de su hija. Y más aún que Diego le hubiera comentado que quería adoptar al niño, para evitar que María abortara. Mientras recibía un pésame tras otro, Paloma no podía dejar de pensar en lo que le había dicho el arzobispo. Y cuanto

más lo pensaba, más satisfecha se encontraba de la reacción que había tenido, al negarlo todo.

Mirando el cadáver de su marido, que se encontraba expuesto en el ataúd, surgió en su interior una especie de lástima hacia él, y pensó en lo poco que se parecía el Diego de sus últimos años, al joven idealista y dinámico con el que se casó. Con este sentimiento interno, Paloma pudo llorar al fin. No lo pudo hacer cuando le dijeron que su marido había muerto, y tampoco cuando vio su cuerpo tirado en la calle. Pero en esos momentos experimentó una gran liberación, mientras las lágrimas brotaban en abundancia de sus ojos. Lo que provocó su llanto era una mezcla de tristeza y de dolor. Pero no por la muerte de Diego, sino por su vida. Por la vida miserable y arrogante que había llevado, intentando siempre imponer su voluntad a la de los demás, sin reparar en los métodos. Paloma lloró con desconuelo, ante las miradas comprensivas de la gente que la rodeaban. Sus hijas acudieron a consolarla y, abrazada a ellas, abandonó el salón donde se encontraba el féretro. Cuando las tres se encontraron a solas en otra habitación, Paloma, ya más tranquila, les dijo:

- No debes decir a nadie, absolutamente a nadie, lo de tu embarazo. ¿Lo has entendido, María? –afirmó mirándola fijamente, mientras la cogía por los hombros- Y tú Marta tampoco.

Ambas asintieron con la cabeza. Tras un breve silencio, María preguntó:

- ¿Y qué vamos a hacer ahora?

- Lo que teníamos pensado –respondió su madre con aplomo- Vas a abortar, y yo estaré a tu lado.

- Pero papá... -empezó a decir María sollozando-

- Papá está muerto –la interrumpió Paloma apretándola contra su pecho- y ya nunca más podrá decirnos lo que tenemos que hacer. No os preocupéis, todo va a ir bien – añadió con serenidad, abrazando también a su hija pequeña-

## Capítulo XIX

Sentado en un banco de la Catedral Raimundo Carbajal aguardaba pensativo a que se iniciase la misa de corpore in sepulto de Diego Castillo. La iglesia estaba llena de gente. Hasta la Gran Ciudad se habían desplazado dirigentes del Partido de toda España, y también se encontraban allí dos ministros del Gobierno Central. Todo el mundo estaba conmocionado por la repentina muerte del presidente del Territorio, y comentaban la fatídica casualidad de que el fallecimiento se hubiera producido un día antes de la Convención, en la que el político celebraría sus 25 años al frente del Gobierno del Territorio. Mientras esperaba el inicio de la ceremonia religiosa, a Raimundo no se le iba de la cabeza la conversación que había tenido la noche anterior con Teresa. Buena parte de la madrugada la había pasado, junto con Jaime Espinosa y otros dirigentes del Partido, en el Palacio donde se instaló la capilla ardiente de Diego. Y este fue el motivo por el que tuvo que suspender la cita con Teresa, prevista para esa noche. Cuando la llamó por teléfono para contarle la inesperada muerte de Diego Castillo, la joven tuvo una reacción insólita al afirmar: "No me extraña, era previsible". Una frase que luego no fue capaz de explicar, a pesar de que él le preguntara reiteradamente por qué era previsible que Diego muriera. Recapitulando ahora sobre esa conversación, Raimundo se dio cuenta de que había sido un tanto insólita. La joven con la que habló no parecía la misma Teresa que él había conocido, y con la que había intimado en los días anteriores. La de la noche anterior se mostraba distante, como absorta en su propio mundo, y totalmente ajena a sus sentimientos y a lo que él le estaba contando. A Raimundo le pareció que ni siquiera le estaba escuchando y, cuando terminó de contarle todo lo relativo a la muerte de Diego

Castillo, la única respuesta de Teresa fue un pesado silencio. Luego, ella tomó la palabra y, sin más preámbulos, le dijo que, cuando pasase la Convención, abandonaría la Gran Ciudad. Raimundo aún podía recordar el sonido de sus propias palabras, cuando le preguntó desconcertado:

-¿Cómo que te vas?, pero ¿adonde?

-Vuelvo a Galicia –respondió Teresa- ya he hecho todo lo que tenía que hacer aquí.

-No sé cómo debo interpretar tus palabras –dijo Raimundo en un tono de seriedad-

- Pues no las interpretes de ninguna manera –respondió la joven-

Teresa hizo una nueva pausa, como si midiese bien lo que quería decir, y añadió:

- Cuando vine a España lo hice para traer una carta de mi abuela a tu padre, pero resultó que él había muerto. Entonces te conocí a ti, y encaminé los pasos hacia Galicia, porque creí que era a ese lugar donde nació mi abuela, donde yo debía acudir.

Por una serie de circunstancias que no vienen al caso, volví de nuevo a la Gran Ciudad, pero ahora sé que debo regresar a Lameiros y, sea cual sea mi futuro, tengo el convencimiento de que partirá desde allí –concluyó, dando un suspiro-

Raimundo también guardó silencio unos momentos antes de contestar:

-No sé por qué volviste de Galicia, pero algo me dice que tuvo que ver conmigo.

Quizás estuvo relacionado con la carta que debiste entregar a mi padre, y que finalmente te decidiste a leer. No sé, deduzco por tus palabras que no vas a decírmelo...

El joven hizo un nuevo paréntesis, para ver si Teresa hablaba, pero como no lo hizo Raimundo continuó:

- Fuera cual fuera el motivo que te hizo volver, lo cierto es que desde entonces han pasado muchas cosas entre nosotros. Cosas importantes para mí, y yo creí que también eran importantes para ti... Hace unos días –añadió tras otra breve pausa- te pedí que te casaras conmigo, y ahora te lo pido otra vez...

-No puedo casarme contigo –le interrumpió Teresa- porque no estoy enamorada de ti. Hasta hace bien poco eras un auténtico desconocido. Yo ni siquiera sabía que

existías. Pero el laberinto de la vida ha hecho que nuestros caminos se crucen. Tienes razón cuando dices que han pasado cosas entre nosotros, y gracias a esas cosas tú, que eras alguien ignorado por mí, has pasado a ser una persona a la que tengo gran afecto. Pero ni te amo ni tengo ninguna intención de compartir mi vida contigo. Nuestros caminos se han cruzado, pero ahora cada uno debe seguir el suyo. Para ti empieza una nueva vida... Y para mí también –añadió- No sé cual, pero estoy segura de que así será.

Raimundo, que había escuchado en silencio las palabras de Teresa, dudó a la hora de responderle. En su interior tenía una mezcla de cariño y de resentimiento hacia ella. Cariño porque se acababa de dar cuenta de que esa joven cubana, de pelo blanco y rizado, era mucho más importante en su vida de lo que estaba dispuesto a reconocer. Y resentimiento porque no soportaba que le rechazase. Nunca había podido aguantar que las cosas no salieran como él las había planificado. Y sus planes de boda con Teresa eran lo mejor que se le había ocurrido en mucho tiempo. Por unos momentos quiso insistir. Decirle que, con el tiempo, estaba seguro de que ella le amaría. Pero en lugar de eso suspiró largamente y dijo con un tono de resignación:

- Creo que es inútil insistirte, porque tu ya has tomado tu decisión.
- Así es –respondió Teresa- y te agradezco mucho que lo comprendas...
- No lo comprendo –le cortó Raimundo- pero me doy cuenta cuando una batalla está perdida. Y ésta lo está... Bien –concluyó- espero que por lo menos vayas mañana a la Convención, ¿irás?
- Si claro –dijo la joven- Es tu gran día. No me lo perdería por nada del mundo. Allí estaré para despedirme de ti y desearte suerte en tu nueva andadura. La vas a necesitar.

¿Qué habría querido decir Teresa con eso de que la iba a necesitar? El murmullo provocado por la gente que se ponía de pie en la Catedral, interrumpió la recapitulación de Raimundo y le hizo volver a la realidad de aquel lugar, y al motivo por el que se encontraba allí. Por unos momentos dejó que la conversación con

Teresa se disolviera en su mente y se concentró en la entrada del ataúd con los restos mortales de Diego Castillo, que era llevado a hombros por Guillermo Maestre, Jaime Espinosa, y otros dirigentes del Partido. Tras él avanzaban cabizbajas su viuda y sus hijas, que ocuparon el primer banco de la Catedral. Casi de forma inmediata llegó al altar el arzobispo del Territorio, monseñor Esteban Fraile, seguido de varios sacerdotes que iban a concelebrar la misa con él. Desde donde se encontraba Raimundo, pudo ver con toda nitidez la serenidad que se reflejaba en el rostro de Paloma Buendía, en contraste con el llanto mal contenido de sus hijas.

Lo más destacado de la misa fue la homilía pronunciada por el arzobispo del Territorio, quien hizo una elogiosa semblanza del difunto, al que en algún momento de su intervención llegó a calificar de “ejemplo para la clase política”, y de “persona cercana a la santidad”. Dirigiendo una mirada penetrante hacia la viuda y sus hijas, Esteban Fraile dijo que, como confesor de Diego Castillo y, por tanto, gran conocedor de su alma, podía asegurar que todas las actividades del político habían estado siempre motivadas por su “fe y caridad cristianas”.

-Fe en el Ser Supremo, como inspirador de su existencia en la tierra –añadió- y caridad para escuchar y atender las necesidades de los demás. La enseñanza católica que Diego recibió desde su infancia, fue la guía que orientó toda su vida política y personal. Una enseñanza que hoy es la mejor herencia que ha podido dejar a su viuda, a sus hijas, y a todos los que tuvimos la suerte de conocerlo. Estoy seguro – continuó diciendo sin dejar de mirar al primer banco- que esas enseñanzas basadas en la fe católica, guiarán la existencia de Paloma, de María y de Marta. Y aunque ni el esposo ni el padre pueda estar físicamente a su lado, ellas notarán que la presencia de su espíritu y la fuerza de sus principios ilumina su vida futura.

Al finalizar la misa, una larga cola de gente desfiló por el primer banco para dar el pésame a la familia de Diego Castillo. A las puertas de la Catedral, numerosos periodistas, a los que no se les había permitido entrar al templo, aguardaban la salida del féretro para recoger el momento con sus cámaras. Raimundo observó cómo



muchos de los políticos que habían asistido al sepelio, se colocaban lo más cerca posible del ataúd para poder salir en las fotos o verse en la pantalla de su televisor cuando pasasen las imágenes. Él, sin embargo, no lo hizo. Por el contrario, asumió un discreto segundo plano, siguiendo la recomendación de Jaime Espinosa. Sólo los máximos dirigentes del Partido sabían que esa misma tarde, Raimundo iba a ser designado como candidato a la presidencia del Territorio. Nada se había filtrado a la prensa, puesto que lo convenido era que el propio Diego Castillo hiciera público ese anuncio, junto a su renuncia, durante la Convención de esa misma tarde. Pero ahora, la muerte de Diego había provocado que fuera el propio Espinosa el que tomase las riendas de la situación, y el que, sólo unas horas después del entierro del presidente, diera la alternativa política a Raimundo. Y en esos momentos, mientras el joven veía cómo introducían el ataúd en el coche fúnebre, para trasladar el cuerpo de Diego Castillo al cementerio, la seguridad de que todas esas cámaras le enfocarían a él esa misma tarde, hizo que un cosquilleo se instalara en la boca de su estómago, y que se sintiera alguien muy importante.

Cuando Teresa entró al Palacio de Congresos y Exposiciones, el recinto se hallaba abarrotado de gente, y la Convención ya había comenzado. En el gran escenario rodeado de espejos estaba terminando de hablar alguien desconocido para ella, que elogiaba la figura de Diego Castillo. Antes de que aquel hombre finalizara su intervención, se levantó un murmullo procedente de la zona donde se situaba una de las puertas de entrada. Murmullo que fue transformándose en una cerrada ovación de todos los asistentes puestos en pie. Enseguida comprobó Teresa que había sido la llegada de la viuda y las hijas del político fallecido, la que había motivado aquella repentina explosión de aplausos. Cuando las tres mujeres se instalaron en el sitio que tenían asignado, el hombre que hablaba en el escenario dio por finalizado su discurso, y cedió la palabra al secretario general, que subió al escenario acompañado de otra

gran ovación, y de los acordes de la música del himno del Partido. Las primeras palabras de Jaime Espinosa también fueron de recuerdo para la memoria de Diego Castillo. Sin escatimar elogios, el máximo dirigente definió al presidente como “un político de raza y una persona generosa, que ha entregado lo mejor de su vida por el progreso del Territorio y de sus ciudadanos”. Tras realizar un relato pormenorizado de los avances sociales que el Partido había logrado en los últimos 25 años, con Diego Castillo al frente del Gobierno del Territorio, Espinosa se dispuso a soltar lo que, sin duda, iba a ser la bomba informativa de la jornada. Elevando la mirada y alzando los brazos, en un teatral gesto multiplicado por los espejos, el dirigente dijo con voz emocionada:

- Este Partido siempre estará en deuda contigo, Diego. Porque nadie como tú ha sabido encarnar el espíritu de sacrificio que debe presidir toda gestión política. Nadie en la historia democrática de este país, ha dedicado tanto tiempo y tanta energía a atender las necesidades de esta gran familia que representan los militantes del Partido y nuestros votantes –afirmó, bajando los brazos y extendiéndolos hacia el auditorio, que tronó con sus aplausos-

Cuando éstos cesaron, Jaime Espinosa continuó:

- Tú, Diego, nos has enseñado que no hay que dar tregua al trabajo, porque aún son muchos los problemas que tenemos que resolver. Por eso estamos ahora aquí, celebrando esta Convención, aunque lo que nos pedía el cuerpo era haberla suspendido para meternos en nuestra casa y llorar allí tu pérdida. Pero no es eso lo que a ti te hubiera gustado –añadió- y aquí estamos, haciendo de tripas corazón, para continuar, sin demora, con la obra de progreso que tu empezaste hace 25 años. Y por eso hoy, para continuar con esa obra maravillosa que tu iniciaste, y para que ésta no quede interrumpida por tu muerte, es por lo que voy a anunciar el nombre de la persona que será el candidato del Partido a la presidencia del Territorio, en las próximas elecciones.

Un murmullo acogió las palabras de Jaime Espinosa, mientras éste bebía agua, marcando así una estudiada pausa. Interrupción que sirvió para que los periodistas se pusieran alerta con sus cámaras, buscando estratégicamente los sitios más idóneos junto al escenario. Cuando Espinosa terminó de beber, depositó el vaso en el soporte que tenía bajo el atril, y lentamente añadió:

- Hoy estaba previsto que Diego Castillo anunciase su retirada, al acabar la legislatura, y presentase a su sustituto. El no podrá hacerlo, pero el mejor homenaje que podemos ofrecerle es seguir con lo que el presidente tenía previsto, y hacer las cosas tal y como él quería, y como él las hubiera hecho. Por eso, ya sin más dilación –añadió elevando el tono de voz- pido que suba al escenario Raimundo Carbajal, el candidato del Partido a la presidencia del Territorio.

Al pronunciar el nombre de Raimundo, la música empezó a sonar, mientras la gente, en pie, miraba a un lado y a otro esperando que apareciera el candidato. Raimundo, que estaba sentado en una esquina de la primera fila, se acercó hacia el escenario, rodeado de una nube de cámaras y fotógrafos, que apenas le dejaban andar. Cuando consiguió llegar arriba, sin poder disimular la alegría en su rostro, se abrazó con Jaime Espinosa y permaneció a su lado, saludando al auditorio y recibiendo los aplausos que le brindaban. Cuando el público volvió a sentarse en silencio, Raimundo, visiblemente nervioso, se situó tras el atril y comenzó su discurso. Sus primeras palabras fueron para Diego Castillo, al que definió como “político ejemplar”, “luchador incansable por las libertades”, y “aliado de los más desfavorecidos”. Conforme iba hablando, Raimundo se sintió cada vez más tranquilo y, al cabo de unos minutos, tenía a todo el auditorio pendiente de sus palabras, y encandilado con su juventud y su buena presencia. Algunas mujeres comentaron entre ellas lo guapo que era, y lo bien que le sentaba la camisa azul que llevaba, haciendo juego con el color celeste de sus ojos. A Jaime Espinosa no le pasó desapercibida la buena acogida que estaba teniendo el candidato. Muy satisfecho consigo mismo, por la acertada elección que había hecho, pensó que en esos

momentos estaba asistiendo al nacimiento de una nueva estrella. “Tiene madera de político –se dijo para sus adentros- no hay más que ver cómo se crece ante el público. Habrá que tener cuidado para que el éxito no se le suba a la cabeza”.

Al cabo de unos minutos, Raimundo ya se había hecho totalmente con el control de la situación, los nervios habían desaparecido por completo, y con un dominio de la voz y de los gestos, que a él mismo le sorprendían, se dispuso a finalizar su discurso, sabiendo que ya se había metido al público en el bolsillo. Aprovechando al máximo la puesta en escena que había ideado Diego Castillo, el joven terminó su intervención refiriéndose nuevamente al presidente del Territorio fallecido:

- Ya sé que me han puesto el listón muy alto. Sé que no puedo aspirar a superar la clase política que tenía Diego Castillo. Ni siquiera pretendo intentarlo. Sé que el nombre del Territorio siempre estará unido al suyo, y que vosotros nunca lo olvidaréis. Pero dejadme que os diga una cosa: yo tampoco. Él ha sido siempre mi maestro, el espejo en el que yo me he mirado y os aseguro que, si vosotros me apoyáis, -añadió recalcando estas últimas palabras- entre todos lograremos que su obra no quede inacabada. Yo por mi parte os digo que estoy aquí para servirlos y que, desde este mismo momento, mi entrega hacia vosotros será total y absoluta. Yo no soy Diego Castillo, y nunca lo seré. Pero si soy su más ferviente discípulo, y puesto que él se ha ido, yo estoy aquí dispuesto a continuar lo que él empezó. Con vuestra ayuda, naturalmente. Muchas gracias –concluyó-

Las palabras de Raimundo fueron seguidas de una larga ovación. Los periodistas se habían encaramado al escenario, y enfocaban con sus cámaras, alternativamente, al joven candidato y al público que, puesto en pie, aplaudía. Teresa contemplaba el espectáculo desde un rincón, en el que aguardaba a que se despejase un poco el recinto, para poder acercarse a Raimundo. Como el resto de los asistentes, la hechicera pensó que Raimundo había nacido para eso, que ése era su mundo y que, en cuatro días, el joven se encontraría en su salsa y se olvidaría de ella por completo. Viendo la admiración que había despertado en las mujeres, Teresa tuvo la

absoluta seguridad de que Raimundo no iba a tener ninguna dificultad para encontrar a esa novia que tanto parecía necesitar. Mientras ella seguía observando desde lejos, Raimundo continuaba rodeado de periodistas, respondiendo a sus preguntas y, simultáneamente, saludando a los militantes que se le acercaban. Todo el mundo quería conocerlo y Jaime Espinosa, sin separarse de su lado, hacía las veces de presentador oficial. El propio Espinosa fue el primero en felicitarle por su discurso:

-Has estado genial –le susurró en el oído- tu padre se hubiera sentido orgulloso de ti.

Estas palabras provocaron un gran desconcierto en Raimundo, que giró la cabeza para mirarle con sorpresa. Pero Espinosa se apresuró a aclararle:

- No me estoy refiriendo al curandero que te crió, sino a tu verdadero padre –añadió sonriendo mientras le guiñaba un ojo-

Al oír esta afirmación, el desconcierto inicial de Raimundo se transformó en un sentimiento de auténtica confusión. Sin embargo, no pudo pedir ningún tipo de explicación a Espinosa, porque éste siguió presentándole a gente como si aquellas palabras nunca hubieran sido dichas. Él continuó atendiendo a los militantes, y pensó que ya hablarían. Aquel no era ni el lugar ni el momento adecuado para preguntarle, al que ya era su jefe político, qué sabía él de su auténtico padre.

Poco a poco el recinto se fue quedando vacío, y Jaime Espinosa cogió a Raimundo del brazo para llevárselo a la cena que había prevista con otros dirigentes del Partido. Cuando se disponían a salir del Palacio de Congresos y Exposiciones, Raimundo vio que Teresa le aguardaba junto a una de las puertas. Al verla, le dio un vuelco el corazón y se sintió enfadado consigo mismo porque no se había acordado de ella. La situación de protagonismo que había adquirido en la Convención, le había absorbido tanto, que ni siquiera recordó que había quedado allí con ella para despedirse. Y lo peor de todo es que parecía que la joven se había dado cuenta de la situación. Un poco avergonzado, le dijo a Espinosa que le disculpase un momento, y se acercó hacia donde estaba Teresa. Esta, le besó en las mejillas y, mientras le apretaba la mano le dijo:

- Enhorabuena, ya tienes lo que querías.

- No tengo todo lo que quería –respondió Raimundo mirándola fijamente-

- Pero lo tendrás –dijo Teresa devolviéndole la mirada, de forma cariñosa- es sólo cuestión de tiempo. De poco tiempo, diría yo, y entonces te olvidarás de mí.

- Nunca me olvidaré de ti –le contestó Raimundo, un poco ruborizado al pensar que sólo unos momentos antes ya se había olvidado de ella-

Teresa, que también lo sabía, no respondió y se limitó a sonreírle en silencio.

Después, viendo que Jaime Espinosa se acercaba para rescatar a Raimundo, le besó suavemente en los labios a modo de despedida, y se dio media vuelta para marcharse. Mientras se alejaba, aún oyó la voz de Raimundo que le gritaba:

-¿ Me llamarás?

Y Teresa se volvió, asintiendo con la cabeza, aunque tenía la certeza total de que nunca más volvería a hablar con él.

## Capítulo XX

Cuando Teresa Campoamor dejó el hostel, que durante los últimos días había sido su hogar, aún no había amanecido. La noche anterior, después de volver de la Convención en la que se despidió de Raimundo, preparó su escaso equipaje y salió a tomar una cena ligera. A su regreso, se dispuso a dormir las pocas horas de las que disponía, antes de coger el autobús que la trasladaría de nuevo hasta Galicia. Cuando se levantó para emprender su viaje, aún era de noche. Se aseó con rapidez y, antes de dejar aquel cuarto, se despidió de él y de todas las cosas que la habían acompañado durante su estancia en la Gran Ciudad. Tal y como le había enseñado su abuela, agradeció a la habitación, y a todo lo que había en su interior, el servicio que le habían prestado durante su estancia allí. Al cerrar la puerta, sintió en su interior que aquel gesto iba mucho más allá de la simple apariencia. Y que, en realidad, lo que estaba cerrando era un capítulo de su vida. Sin embargo, ese sentimiento no le causó ningún pesar pues, como decía su abuela, cuando una puerta se cerraba, siempre se abría otra. Ella era consciente de que había sellado para siempre la puerta que le conducía a la posibilidad de compartir su vida con Raimundo. Y aunque en esos momentos ignoraba a qué otro camino podría acceder, tenía la completa seguridad de que en Lameiros encontraría la entrada que la llevaría a un destino diferente.

Después de dejar en recepción la llave de la habitación y pagar la cuenta, un taxi la esperaba para trasladarla a la Estación de Autobuses. Durante el trayecto, las

primeras luces del alba empezaban a iluminar las desiertas calles de la Gran Ciudad, y Teresa interpretó este momento como la señal de un nuevo amanecer en su propia vida. A esas horas de la mañana el tráfico era fluido y enseguida llegaron a su destino. En las taquillas sacó el billete y, mientras hacía tiempo esperando la salida de su autobús, se entretuvo mirando las revistas y los libros expuestos en un quiosco. Allí vio que todos los periódicos del día reproducían en su primera página la foto de Raimundo Carbajal. Con una gran sonrisa reflejada en el rostro, su amigo aparecía en el escenario de los espejos, con los brazos levantados, durante la Convención del día anterior en la que había sido designado candidato a la presidencia del Territorio. Teresa compró uno de esos periódicos y, al hojearlo, se dio cuenta de que Raimundo, la información relativa a su candidatura, acaparaba la mayor parte del espacio de ese diario. Mientras que del entierro de Diego Castillo sólo sacaban una foto y un breve texto en el interior. Teresa reflexionó sobre esta circunstancia, y se preguntó qué pensaría Diego Castillo si pudiera ver la rapidez con la que Raimundo había ocupado su lugar, y cómo éste había monopolizado el interés informativo, reduciendo su entierro a un lugar secundario. Contemplando aquellas fotos, volvió a sentir, sin ninguna duda, que había sido Diego Castillo el que había encargado el hechizo mortal contra Raimundo. Y por eso no le extrañó que éste muriera. Ella sabía que nada se pierde en el universo. Y que cuando se ponen determinadas fuerzas en movimiento pueden terminar volviéndose en contra de quien las ha generado. Ignoraba las circunstancias que habían provocado que esas fuerzas terminasen alcanzando a Diego Castillo. Pero no le extrañaba que esto hubiera ocurrido. Y por ello no tenía ninguna duda de que el repentino infarto sufrido por el presidente del Territorio, era sólo la forma que el destino había adoptado para hacer que se cumpliera la Ley que rige en este universo. La que establece que cada uno cosecha lo que siembra o, como decía su abuela, que “el que a hierro mata, a hierro muere”.

Las reflexiones de Teresa quedaron interrumpidas por una voz femenina que, a través de los altavoces de la estación, anunciaba la dársena en la que estaba situado



el autobús que debía coger, así como los minutos que quedaban para su salida. Al oírla, Teresa se guardó el periódico en la pequeña mochila que llevaba colgada y, con el resto de su equipaje se fue hacia el autobús, resignada a sufrir varias horas de viaje. Cuando el vehículo se puso en marcha, ella pensó en la cantidad de cosas que le había tocado vivir en las últimas semanas, y en el impacto que éstas habían tenido en su vida. Mientras miraba absorta el paisaje otoñal que desfilaba ante sus ojos, a través de la ventanilla junto a su asiento, pensó en la agonía y en la muerte de su abuela, en su sentimiento de orfandad, y en cómo la anciana le había hecho prometer, antes de morir, que viajaría a España para llevar una carta a "El Brujo". Pensó en la repentina muerte del curandero, y en que ésta se había producido sólo unos días después del fallecimiento de su abuela. Como si ambos se hubieran puesto de acuerdo para venir al mundo el mismo día, y abandonarlo también por las mismas fechas. Como si de almas gemelas se trataran. Hasta ese momento, Teresa no había caído en la cuenta de que Tomás Carbajal y su abuela habían muerto casi a la vez. Como si un hilo invisible hubiera mantenido siempre sus vidas en contacto, a expensas la una de la otra, a pesar de que cada uno había tenido que cumplir con un destino diferente.

Un poco amodorrada por el vaivén del autobús, Teresa revivió la conversación que tuviera con su abuela y maestra, sobre el cumplimiento del propio destino, y se preguntó cuál sería el suyo. Suspiró profundamente, y un sentimiento mezclado, de inquietud y certidumbre, se instaló en su ánimo. Por una parte, y después de todo lo que había pasado, volvía a sentirse desamparada sin saber qué camino iba a tomar cuando volviera a tierras gallegas. Pero por otra, estaba convencida de que la puerta que le abriría el sendero hacia su futuro, se encontraba en Lameiros. Algo en su interior le decía que toda la rocambolesca historia que acababa de vivir, desde la carta para Tomás Carbajal, hasta la protección que había tenido que prestar a Raimundo, no eran más que pequeñas piezas de un gran rompecabezas, cuya magnitud se le escapaba en esos momentos. Meditando sobre ello, Teresa tuvo la fuerte intuición de que todas esas circunstancias sólo habían sido puestas en su camino, para obligarla a

llegar al lugar desde donde partía la verdadera dirección que la conduciría a su destino en la tierra. Y con esta certidumbre instalada en su mente y en su corazón, Teresa se relajó y, casi de forma inmediata, se entregó a un profundo sueño.

Cuando se despertó, unas horas después, el paisaje del exterior había cambiado por completo. Los áridos campos de las primeras horas del viaje, habían sido sustituidos por la frondosa vegetación gallega, que Teresa reconoció en cuanto abrió los ojos. Con gran alegría, miró el reloj y comprobó que su viaje estaba a punto de terminar. Continuó mirando por la ventanilla del autobús y, como ya le ocurriera la primera vez que fue a Lameiros, aquella hermosa visión le cautivó el alma.

Observando los tupidos bosques que flanqueaban la carretera, bañados por el sol otoñal, tuvo el fuerte sentimiento interior de que volvía a casa. Aunque sólo había pasado unas horas en aquellas tierras, durante su viaje anterior, Teresa experimentó de nuevo ese intenso sentimiento de que allí, entre aquellos bosques, estaba su verdadero hogar. Ella había nacido en La Habana y era cubana. Pero sin embargo, el lugar de su nacimiento quedaba relegado en esos momentos a algo absolutamente circunstancial y sin importancia. Porque lo que Teresa sentía era que, al margen del sitio donde hubiera venido al mundo, aquellas húmedas y fértiles tierras gallegas eran su auténtica morada. El útero que acogería y alimentaría a su espíritu en el futuro. Sin poder contener la emoción, supo en esos momentos que pasaría allí el resto de su vida y bendijo una y mil veces a su abuela, por haber encaminado sus pasos hacia aquel mágico lugar.

Cuando el autobús paró en Lameiros, Teresa fue la única pasajera que concluyó allí su viaje. Con su escaso equipaje se fue hacia la casa donde se había quedado la otra vez, y la anciana que la atendió entonces la alojó en la misma habitación. Teresa interpretó esta circunstancia como la mejor prueba de que todo lo ocurrido con Raimundo Carbajal, no había sido más que un paréntesis en su vida. Un desvío necesario en el laberinto de su existencia, para volver al lugar del que partía el camino que debía emprender para cumplir su auténtico destino. Emocionada y algo

alterada con esta sincronía, Teresa miró el reloj y comprobó que podía darse una ducha y comer algo, antes de dirigirse hacia el cruceiro que tanto le había llamado la atención durante su estancia anterior. Con un sentimiento de urgencia que no atinaba a comprender, pero guiada firmemente por su instinto, la joven se duchó con rapidez, se cambió de ropa y bajó al bar de la planta baja de la casa para comer cualquier cosa que le sirvieran.

Después de tomar un sabroso y reconfortante caldo gallego, la joven salió a toda prisa de la casa y se encaminó hacia el lugar donde se ubicaba el cruceiro de Lameiros, junto al roble centenario. Mientras se dirigía hacia allí, notó cómo el corazón le golpeaba fuertemente en el pecho. Desconcertada por su propia inquietud, Teresa se preguntó qué le pasaba, y hasta intentó buscar una explicación lógica al porqué estaba tan alterada. Pero no pudo hacerlo, y tampoco le importó demasiado. Se encogió de hombros y continuó andando con rapidez, mientras divisaba a lo lejos las frondosas ramas del árbol y la parte alta del cruceiro, donde estaban representadas las dos caras de la existencia: la vida y la muerte. Cada vez más emocionada, siguió acercándose hasta el lugar, cuando divisó a un hombre que, sentado en el suelo, apoyaba su espalda en el tronco del roble. Sin saber por qué, el corazón de Teresa empezó a latir aún más deprisa y entonces ella lo reconoció.

- ¡Pero si es Gabriel Olmo! –exclamó en voz alta-

Al verlo, Teresa sintió una profunda alegría y supo, al instante, que Gabriel Olmo había sido el aprendiz de su abuela, lo mismo que lo fue ella. Supo que, al igual que Tomás Carbajal y Esperanza Milagros, ellos también formaban parte de un ancestral linaje destinado a iluminar los caminos sombríos de la humanidad. Supo que aquel hombre que había hecho florecer su feminidad, estaba destinado a acompañarla en su tránsito por esta tierra. Ambos pertenecían a la misma familia y eran compañeros del alma. Y supo también que el encuentro que ahora tenían junto al cruceiro y el roble centenario, era algo que ya estaba concertado desde más allá de

los tiempos. Por eso Teresa se acercó sonriendo y no le extrañó nada, cuando llegó hasta Gabriel Olmo, que éste, mirándola fijamente a los ojos, le dijera:

-Te estaba esperando.

Este libro se publicó en el mes de diciembre del año 2002 en Albacete,

con el ISBN 84-607-6030-8

La cubierta es de Sergio Bleda

[rosavillada@ono.com](mailto:rosavillada@ono.com)